

¿QUIERES JUGAR?

HAGÁMOSLO

*Hugo  
Sanz*

¿QUIERES JUGAR?  
HAGÁMOSLO

*Hugo  
Sanz*

¿Quieres jugar? Hagámoslo.

©Todos los derechos reservados.

©Hugo Sanz.

1ªEdición: Octubre, 2019

*Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.*

*No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.*

[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Epílogo](#)

# Capítulo 1



Miré la hora en el móvil y comencé a desesperarme, estaba ante una reunión que no tenía ni pies ni cabeza, pero claro, era importante para mantener los vínculos con esa empresa que generaba muchos beneficios para la mía, y que me hacía preguntarme mil veces, ¿qué me importaba a mi como lo fuera a enfocar?

Parecía que intentaba convencerme de algo que realmente me daba igual, para asesorarles ya tenían a mi equipo correspondiente a su disposición, en diseño, marketing y demás, pero no, él estaba empeñado en cada campaña reunirse conmigo en una comida que terminaba en copas y luego en cena, me ponía de los nervios el Señor Bern.

– Pues ha sido un placer como siempre – le apreté el hombro mientras mentía como un bellaco. Me encantaba fingir de esa manera.

– El placer siempre es mío, Omar, eso de tener estos estrechos lazos con el dueño de la empresa que mejor gestiona mi publicidad, me hace sentir muy tranquilo.

– Me siento halagado – le di un fuerte apretón de manos y me despedí hasta la próxima reunión.

A mis treinta y cinco años no había conocido a una persona más pesada que el Señor Bern, además, ninguno de los clientes de mi periódico deportivo digital, era tan exigente y pesado como este hombre. La diferencia era que él, pagaba una de las publicidades más fuerte del periódico. Solo con lo que él pagaba, se

mantenía a la plantilla durante todo el año, así que, si había que sonreírle y aguantarlo cada tres meses, ahí estaba yo.

Salí hacia mi casa, deseando quitarme el traje y tirarme en el sofá un rato antes de irme a dormir, quería revisar un poco los correos que llevaba con retraso ese día.

Un mensaje me llamó la atención en aquel momento y todas las alarmas saltaron sobre mi cabeza. Era Vicky, una chica con la que había estado tres años de mi vida, una persona que me dejó por mujeriego, desvergonzado y una serie de calificativos que se me quedaron grabado durante mucho tiempo. Se fue dejándome una nota sobre la mesa de la cocina, se llevó las pocas pertenencias que tenía en mi casa, de quedarse los fines de semana y también me dejó ahí las llaves.

“Querido Omar: No te escribo para pedirte una cita, ni para intentar conquistar un corazón indomable (véase con ironía). Soy tonta, pero no de las que tropiezan dos veces con la misma piedra. Te quería comentar que el sábado vamos a dar una fiesta sorpresa a Diego, por su cumpleaños. Nos vamos a reunir todos los de la antigua pandilla y me han pedido que contacte contigo, una suerte, vaya... Era para decirte que será en el reservado VIP de la discoteca “Ocean Club”. Te ruego que en caso de asistir me lo confirmes por aquí. Sin gracias a Dios, no tener que decirte nada más, quedamos a la espera de tu respuesta.”

Joder, me había puesto hasta excitado leerla con esa ironía. ¿Quién era Diego? Ni me acordaba, ni me importaba, pero volver a Vicky, sí que me resultaba de lo más atractivo, tenía los humos bien subidos y yo se los iba a bajar...

Contesté el mensaje sin dudarlo...

“Claro, no podría fallarle a Diego en su día, por nada del mundo. Cuenta conmigo, estaré allí. Por cierto, me encanta verte así y créeme, no merece la pena tropezar dos veces con la misma piedra. ¡Saludos!”

Me comencé a reír, dos asaltos, me iba a durar, pero la iba a hacer tropezar, eso de ponerme a prueba... Parece que no me conocía, además, ahora tenía más

experiencia, así que, iría por ella, por el simple hecho de provocarme...

Para mi asombro volvió a responder...

“Tranquilo, si vas con segundas, tú no eres una piedra, eres una roca y no hay mujer inteligente que tropezara con ella... Nos vemos el sábado, “cariño...”

Ay que me iba a dar la noche, que graciosa se había vuelto, pues a irónico no me ganaba Nadia...

“Claro que sí, “vida”, a las rocas es mejor bordearlas, no chocarse contra ellas, hacen tanto daño... Pero tú tranquila “amor mío”, que, si veo una roca, yo te la quito del camino.”

Ahí lo llevaba, si quería más que viniera a por otra, que yo se la daba...

Yo tenía un lema: según me trataran, así trataba yo, sí me trataban con cariño, yo respondía igual, que me hablaban con ironía, yo sacaba la mía, si me hablaban sin respeto, yo me deslenguaba. Siempre con la educación que me caracterizaba, podía mandar a la mierda a quién fuera, pero con clase, de tal manera, que no saldría una mala palabra de mi boca, pero iba a hacer el mismo daño.

Revisé los correos, me tomé un vaso de leche y me fui a la cama, al día siguiente comenzaba temprano en la redacción y me gustaba ir descansado. De lunes a jueves me cuidaba mucho, el fin de semana era otra cosa, eran palabras mayores.

Por la mañana me levanté antes de que sonara el despertador, me gustaba cuando era así, me iba a la cocina a tomar un café de forma relajada, mirando al mar, mi casa estaba en primera línea, además la hice en alto para poder tener esas preciosas vistas.

Miré el móvil y tenía otro mensaje de Vicky...

“Buenos días, míster simpatía. Era para comentarte que la hora de llegada será entre las diez y once.”

Claro que sí, míster simpatía yo y ella, miss ironía, pero estaba bien, le contestaría por educación, como siempre y de la misma forma que ella lo hacía.

“Buenos días, cariño. Estoy muy agradecido de que me lo hayas confirmado, yo había pensado estar allí a las cinco de la tarde y esperar hasta que empezara a llegar.”

Volteé los ojos y negué con la cabeza, estaba buscándome y lo que no sabía es que me iba a encontrar, pero no, no tardó en contestar.

“Pensaba que eras tonto, pero no que fueses capaz de superarte. ¡Te felicito!”

Mírala ella, tan linda, tan simpática... ¡Tan payasa! Pues nada, ante todo ser agradecido.

“Gracias, mi vida, muchas gracias. Siempre tan alegre y tan encantadora. ¡Ay! Yo, te adoro más...”

Si mi padre levantara la cabeza y me viera así, me daba una hostia que me hacía comportarme como lo que él decía que era un hombre, pero claro, yo no tenía remedio, tenía mis pautas y mis cosas bien claras. Era muy ordenado y presumido, me gustaba estar siempre impecable, la barba perfectamente recortada, al igual que le pelo, muy cortado por los lados, ligeramente largo por arriba y peinado minuciosamente. Eso sí, era un cabezón, irónico con un sentido del humor un poco peculiar, pero de ideas claras, rubio, pero no tonto y cuando querían jugar, yo era el puto amo.

Me duché y fui hacia la redacción, al sentarme recibí otro mensaje de Vicky, parecía que había llegado pisando fuerte, o que estaba buscando algo.

“Unos se superan en tontos, mientras otras nos esmeramos en ser alegres y encantadoras.”

¡Qué graciosa! A ver, era muy simpática cuando estuvimos juntos y un encanto, pero no para tirar cohetes. Era muy guapa, pero no sabía sacarse partido, un bombón que no aprovechaba su potencial, aunque tenía algo que la hacía ser diferente, era de una belleza natural impresionante, pero me dejó. Por supuesto, yo me lo había ganado a pulso, era algo que tenía asumido, pero volver

a verla, la ponía otra vez frente al jefe de los leones, o sea yo, el gran león.

Pasé de contestarle, así la dejaba más ansiosa para el día siguiente, aquel sábado en el que sabía que iba a encontrarme con ella después de tanto tiempo, quería ver cuánto había cambiado o, por el contrario, si seguía igual.

– Hola, Benjamín, ¡qué de tiempo! – dije al descolgar esa llamada tan inesperada.

– Hola, campeón. Quería preguntarte algo...

– Claro, dime...

– ¿Te han llamado para ir mañana al cumpleaños de Diego?

– Bueno, Vicky me envió un mensaje y le confirmé que iría.

– Estupendo, una pregunta, ¿quién es Diego? – soltó una carcajada.

– Estás igual que yo, por lo que veo... No tengo ni idea, había unos cuantos a los que llamábamos por sus apellidos o apodos, pero lo de Diego...

– Pues yo voy a ir por la curiosidad de volver a verlos a todos juntos.

– Yo por ver si me tiro a Vicky de nuevo – dije aguantando la risa.

– Y serás capaz...

– Ya lo verás – carraspeé.

– Siempre fuiste mi ídolo – rio tras el aparato.

– Tampoco es para tanto...

– Pero oye, Vicky te dejó por infiel y te puso verde.

– Me puso de todos los colores, pero... ¡Apareció! Y no en plan tranquila, viene dando guerra.

– Pensé que la habías olvidado – dijo en tono inquieto.

– Claro, trauma no me quedó, pero gusanillo sí, donde hubo fuego...

– Queda rescoldo...

– ¡Eso es! No sé si es curiosidad, morbo, o yo que sé, pero ahí estaré.

– Pues lo descubriremos – rio – ¿Qué te parece si quedamos y tomamos algo antes?

– Claro, dicen que sobre las diez u once, podríamos vernos en el pub de Toño a las nueve, tomamos algo y ya nos vamos al cumpleaños de nuestro mejor amigo Diego – dije con ironía.

– Eso es, nuestro mejor amigo – rio –. Anda, nos vemos mañana. Un abrazo.

– Otro para ti, Benjamín.

Ese día salí de la redacción cerca de las ocho de la tarde, al ser primavera los días se iban viendo más largos, ya faltaba para el verano.

Me fui al bar frente a mi trabajo y me encontré allí a David, compañero del periódico, así que me tomé una cerveza con él y, como no, terminamos hablando de futbol, aparte de llevarlo en las venas, era un tema diario laboral, así que, no podía ser de otra manera.

Vivir en la isla de Ibiza era igual de apasionante en invierno que, de locura en verano, pero me movía por unos lugares que el turista ruidoso no solía aparecer, de lo contrario, sería imposible aguantar esto durante los meses más fuertes.

De allí nos fuimos a cenar a una pizzería, no sabía cómo, pero cada día del fin de semana siempre improvisaba y terminaba con uno o con otro, pero nunca salía con las mismas personas dos fines de semana seguidos desde hacía tres años que la pandilla se disolvió de la noche a la mañana, varias rupturas y todo se fue esparciendo.

Nos encontramos con dos amigos más de la zona, Peter y Samuel, los dos eran socios de un concesionario de coches, así que nos tomamos los cuatro, una

copa en una discoteca.

Yo sabía que gustaba, era conocido en la isla por lo del periódico, además de por mujeriego, que era una realidad muy latente, pero por mucho que lo intentara no podía ser de otra forma, quizá nunca estuve enamorado de verdad y eso hizo que no cambiara mi estilo de vida con las mujeres.

Estuvimos en la barra hasta las tres de la mañana en la que ya decidimos irnos, pillé un taxi y me llevo a mi casa, mi coche se había quedado en el trabajo, como todos los viernes. Los lunes por la mañana iba en taxi y volvía a casa en el coche para usarlo durante la semana, pero el fin de semana no lo quería a mi lado, no me iba a jugar los puntos, ya me tiré una vez seis meses sin carnet y eso fue un gran infierno.

Miré el móvil y tenía tres mensajes de Vicky, pero no, no lo iba a abrir hasta el cumpleaños, si me decía algo me haría el loco y como siempre llevo bastantes mensajes le diría que no me había dado cuenta. Como decía, para ironía la mía, pero la iba a dejar con las ganas de que yo lo abriera.

Por la mañana me levanté sobre las diez, me preparé un café y me di cuenta que ya eran cuatro los mensajes que acumulaba de Vicky, pero iba a seguir en mi línea, no abrirlos hasta hacerme el sorprendido, o hacerlo justo antes de entrar al cumpleaños y reaccionar de acuerdo a ello.

Me puse un pantalón vaquero y una camiseta de manga corta blanca, de pico y fui a tomar un buen desayuno al bar de la playa.

Me gustaba ponerme a leer el periódico digital de mi empresa, con el suplemento que llevaba de fin de semana, aunque de la mayoría de las informaciones, tenía conocimiento de los titulares, pero me gustaba verlo montado, con esa calidad y que iban cambiando cada cinco horas.

El día estaba soleado, ya había gente pidiendo cervezas y tapas, pero yo seguía con mi café y mis tostadas, disfrutando de los primeros rayos de sol.

Comí en la calle, me fui a un bar donde paraban muchos conocidos míos. Como siempre, me puse con un grupo y estuvimos tapeando hasta pasadas las cuatro de la tarde, que me fui a casa a descansar un poco ya que intuía de que me esperaba una noche muy larga.

– Buenas – dije sonriente al ver a Georgina, una señora que venía todas las mañanas a recoger un poco la casa, organizar, poner lavados y dejarme comida lista para la semana, aunque la mayoría de los días yo, comía fuera –. No te perdonas ni los sábados, sabes que no tienes que venir los fines de semana.

– Buenas, hijo. Solo di una vuelta para poner dos lavados de toallas, que no me dio tiempo ayer, además, salí más temprano porque tuve que ir al médico.

– Pero eso no te obliga a venir hoy – puse los ojos en blanco.

– Bueno, así me distraigo, ya sabes que no suelo tener muchos planes, vivo sola, viuda, sin hijos, en casa metida...

– Pues pasea, lee, busca una distracción, todo tiene que ser trabajar – dije a modo riña.

– Bueno, está bien, tiendo esto y me voy, prometo hacerte caso.

– Más te vale... – le di un beso en la mejilla.

Llevaba conmigo desde hacía cinco años, que me compré la casa después de conseguir tener un éxito abrumador con mi periódico digital, que llevaba proyectando desde los veinticinco años.

Me dejé caer y me levanté a las ocho, me preparé tranquilamente y fui al pub de Toño, donde había quedado con Benjamín, además, me hacía mucha ilusión verlo, con él había tenido más relación, pero hacia bastante tiempo que no coincidíamos, quería ponerme al tanto de su vida. Era fisioterapeuta de gente de dinero, tenía su propia consulta y la verdad, es que era muy reconocido y admirado en la isla, aparte de muy codiciado por la gente de elite.

## Capítulo 2



Llegué a menos diez, a la vez que él, al verme me abrazó sonriendo.

– Aquí está el tío – dijo sonriente al verme–, la viva imagen de un triunfador. Siempre supe que llegarías donde quisieras. A la vista está.

– Tampoco te ha ido tan mal, querido amigo. ¡Cuánto tiempo! Si hasta pareces más alto y todo.

– Genio y figura, Omar. ¿Ya estamos con la cancioncita de siempre? ¿Cuántas veces tengo que decirte que hace mucho que dejó de afectarme la fama de “gnomo de jardín”, que me acompañó durante la infancia?

A decir verdad, la imagen de Omar y la de Benjamín, no podía contrastar más. Mientras que el primero era alto y musculoso, con una planta de esas de quitar el hipo, y cuidaba hasta el más mínimo detalle de su apariencia, el segundo no entendía de modas ni de estereotipos, y seguía haciendo gala de ese aspecto a caballo entre vintage y taciturno que siempre le caracterizó. Y desde luego alto, alto, precisamente no era. De ahí la broma.

Dos apariencias y caracteres muy distintos que, sin embargo, se complementaban a la perfección.

– ¡Qué años aquellos! – dijo Benjamín.

– Calla, calla que te veo venir. Ahora es cuando me dices eso de que antes teníamos tiempo para todo y para todos, mientras que ahora no hacemos más que trabajar y trabajar y, ¡blablablá...! Me niego a escuchar la cantinela de siempre ¡Jaja! ¿Sabes lo que te digo? Eso de que cualquier tiempo pasado fue mejor, es

puro cuento. Lo mejor, querido Benjamín, es lo que está por venir.

La verdad es que no sé si era cierto o no, eso de que siempre fui su ídolo, pero desde luego, conseguí arrancarle una sonrisa.

Eché una mirada a mi alrededor para ver cómo estaba el “patio” y lo que vi no me disgustó nada. ¡Pedazo de rubia la que tenía Benjamín detrás! Era cuestión de buscarle un poco la lengua (a él, digo).

– Tío, vaya bombonazo, ¡a tus, seis! Para mañana es tarde, ¡ataca ya!

– ¿Ataca? ¡Joder tío, ni que fuera un Rottweiler! Sabes que no es mi estilo. Además, ¿a santo de qué se iba a fijar un monumento así en un tío como yo?

– Así me gusta, amigo. Pura confianza en ti mismo. ¿De verdad no te enseñé nada en las noches que salimos de fiesta?

– Si te sirve de algo, lo intentaste, pero entre mi poca predisposición y que a la mañana siguiente nunca nos acordábamos de nada...Madre mía, ¿recuerdas qué resacas?

– Prefiero no recordar, que todavía me duele la cabeza. Y pensándolo bien, la cara que sé me quedó, por la leche que me soltó tu padre aquella nohecita de marras...

– Reconoce que te la mereciste. ¿A quién se le ocurre? – dijo con total convencimiento.

Haciendo memoria, no pude menos que tirarme al suelo de risa. Era la primera noche que me quedaba a dormir en casa de Benjamín, dieciocho años debíamos tener. Volvimos tan bebidos, que apenas alcanzamos a subir las escaleras que llevaban a su portal a cuatro patas...

<<No hagas ruido, que como se levante mi padre y nos vea así, nos mata>>.

Y no hizo falta que se levantara. A la vuelta del baño, ciego como iba, me equivoqué de cama y fui a instalarme cómodamente en la de los mismísimos padres de mi colega. El bofetón que me llevé no hace falta describirlo y merecido lo tuve, no podía quitarle la razón a Benjamín. Si es que siempre fui

una pieza.

Ya de camino al “Club Ocean,” el rollo no podía ser mejor. Estaba encantando con la compañía de mi amigo y expectante por ver a Vicky. Reconozco que su tono chulesco me había puesto, ¡y mucho!

Llegamos a las diez en punto y entonces recordamos por qué España, es un país donde la puntualidad no es que abunde precisamente. Estuve pensando si demorar un poco mi llegada e impacientarla, pero me pudo el morbo de verla llegar, para qué voy a negarlo...

Incluso me reventaba la posibilidad de que apareciera otro tío que captara su atención antes que yo, si es que acudía sola, que esa era otra. No me importaba establecer una competición sobre quién la tenía más larga, porque sabía que sería yo quien saliera victorioso, pero la quería para mí solito.

Teníamos mucho a lo que jugar. Estaba tan absorto en mis pensamientos que ni siquiera reparé en que el local empezaba a llenarse. Todavía no tenía claro quién era Diego, pero de lo que no había ninguna duda, es que tenía buen gusto. Estábamos en uno de los garitos más cañeros de Ibiza y eso no era cualquier cosa.

No sé si fue la casualidad o el destino lo que hizo que aquella chica tropezara conmigo y mi móvil cayera. Quizás sea un poco sibarita, pero, como llevo mi aspecto, llevo mis pertenencias y siempre me jacto de que cambio de móvil sin que el anterior tenga ni un solo araño. Mucho me temía que esta vez no iba a ser así y había recogido mi iPhone11, aquella misma mañana.

Fue justo al levantar la cabeza cuando divisé aquel culazo de escándalo. Vaya tela, pensé, tenía que ser precisamente hoy, cuando esperaba compañía. Bueno, quizás podría acercarme y establecer una primera toma de contacto antes de que Vicky llegara. Y me llevo su teléfono, como Omar que me llamo.

– No sabía que hubiera fuente de chocolate en esta fiesta, bombón. ¿Cómo te han dejado salir de ella?

– No te ha cambiado nada la voz “míster simpatía” – me espetó –. Espero que al menos tu cabeza sí lo haya hecho y haga honor a los añitos que ya tienes “cariño”– No podía estar más sorprendido. Siempre había sido un cañonazo,

pero le gustaba pasar desapercibida. Ahora, estaba embutida en un elegantísimo vestido que dejaba adivinar cada centímetro de piel bajo la tela. Increíblemente perfecta, pero sexy a reventar.

– ¿Vicky? – dije – No te había reconocido. Estás, estás... Por un momento perdí los papeles. Siempre decía la palabra correcta en el momento adecuado y me ponía la ironía por bandera y el mundo por montera. ¿Qué me pasaba? El desconcierto llamó a mi puerta.

– ¿Qué te ocurre? –contestó ella divertida, sabiendo que había ganado el primer asalto por goleada.

– Nada, simplemente que no te esperaba tan, tan...– No encontraba las palabras y no era propio de mí. De repente, la solución. Aunque no sé si fue peor el remedio que la enfermedad– Tan pronto, quise decir.

– ¿Pronto? –Le faltó el tiempo para volver a la contienda– O sea, que como soy una chica, ya presupones mi impuntualidad. Claro, estaría en casa dándome uno y mil retoques, de cara a nuestro encuentro. Como si me importara lo que pensaras, “cielo”

– No, no quise decir eso. En realidad (parecía que la sangre iba volviendo a mi cerebro), no sé para qué te digo nada. Supongo que da igual, tienes tu imagen hecha y estás por encima de todo y de todos.

– ¡Qué divertido! Creí que lo de estar por encima de los demás, era cosa tuya. En realidad, ¿no eras tú el que estaba sobre aquella chica la noche de la fiesta, aquella en la que rompimos?

– Espera, si quieres, podemos preguntarle a Diego, él fue quien os pilló. ¡Por ahí viene! –Mientras ella se volvió para saludar al anfitrión, cogí a Benjamín por el brazo.

–¡Ahora me acuerdo! ¿No es ese el Diego, del que siempre nos reíamos en el instituto? ¡Tierra trágame! Pues sí que tiene personalidad el tío, vaya lección que nos está dando. Y el mismo Diego que luego...–Estaba tan alucinado con todo lo que me rodeaba que no reparé en ella. Benjamín tenía compañía y no le sentó nada bien mi sacudida.

–¿Cuándo vas a aprender que el mundo no gira en torno a ti? ¡Estoy acompañado Omar! – ¿Susi? La misma Susi por la que Benjamín bebió los vientos durante años y con la que apenas cruzaba una palabra porque le daba corte. De pronto, se les veía de lo más animados. Tercera lección de la noche, Benjamín no parecía precisamente sacado de la portada de una revista de modelos. Ni falta que le hacía.

Y a la tercera va la vencida. Estoy acostumbrado a moverme como pez en el agua en estas reuniones, a ser el centro de atención, a llevarme de calle a quien se me antoja y de pronto, sin comerlo y sin beberlo, había dado con la horma de mi zapato.

Si algo tenía claro es que Vicky, no era la chica que me dio calabazas por tener siempre la vista donde no debía, ¡y las manos! Si había ganado en belleza, más lo había hecho en seguridad. Me empezó a picar el gusanillo de la curiosidad sí. ¿Qué había sido de su vida todos aquellos años y, por qué justo me llamaba ahora?

– ¡Hombre Omar, cuánto tiempo! Me alegro de verte. No estaba seguro de que te apeteciera venir.

– Sí hombre, ¿por qué no? –Él sabía muy bien por qué no. Claro que no había caído en quien era Diego. Nunca hubiera imaginado que Vicky, me invitara al cumpleaños de aquel chico del que tanto nos riéramos, aunque en el fondo fuera amiguete común, y con el que empezó a salir poco después de que rompiéramos.

– ¿Lo estás pasando bien? – me preguntó– ¿Te gusta la fiesta? –Creo sinceramente que lo preguntó con honestidad. No había en sus palabras ni un atisbo de intención de molestar.

– Me encanta la fiesta y todo lo que hay en ella –contesté. Lo cierto es que mi respuesta también fue honesta. El local rezumaba buen gusto y la gente molaba y, sobre el resto, había una persona que destacaba.

– ¿Sigues con ella? – pregunté. Creo que mi lengua fue más rápida que mi mente. No lo pensé dos veces. Estaba desconcertado. ¿Todavía estaban saliendo y querían demostrarme lo bien que les iba y lo capullo que había sido yo, por perderla? ¿Era acaso, aquello, un juegucito o el fruto de una apuesta? Salí

pronto de dudas...

– ¡No! ¿Con Vicky? ¡Cielos Omar, hace años que nosotros no...! Pensé que lo sabías.

– No tenía ni idea, la verdad – traté de guardar un poco la compostura. En el fondo no sé por qué habría de importarme con quién demonios estuviera. Nunca me preocupó demasiado que hubiera un tercero cuando se me ponía un objetivo a tiro. Lo siguiente que acerté a decir fue muy poco acertado–. No suelo prestar atención después de pasar página– carraspeé.

– ¿Y cuándo son otras las que cierran de golpe el libro? Porque me parece recordar que quien pasó página fui yo– dijo Vicky, que acababa de aparecer como por arte de magia, con sonrisa victoriosa.

¡Sería chulilla! Tenía que pensar algo rápido.

– Bueno, digamos que éramos muy jóvenes y ambos pusimos puntos suspensivos a lo nuestro– dije.

– Sí, yo fui quien quitó los dos últimos– replicó ella, con vocecita cantarina.

¿Tocado y hundido? ¡Nunca! Quedaba mucha noche por delante y tenía que darle la vuelta a la situación.

A decir verdad, su aspecto indómito, impasible, irónico y envuelto en un halo de misteriosa ama, sado, que me castigaba con el azote de su lengua cada vez que abría la boca, hizo que ardiera en ganas de besarla.

Si algo me tranquilizaba era saber que, en el fondo tenía suerte. A ella también le seducía aquel encuentro. ¿Cómo no iba a hacerlo? Lo había propiciado y, al fin y al cabo, no creía que fuera venganza lo que buscaba a esas alturas. Era mucha mujer para eso.

Y hablando de mujer... ¿Eran alucinaciones mías, o allí estaba su prima Alisa? Pero, ¿qué hacía en Ibiza? Recién aterrizada de su Londres natal, en la isla de la diversión y el desenfreno y con ganas de hacer locuras.

– ¿Recuerdas a mi prima Alisa? – dijo.

– ¡Claro! – contesté– No sabía que estuvieras aquí, Alisa.

– Ni yo misma hasta hace un par de días– contestó.

– Improvisamos, dijo Vicky. Le dije que vendrías y le apeteció apuntarse. Sabes que le encanta coger un vuelo.

¿El destino me estaba jugando una mala pasada? Y otra pregunta, ¿habían abierto la puerta del Olimpo de las diosas y todas se habían colado en la fiesta? Vicky, Alisa... ¡Estaban despampanantes! Y en mi cabeza solo una pregunta, ¿lo sabría Vicky?

– Pues bienvenida de nuevo a la isla – sonreí y di un trago a mi copa.

– Gracias – noté un poco de desprecio y retintín en esa respuesta.

– Y, ¿cómo va tu periódico? – preguntó Alisa, mirándome de arriba a abajo.

– Bien, no puedo quejarme – sonreí de la misma manera que ella, me dijo el “gracias”. Como ya dije, era el reflejo de como cada uno actuaba conmigo.

– No, no puedes quejarte de nada – soltó Vicky, con aire de prepotencia, mientras sonreía maléficamente.

En ese momento sentí que no podía estar junto a esas dos mujeres a la vez, me comerían vivo o, peor aún, las comería yo y luego me tacharían de chulo, descarado y mil cosas más que me tenía merecidas, pero, con las dos a la vez, era mejor apartarse.

Pedí disculpas para ir al baño y a la vuelta me coloqué en la barra con Benjamín, que volvía a estar solo.

– Susi me volvió a poner taquicárdico – dijo con un carraspeo, que me lo veía venir.

– Y a mi Vicky y su prima, vaya dos, colarse aquí y ponerse ante mí, en plan

chulesco. ¿Estarán buscando un trío?

– Pues dáselo, tú puedes con las dos y con la que se apunte de rebote – dijo chocando su copa con la mía.

– Déjalas, las quiero coger en su terreno, en un rato cuando estén achispadas, vendrán a mí como locas, ya lo verás.

– Eres mi ídolo – soltó una carcajada.

Cinco minutos después Benjamín, volvió a entablar conversación con Susi y yo me aparté con disimulo mirando el móvil, a un lado de la barra.

– Veo que sigues tan pendiente al móvil como siempre – oí la voz de Vicky y al levantar la cabeza, vi cómo se apoyaba en la barra junto a mí jugando con una copa.

– Siempre por trabajo, me gusta estar con las últimas actualizaciones de las noticias – le hice un guiño en plan seductor.

– Esperaba verte con mujer e hijos – dijo en tono sugerente.

– Bueno, hijos no sé si tendré algún que otro por ahí, pero mujer, no, vivo muy bien solo...

– Nunca fuiste hombre de una sola mujer – su tono seguía siendo muy seductor.

– Bueno, ya sabes, hay que repartir cariño por el mundo, cosas tan simples como esas son un bien para la humanidad.

– Sí, ya, la humanidad... – dijo soltando una carcajada mientras negaba con la cabeza, ya estaba más cercana y menos a la defensiva.

– Bueno, voy a tomar el aire a la terraza de fuera, si quieres venir allí a tomar una copa...

– Claro, además ahí se puede fumar, estoy loca por encender un pitillo.

– Pues adelante... – Extendí mi mano para que fuera primera, por supuesto que, a caballerosidad, Nadia me iba a ganar.

Salimos al jardín y nos sentamos en unos sillones con sus mesas, que había al aire libre.

– Y, ¿cómo te va? – pregunté, intentando parecer amable.

– Pues bien, sigo de encargada en la tienda de moda, tengo buen horario, los fines de semana libre, no me puedo quejar, además sigo publicando novelas en Amazon y me dejan otro sueldo extra.

– Y, ¿para cuándo una erótica? – arqueé la ceja.

– Cariño, soy la reina de la erótica, ya publiqué varios de ese género – su cara era de sentirse importante por ello.

– Pues tendré que leer alguno – carraspeé.

– Claro, además, verás lo que puede cambiar una persona en tan poco tiempo – me hizo un guiño.

– Bueno, imagino que eso es ficción – arqueé la ceja.

– Como lo fue lo que pasó entre nosotros – me hizo un guiño y nos echamos a reír.

– Veo que me la tienes jurada... – Incliné la cabeza hacia un lado.

– No te creas, en el fondo me dabas pena.

– ¿Pena? – Solté una carcajada llena de sarcasmo.

– ¿Sabes eso de que algunas personas se creen que son los mejores y al resto del mundo le causa pena?

– Ese no es mi caso – dije precipitadamente.

– Bueno, eso crees tú – río, con aire de superioridad.

– A ver, si vienes a darme, prepárate para recibir que yo también puedo poner mi cerebro en modo histórico y decirte que, en aquella época, no es que tuvieras muchas luces, eras un poco recatada...

– ¿En serio me dices eso?

– ¿Y tú a mí, lo de pena? – le contesté con otra pregunta.

– Por supuesto...

– Lo mismo digo... – sonreí y levanté la copa, antes de darle otro trago.

– Os estaba buscando – apareció Alisa, sonriente –. Me siento con ustedes a fumarme un cigarro y me vuelvo dentro. Esta noche creo que he tenido éxito y voy a dormir en caliente – puso cara de orgasmo.

– Pues mira, te vas a ir con otro recuerdo más de esta isla – inclinó su cabeza hacia mí, entonces fue cuando me di cuenta que Vicky, sí sabía que yo había tenido un lío con su prima.

Carraspeé y me hice el tonto, ante la risa de las dos.

Tomamos un chupito que pidió Vicky, para los tres y luego Susi volvió adentro, con su enigmático amor de esa noche.

– Mi prima está como una cabra – dijo negando con la cabeza.

– Tiene a quién salir – aguanté la risa.

– ¿Me estás diciendo qué estoy como una cabra? – Su cara era un poema.

– ¡Nooo!, para nada, que va, estás totalmente cuerda – le hice un guiño.

– Desde luego, mira quién fue a hablar... – Negó con la cabeza.

La miraba y me parecía la mujer más sugerente y sexy del mundo. ¿Qué me estaba pasando? Ahora le estaba prestando la atención que antes no había hecho.

Un rato después regresamos adentro, para entregar el regalo a Diego. Se había encargado uno de los chicos, todos le dimos el dinero correspondiente, así que, salimos de aquella intimidad que comenzaba a subir por mi cuerpo en forma de calor. Me estaba poniendo al límite, la veía tan apetecible, sexy y un montón de cosas más, que pensaba que me tiraría encima de ella sin dudarlo, pero claro, a ella le gustaba jugar y yo por supuesto, le iba a dar juego.

Más tarde me despedí de todos, comencé a sentirme ya cansado. Eran las cinco de la mañana y Vicky estaba borracha como una cuba, bailando con su prima, como si no hubiera mañana y yo preferí alejarme, me despedí de Benjamín, Diego y me fui al taxi que había llamado y me esperaba en la puerta.

## Capítulo 3



Tenía una resaca impresionante, salí al jardín con el café en la mano y me senté en las escaleras de mi casa, mirando al mar, fumando un cigarrillo y recordando a la exuberante Vicky. La tenía que arrastrar a mi cama, una vez más como fuera, sonreí al imaginarlo.

Miré el móvil y tenía un mensaje de Vicky...

“Buenos días. Espero que el señor fugado esté bien.”

Mírala, me calificaba y todo de fugado, señal que funcionó mi plan de irme sin decir nada.

“Buenos días, chica sexy. Me levanté bien, aquí tomando un café mirando al mar”

Bueno eso de bien era para quedar como un caballero, pero la resaca era monumental, aunque sabía que después de tomar el sobre para el dolor de cabeza, en nada estaría perfecto.

Me volvió a enviar otro mensaje...

“Eso de chica sexy, se lo debes de decir a todas, que nos conocemos... ¡Jajaja!”

Ese “jajaja”, me lo estaba imaginando, además de la pelota que había tirado sobre mi tejado, pero yo le iba a contestar con una de las mías...

“Con todas las que lo son...”

Eso le iba a causar una mezcla de risa y enfado. A ella, en cierto modo, le gustaba sentirse sexy, deseada y única, así que no tardó en contestar...

“Eso me lo podrías explicar comiendo con un vino, cara a cara...”

Uy, pronto caía en mi juego, más que yo en el suyo...

“Pues hoy iba a descorchar una botella, hacer una pasta que me sale riquísima, si quieres, estás invitada...”

Lo envié sonriendo, no sabía por dónde iba a salir, pero me hacía mucha gracia de que me lo hubiese sugerido.

“¿Sigues viviendo en la misma casa?”

Me eché a reír, en un rato la tendría aquí.

“Claro...”

No tardó en contestar...

“En dos horas, estoy allí”

Y eso era lo que yo quería, que se presentara en mi casa, que estuviéramos a solas, mirándonos, cara a cara y, sobre todo, arrastrarla a mi cama, la cama que tantas veces la había acogido, pero de diferente manera. Ahora estaba más suelta, más mujer, más despampanante y eso me volvía loco.

Me puse corriendo a preparar la pasta mientras escuchaba música. Preparé la salsa a la carbonara, que me salía perfecta, unos entrantes de solomillos de bonito con pimientos horneados y listo. Fui a ducharme, quería recibirla como Dios manda. Ella tenía que caer rendida a mis pies y no iba por mal camino.

Un pantalón corto y ajustado vaquero, con unas zapatillas blancas y una camiseta también blanca y listo para recibir al nuevo terremoto de Vicky.

Aún faltaba media hora, pero conociéndola podía llegar antes, o mucho después, así que me serví una copa de vino y me senté en el jardín exterior, tenía ganas de leer un poco el periódico, esa mañana ni lo había ojeado y eso era muy extraño en mí.

Mi teléfono sonó y era Benjamín...

– Hola – dije riendo.

– ¡Hombre!, mi hermano, dime que llegaste vivo a tu casa.

– Pues claro – reí – ¿Y tú, como llegaste?

– Yo a rastras, con Susi, ahí duerme plácidamente en el sofá. No, no me la tiré, sí es lo que estás pensando, estábamos demasiados borrachos y ella ponía muchos frenos, pero caerá, en breve caerá – rio – Oye, Vicky se tiró toda la noche buscándote, yo no le dije que sabía que te habías ido de la fiesta para no volver, pero ella no dejaba de mirar de un lado a otro. Su cara, hermano, era un poema, pura desesperación por volverte a ver.

– Y me verá en nada – sonreí –. Viene ahora a mi casa para comer.

– ¿No me digas?

– Me escribió esta mañana y se puso tonta...

– Esa quiere volver con el gran león.

– Eso son palabras mayores, ahora mismo creo que lo que nos debemos, es un buen revolcón.

– Tú sí que sabes, Omar, tú sí que sabes... Bueno, solo te quería poner al día.

– Nos vemos campeón.

– Así es, mi hermano.

Me gustaba eso de hermano, siempre me llamaba así y no se lo llamaba a todos los amigos, pero nosotros, aunque a veces nos lleváramos mucho tiempo

sin hablar, cuando lo hacíamos, era como si no hubiese pasado el tiempo.

Seguía ojeando el periódico, cuando llamaron a la puerta, supe que era ella. Abrí la verja para que entrara con su coche y lo aparcara junto al mío.

Me acerqué hasta ella y la vi bajarse, tan sexy, con esos vaqueros ajustados, con unas sandalias altas, una camiseta de tirantes roja, ajustada y metida por dentro del pantalón y un cinturón que hacía ver que su silueta estaba muy cuidada. Llevaba el pelo recogido en un gran moño y sus labios rojo pasión, esa pasión que yo sentía en esos momentos por esa nueva mujer. Para mí era como si la hubiesen cambiado, no tenía nada que ver con la que había conocido años atrás.

– Me pensé aparecer por aquí – dijo haciéndose la interesante.

– Si ya, lo imagino... – respondí de forma hipócrita, haciéndola creer que me lo había tragado.

– Me tendrás un buen vino preparado, ¿verdad? – dijo dirigiéndose a la mesa del jardín.

– Te tengo el mejor, a la mujer más sexy y bonita del mundo, hay que darle lo más exclusivo – sonreí aguantando la risa.

– Tienes un morro que te lo pisas, chaval... – soltó una carcajada y se sentó.

Serví su copa y se la puse delante, mientras ella se encendía un cigarro.

– Y bien, ¿qué tal la resaca?

– ¿La resaca? Eso ya no sé ni lo que es, aprendí a tomar eso que tú haces después de levantarme y media hora me dura, luego estoy como nueva.

– Esa pastilla, es mano de santo – le hice un guiño.

– Y tus padres, ¿qué tal?

– Pues bien, allí en la península, ellos no vuelven a la isla, dicen que la vida que tienen en las tierras gallegas, les hace muy feliz.

– Bueno, ellos es que son gallegos.

– Por eso, yo sin embargo no podría irme lejos de aquí, estoy acostumbrado a vivir rodeado de mar, de todo lo que la isla ofrece.

– Eso me pasa a mí, pero realmente, a veces me pregunto hasta qué punto podría aguantar aquí toda mi vida.

– ¿Te irías?

– Si tuviera una oportunidad mejor, claro que lo haría, no sé, ya me asfixia esto. Para ir a cualquier ciudad de Europa, hay que coger un avión, cualquier día hay un terremoto, o pasa cualquier cosa y aquí solo salimos a nado – dio un trago.

– Eres un poco paranoica por lo que veo...

– Un poco dice... – soltó una carcajada – Parece que no me conoces.

– O, que no te reconozco...

– Puede ser, todos cambiamos con los palos y las decepciones.

– También tiene su lógica – sabía que eso era un tirito para mí, pero yo como siempre en mi línea, esquivando las balas.

Volví a llenar las copas y saqué el entrante, le llamó mucho la atención el solomillo con los pimientos, le encantaba, además lo saqué con pan caliente que había preparado en el grill en un momento.

Se la notaba bien y cómoda a mi lado, después puse los platos de pasta y casi le faltó chuparse los dedos, no paraba de decirme lo bueno que estaba todo y en lo buen cocinero que me había convertido. Estuvo todo el tiempo halagando la comida, cosa que para mí era un triunfo y más, si venía por parte de la mujer que quería a toda costa meter en mi cama, pues algo me decía que hasta en eso ella, también era diferente en estos momentos. El morbo, las ganas y ese calentamiento al que me tenía sometido, me hacía no pensar en otra cosa que, verla sobre mi cama, desnuda, con esos labios rojos, esa piel tostada y esas curvas que no hacían otra cosa más que ponerme como un perro en celo, con

ganas de todo, con ganas de ella.

Pero y mi musa erótica, ¿tenía las mismas ganas de mí? Me resultaba curioso, ¡qué digo curioso!, más bien a todas luces, era increíble estar preguntándome aquello. ¿En qué momento había empezado a suceder? ¿Cuál ha sido el detonante para que yo, el tío más seguro del mundo, de repente me sienta como un quinceañero y tenga dudas de hasta qué punto me correspondía en deseo mi partener sexual?

Algo estaba cambiando en mí, de eso no había duda y mi objetivo estaba claro. Ella, no podía notarlo. Tenía una reputación que mantener y, por estúpido que para otras personas pudiera parecer, me dejaría la vida en ello, si era necesario, para mantenerla.

— ¿En qué piensas, “querido”? — preguntó ella intrigada.

Su intriga me resultó excitante, ¡cómo no! Todo en ella comenzaba a sugerir excitación y en mi mente una sola idea cobraba vida: tenía que poseerla y hacerla mía. Se había convertido en el objetivo “number one” de mi existencia, desde que la sola visión de su espectacular físico, me hubiera recordado la noche anterior que fui un estúpido por perderla.

— En nada y en todo— le contesté. Bien sabía yo, que a ella siempre le pudo la curiosidad y a mí me divertía sobremanera alimentar la suya.

Mientras estuvimos juntos, casi nunca le respondía a nada. Bastaba que me preguntara por la hora para que le dijera que mirara al sol y sacara sus propias conclusiones. Para mí era un juego y ella entraba al trapo encantada. Sé que mi lado de alma libre, fue una de las bazas con las que conté para enamorarla. Con lo que ella no contaba era con el hecho de que mi concepto de libertad, se ampliara también a la cuestión de, a quién meter en mi cama.

—Siempre fuiste un alma libre— me espetó. Debí ponerme rojo porque noté arder mis orejas. ¿Por qué? Hacía años que no sabía lo que era el rubor, ni tenía ganas de recordarlo. ¿La pregunta venía porque yo había pensado en alto, o era simple coincidencia? Traté de recobrar la cordura. ¡No estaba tan tarado! Las casualidades existen y, para muestra, un botón.

—Fui, soy y seré, “baby”. No ha nacido mujer que me “amarre.”

— ¡Jajaja!, lo dices como si fuese una condena. Esa parte no la entiendo. Yo creo que debe tener su lado bonito: estabilidad, pareja, hijos, un hogar, horarios

establecidos...

—Para, para, para... ¡Me estás agobiando solo de escucharlo! —le solté, divertido.

—Para tú, engreído y hazme el favor de respetar mi turno de palabra, o aquí te quedas— rio ella.

A pesar de su tono divertido y desenfadado, en el fondo, he de reconocer que la creía muy capaz. Toda ella rezumaba seguridad y eso era algo que me despistaba. A ver, como es obvio, había estado con muchas mujeres decididas, de hecho, la mezcla de inteligencia, tener las cosas claras (saber exponerlo) y hacer valer su autoridad, me resultaba de lo más sugerente en una fémina. Pero Vicky sabía hacerlo como Nadia... Me refiero a mostrar su valía. De lo otro ya ni hablemos... ¿Qué sería capaz de transmitirme en la cama? Si era la mitad de lo que imaginaba, ¡Bufff!

—Hable con tranquilidad señorita. Tiene mi palabra de caballero de que no volverá a suceder. Y sepa usted que llevo muy a gala no faltar nunca a mi palabra y menos, a la dada a un bellezón de su calibre, por supuesto.

No hizo falta que respondiera. Su gesto complaciente me volvió majara. ¡Otra idea extraña! ¿Desde cuándo me hacía sentir así alguien?

— Seguiré si me dejas, impertinentillo —señaló ella—. Te estaba diciendo que todo tiene su lado bueno. No seré yo quien diga que no, pero en este momento de mi vida, odio las ataduras, los convencionalismos y todo lo que huele a posesión. Soy la única capitana de mi velero y viajo sola o, mejor dicho, con el viento, que me mece, cuándo y cómo quiero.

No era la misma Vicky. No era aquella pequeña formal que se disgustó porque nunca llegué a presentarle a mis padres o porque, de vez en cuando, prefería salir con mis amigos a quedar con ella y quien me pidió que no me marchara a Nueva York a cursar aquel máster si no era en su compañía. ¡Aunque bien me encargué yo de pifiarla, para que no estuviéramos juntos cuando llegó el momento de emprender el vuelo!

— ¿De verdad me lo dices? —pregunté, preso de la incredulidad.

—Mira don “te interrumpo cuando estás hablando”, si quieres volver a verme, y no tengo ninguna duda de que así sea, no pongas en duda ninguna de mis afirmaciones. No es algo que permita, ni a ti, ni a Nadia. Cuando esté de broma, te lo haré saber, cuando quiera tu opinión, te preguntaré y cuando quiera

algo más, jugaré mis mejores cartas y, ganaré...

Esta vez no me quedó ninguna duda. Su noto de voz retumbaba en mi mente, mientras sus palabras cobraban forma, ¡jugaré mis cartas! ¿Era yo el único que estaba pensando en sexo? Creía que no, apostaba porque no y, ¡debía ser la primera vez en mi vida que rezaba porque no!

—Me ha quedado clarísimo— respondí nervioso-excitado-entusiasmado— ¿Me permites una pregunta?

—Claro— respondió, mucho más relajada, lo que me hizo suspirar de alivio.  
— ¿Cuándo ocurrió? (Sí, ya lo sé, la pregunta iba con mi sal y mi pimienta).

— Cuándo ocurrió, ¿qué? — soltó ella, mientras tomaba un sorbo de té, con mirada penetrante.

—Lo sabes muy bien...— contesté, a sabiendas de que no me lo iba a poner tan fácil. La respuesta, digo. Y lo otro, ¡estaba por ver!

—Puede, pero no es lo mismo si no lo escucho. No tengo por qué dejar que mi mente divague. Lo que tengas que decir o preguntar, hazlo con total transparencia. Tienes en frente a una rival de altura. ¡Haz el favor de no subestimarme!

— ¿Cuándo ocurrió? Es decir...

— ¿Tú no aprendes? — rio, con un descaro inusitado, desconocido, chispeante, transgresor, novedoso y cien por cien incitante.

No sé si no aprendía o no quería aprender, pero una cosa tenía clara, lo haría una y mil veces, volvería a hacerme el despistado, si ella me correspondía con esa risa franca, que me daba pistas de en la increíble mujer que se había convertido.

— Quiero decir... ¿De repente te levantaste un día y pensaste que eras dueña del mundo, doña simpática o te salió solo? Tienes poco que ver con la que recuerdo. ¿Quizás tuve algo que ver? ¿Lo que pasó? ¿La manera en la que rompimos?

Por mucho que intente describir hasta qué punto percibí como cierta la sinceridad de su nueva carcajada, no podría. Cuando por fin pudo musitar palabra, lo hizo para agrandamiento de mi sorpresa.

— ¿Tú? ¿Lo que hiciste? ¿La manera en la que rompimos? Voy a darte una información muy valiosa Omar. Recuérдалa siempre porque no todas van a tomarse la molestia de decírtelo: el mundo no gira a tu alrededor, don “aquí estoy yo porque he venido”. Lo que pasó, si es que pasó algo, solo tiene que ver conmigo. ¿Sabes aquello de que un día el patito feo (que no lo es, pero lo ignora), mira su reflejo y se ve convertido en cisne? Pues tiene mucho más que ver con eso.

— Entendido. No hay más que hablar. Soy un cretino petulante y tú tienes el mundo a tus pies (me hice el contrariado, aunque en realidad, mi deseo por ella se multiplicaba exponencialmente). Sin embargo, lo cierto es que estás aquí. Y si tanto detestas mi manera de ser, la verdad no lo entiendo...

Ardía en deseos de que pasara a la acción, un gesto, algo que me indicara que sentía lo mismo que yo y que me permitiera poner en marcha la maquinaria de la más escandalosa secuencia sexual, que mi preciosa compañera hubiera vivido. ¿A qué esperaba?

Tenía un auténtico arsenal del placer en mi cuarto. ¿O quizás era de las que pasaba de los prolegómenos, y deseaba un increíble encuentro de altos vuelos sin artificios? Lo que venía siendo un, “aquí te pillo, aquí te mato” de toda la vida, pero entre dos dignos contrincantes de cama, porque algo me hacía pensar, que juntos podríamos dar un nuevo sentido a la palabra frenesí.

—No me andaré con rodeos porque deseo que mi mensaje no deje lugar a dudas: “He venido a jugar” — y yo puedo jurar que el tono estaba en consonancia con lo dicho. Fue en ese justo instante cuando tomé conciencia de que, para mí, había comenzado una nueva era del juego. Un antes y un después que, para ese momento, ya me tenía fuera de mí.

— ¿Quieres jugar? Hagámoslo— le respondí.

Me sentí bien. Por primera vez desde la noche anterior mi tono tampoco dejaba lugar a la interpretación. Eso sí, debieron ser varios los grados de temperatura cuya subida tuvo que encajar mi cuerpo de golpe. Nunca antes había deseado tanto a Nadia. Estaba dispuesto a jugar y, en realidad, loco por demostrar que, en esas lides, habíamos aprendido todos mucho, los últimos años.

— Juguemos, pues— no tardó en resolver ella, mientras la envolvía un aura enigmática, que me cautivó (más todavía, si es que eso era posible).

¿Había llegado el momento? Parecía que sí. Me levanté y me dirigí hacia la butaca reclinable en la que cómodamente estaba instalada, con su taza en la mano, mirando el mar. ¿Podía existir un momento mejor para aquello? Pues parece que sí, porque...

—Che, che, che... ¿Dónde va usted con las prisas, don impaciente?, ¿hay baño en esta casa? Bueno, mejor, dicho, ¿a qué baño de esta mansión me dirijo

para prepararme como la ocasión requiere?

¡Vale, me había pillado! Es cierto, soy de lo más impulsivo. Ni siquiera le había preguntado. Quizás ella quisiera explicarme cómo le gustaba. Era Vicky, pero ya no era mi Vicky. ¿Cuándo empecé a pensar que estas cosas se ideaban? No era un proyecto fin de carrera, era un asalto de cama. ¡Y en eso yo era todo un maestro! Vamos, Vickys a mí...

—Ahora vuelvo “cariño” — y sí, el retintín al que antes aludí, resonó ahora por encima de la música.

Llevaba una bolsa. Empecé a imaginar su interior y hasta entonces no había reparado en lo estrechos que pueden resultar los pantalones en momentos así, ¿quién los diseñaría y por qué no lo tendría en cuenta?

La lencería siempre había sido mi perdición. Un par de medias sexys como colofón de un “look, ejecutiva”, que terminara en un tacón de aguja, bien podrían haberme buscado la perdición más de una vez. Como aquella vez cuando era becario y, en la copa de Nochevieja que dieron en mi recién estrenado trabajo, acabé con mi jefa en su descomunal despacho, presos del desenfreno y ávidos por devorarnos, pero de pronto escuchamos la puerta que se entreabría... ¡Casi nos pillan!

Siempre fui un, bala perdida. Lo mío no tenía remedio ni jamás quise ponérselo. Y hablando de eso, ¿qué se estaba poniendo ella, y por qué tardaba tanto? Total, ¡para el tiempo que lo iba a llevar puesto! Vaya si soy burro, ¿qué tendrá eso que ver? ¿Me sorprenderá de negro, de rojo, de un sutil, verde cacería...? Aunque para cacería la mía. ¡Lo había logrado! Y, desde luego, no había tardado tanto.

¿Tanga?, ¿culote?, ¿tanga brasileño...? Si por algo ponía la mano en el fuego es porque su outfit sería genial. Quién iba a negar que ella todo lo tenía bueno, incluso el gusto. Por eso estaba allí.

En cuanto a mí, no me moví del salón, en primer lugar, porque no quería perderme la salida triunfal de aquella diosa de ébano (por su intenso bronceado ibicenco) y, en segundo lugar, porque lo tenía todo previsto antes de su llegada y me había ocupado de prepararme como es debido. ¡Y mi indisimulable ímpetu sexual, estaba haciendo de las suyas! Las ganas se estaban apoderando de mí y, al tiempo que escuchaba sus pasos, notaba el palpar de mi corazón como si un caballo galopara en el interior de mi pecho.

Ahí estaba...

Negué con la cabeza riendo, la iba a comer a besos, me había pillado de lleno. Salió con un pareo sobre un bañador blanco que le quedaba de muerte, le

hacía un buen pecho, una cintura contoneada y unas caderas que, uff, carraspeé a pesar de presagiar que había comenzado el juego y no precisamente el que yo estaba esperando.

– ¿Nos vamos a la playa? ¿A la piscina? – dijo haciéndome un guiño.

– ¿Dónde prefieres? – Arqueeé la ceja.

– Podríamos tomar una copa en el bar de la playa – se mordisqueó el labio.

– En la piscina también te puedo poner una copa – le hice un guiño mientras la miraba con esa pose sexy, graciosa y con cara de no romper un plato, se había vuelto una, crack. Se había convertido en toda una sex-symbol y a mí me estaba volviendo loco.

– Te espero en la piscina, un Gin Tónico, por favor – me hizo un guiño.

Me quedé observándola mientras salía hacia el exterior, yo estaba flipando por aquella situación, subí a mi habitación y me cambié de ropa, me puse un bañador, unas zapatillas y salí con dos Gin Tónicos, que preparé en la cocina.

Estaba sentada en la escalera, con una pose de lo más sensual, me estaba poniendo con el corazón a mil e intenté aparentar tranquilidad, me recordé mil veces que estaba jugando y yo tenía que ganar.

– Tenga usted señorita – dije poniéndole la copa, al borde de la piscina.

– Bueno, tampoco hace falta que me hables de usted, a estas alturas no nos vamos a andar con esas tonterías.

– ¿Tonterías? – carraspeé – Y, ¿con qué podríamos andar? – Me senté junto a ella.

– Me llamas de tú, pero trátame como una reina, si quieres jugar, claro, si no, me durarás un asalto... Yo te duraré lo que tú me cuides y te daré lo que yo crea oportuno en el momento idóneo.

– ¡Wow, como está la Vicky! – dije en tono irónico.

– ¿Te gusta? Puedes admitirlo.

– Me pones, no lo voy a negar, pero tampoco me doy chocazos – dije con chulería.

– Te los darás, créeme que te los darás... – sonrió desafiándome.

– Lo mismo...

– No digas tonterías, no seré yo, quien me los dé por ti.

– Esto es un juego, no celebres aún el triunfo – le hice un guiño.

– No me conoces... – sonrió orgullosa.

– Veo que no te conozco, pero tampoco tú a mí – le volví a guiñar un ojo y me zambullí en la piscina, ella seguía copa en mano en los escalones de ella.

La miré al fondo y estaba sonriendo, mirándome, como pensando en todo aquello que se le pasaba por la cabeza y que, por ende, tenían que ver conmigo.

– Primero – dijo conforme me volví a acercar a ella, mientras jugaba con la copa –: Si piensas que me vas a tener rendida a tus pies, te equivocas...

– Qué lástima – dije levantando los hombros y cogiendo mi copa.

– Segundo – se puso con aire más interesante –: Si te crees que me vas a follar hoy, o en los próximos días, lo llevas claro...

– Ni se me había pasado por la cabeza – hice gesto como de quitarle importancia y recé interiormente para no soltar una carcajada.

– Tercero...

– Esa pausa me da un poco de inquietud – dije en tono irónico.

– Repito, tercero: un solo día que no me hagas saber de ti, desaparezco para siempre y gano el juego.

– Para – dije en tono exigente –. Eso de que yo tenga que hacerme ver, no estoy de acuerdo.

– Vuelvo a repetir: un día que no sepa de ti, me voy para siempre.

– Y, ¿qué tengo que hacer, señales de humo? ¿Llamarte? ¿Mandarte un mensaje? ¿Un ramo de flores? ¿Dos sicarios? ¿Tres guardaespaldas?

– Lo que te dé la gana.

– ¿Hay cuarta norma? – pregunté con sarcasmo.

– Claro, si juegas con otra, eres hombre bloqueado en todos los aspectos de mi vida y no solo en los tecnológicos.

– Y, ¿qué te dice a ti que me apetece aceptar?

– ¿No querías jugar?

– Hagámoslo... – repetí de nuevo.

Se levantó, fue a secarse, se cambió de ropa y fue a su coche, todo eso sin mediar palabra, yo estaba alucinando y sonriendo.

– ¿Me abres por favor? – dijo refiriéndose a la puerta de entrada y se subió a su coche.

Abrí con el mando las puertas y se fue tan chula, tan segura, tan dispuesta a todo. El juego, había comenzado...

## Capítulo 4



Esa mañana llegué a la redacción acordándome de esas “normas” que me había puesto mi querida Vicky.

Saludé a David y tomé con él, un café de la máquina que había en la escalerilla.

– ¿Qué tal en ese cumpleaños y el reencuentro con tu ex? – preguntó en plan cotilla.

– Si yo te contara... – Negué con la cabeza poniendo los ojos en blanco.

– Eso quiero, que me cuentes – dio dos golpecitos a mi hombro mientras sonreía.

– Pues apareció y no la reconocí, no era aquella chica que dejé hace unos años. Ahora es una mujerona, sexy, con un cuerpo espectacular, super moldeado, sus labios, sus gestos, toda ella es diferente. Ahora me hace sentirme en tensión continua – volteé los ojos mientras ponía cara de placer.

– Y a ella, ¿cómo la ves contigo?

– Quiere jugar, y le he dicho que, adelante, me la voy a llevar a la cama sea como sea, no me da la gana de quedarme con las ganas y créeme, lo voy a conseguir en un abrir y cerrar de ojos. Me dijo una serie de normas como, que todos los días tiene que saber de mí o de lo contrario, desaparecerá.

– No entiendo...

– Quiere señales más todos los días, de la manera que sea, mensajes,

llamadas, alguna señal por las redes, algún detalle...

– ¿Y qué vas a hacer?

– Pues, para empezar, le compré anoche para que le lleven a la tienda donde trabaja, un regalo. En dos horas lo tendrá en sus manos – le hice un guiño –. Esto de internet es la hostia.

– ¿Qué le enviaste?

– Unos grilletes, pero con cristales de Swarovski – solté una carcajada y él escupió el café en toda la escalera.

– ¿En serio?

– Por supuesto y tan en serio.

– Eres mi ídolo, tío, eres mi ídolo.

Volvimos a nuestros despachos y me puse con el plan semanal. A Dios gracias, no tenía ni una reunión, las odiaba, era algo que me podían, pero, por ende, tenía que ir.

A última hora de la mañana me llegó un mensaje de Vicky...

“Muy buena tu señal, algún día...”

Era una cabrona, totalmente. ¿Algún día, qué? Tendría que averiguarlo.

“Sí, algún día...”

Le envié lo mismo, como dando por sentado que lo había entendido, no tardó en responderme...

“¿Qué me deparara mañana la vida a modo de señal?”

Pues le iba a preparar una más gorda, si quería jugar, yo era el número uno

compitiendo, pero no, que no pensara que no me iba a superar, sí era así, la llevaba clara.

“Regla, A: no des por supuesto nada y mucho menos preguntes”

Hombre, si ella ponía reglas, yo no iba a ser menos, como se pusiera tonta se iba a cagar, le iba a poner la regla más fuerte de todas, pero para eso era pronto. La tenía que arrastrar un poco más, a sentir ese cosquilleo que la hacía de alguna manera estar ahí y yo la estaba acercando. La acercaría tanto, como para sentir estar dentro de ella.

Volvió a contestar, pero eso era predecible, estaba deseando hablar y hablar, saber de mí, lo que pasaba es que a ella le gustaba sentir que ahora era la que llevaba la batuta y lo que no sabía es que yo tenía el mando y que cuando me diese la gana, cambiaría de canal.

“Vale, guapo, claro que sí, me has casi puesto cachonda, estoy por abrir mis piernas y meterme un juguete que tengo en el cajón de la habitación donde guardo los pedidos. ¿Hay una regla, B?”

Me dio una idea, así que solo quedaba poder llevarla a cabo, además, sí que había regla B. Todo el abecedario sí se ponía tonta.

“Vida mía, por supuesto que hay una B, ahora mismo te la cuento. Verás, la regla B, consiste en que, a partir de ahora, si no quieres que “desaparezca”, vas a tener que pasar el próximo fin de semana conmigo, en mi casa. Por supuesto, podremos salir a comer, cenar, desayunar, de fiesta, lo que quieras. Esto es un juego, si quieres lo hacemos, de lo contrario, puedes plantarte ya.”

Lo mejor de esto era que cada uno poníamos condiciones, pero estaba convencido que los dos, estábamos condenados por una tensión sexual que estábamos dispuestos a resolver. Así que, si uno quería cagarse el juego, debía poner una regla que supiera que él otro no podría cumplir y estaba seguro de que ninguno de los dos, estábamos dispuesto a ello. Como la quería cerca, iba a comenzar por arrastrarla hacia mí ese fin de semana.

No tardó en contestar...

“Ya tengo la maleta lista, en cuanto salga el viernes del trabajo, voy para

tu casa. Por favor, marisco y una ensalada mediterránea”.

Encima tenía arte, gancho y una ironía que me ponía feliz de la vida, estábamos a lunes, hasta el viernes quedaban muchos días aún, pero me lo iba a pasar pipa.

Terminé mi jornada laboral y me fui a comer con David al bar de enfrente, nos gustaba tapear y tomar una cerveza, ya habían entrado los del turno de tarde en el periódico. La mayoría de ellos comían aquí antes de entrar, ya que había menús super económicos para todos los que trabajaban en el polígono donde estaba el periódico y multitud de empresas.

De allí fui a darme un baño a la playa, necesitaba tomar esos rayos de sol en uno de los rincones favoritos de Ibiza, una cala que solo se podía tener acceso por un lugar que apenas Nadia sabía llegar, por lo que siempre me encontraba con poca gente allí, en aquellas aguas cristalinas, un rincón que me llenaba de energía.

Más tarde fui a tomar un café frente a mi casa, luego entré en ella para quedarme toda la tarde preparando cosas para el día siguiente en el trabajo. Ese día no volví a saber nada de Vicky, pero yo ya tenía todo preparado.

Y llegó el martes...

De nuevo estaba con David en esa escalerilla, fumando un cigarro, tomando un café y con su curiosidad por bandera.

– Y hoy, ¿qué, señal le mandarás? – preguntó al ver que no se lo contaba. Sabía que lo esperaba, pero yo me mantenía en plan misterioso, me encantaba verlo esperar impaciente con sus carraspeos.

– Le he mandado un vibrador, de una de las mejores siliconas del mercado, me costó un huevo y parte del otro, pero por ver su cara, daba lo que fuera. Además, lleva un mando a distancia – solté una carcajada al verle la cara – y ese mando, es de cristal de Swarovski – me mordí el labio y afirmé con la cabeza.

– Eres la puta hostia, va a flipar.

– Va a pasar el fin de semana en mi casa, así que la llenaré de objetos de aquí

a entonces y el viernes, le enviaré el último con una nota que diga, que coja todo y lo lleve a mi casa.

– Y serás capaz...

– Ya sabes que sí – reí.

– Pero, una cosa... ¿Será este fin de semana cuándo te la tires?

– Ajá, no te quepa duda... – hice un guiño – Esta no se va a pensar que voy a estar a mano otra semana más – le di dos palmadas en la espalda mientras bromeaba, o no, y me fui a mi despacho.

Ese día volví a hacer lo mismo que el día anterior, playa, café y casa, pero con la diferencia de que no me había escrito aún. Ese mensaje llegó por la noche...

“Por favor, que monería de aparato me regalaste y el mando... ¡Muero! Estoy loca por ver que me llega mañana, espero todo, menos un mensaje”

Lo que yo decía, graciosa, graciosa, aunque no le iba a contestar, a mí también me gustaba hacerme el interesante y se trataba de jugar, pues eso, íbamos a jugar y mucho, el juego no había hecho más que empezar y para llegar a la meta había muchos competidores. Solo podíamos quedar uno y a mí el puesto, no me lo iba a quitar.

El miércoles me esperaba David, pegado a la máquina para volver a tomar el café.

– No te pensaras que me voy a ir a mi oficina sin saber que le mandaste hoy... – echó las monedas para sacar los cafés.

– Unas bolas chinas, la cuerda que cuelga por fuera, lleva en el final una bola de cristal de...

– Swaroski, ¿a que sí? – soltamos una carcajada.

– Efectivamente...

– Ya, por curiosidad, ¿tienes pensado lo de mañana? Más que nada por si no me apetece tomar un café – lloraba de la risa mientras hablaba.

– Mañana le voy a mandar un dilatador anal...

– ¿Eso existe?

– Y de Swaroski – solté una carcajada.

– Ya puesto, termíname de sorprender ¿Qué le mandarás el viernes?

– Una caja, con una bata corta de enfermera, con un escote impresionante, pegado al cuerpo...

– No serás capaz... – Se puso las manos en la cara.

– Por supuesto y dentro una nota diciendo que el plan C, es que lo lleve puesto sin ropa interior debajo, pero claro, que estaba a tiempo de poner punto y final al juego.

– ¿Y crees que lo harás?

– Si no estuviese completamente seguro, no le pondría eso – reí y me fui al despacho, dejándolo allí, boquiabierto y alucinando en colores.

Ese día, al igual que los siguientes, fue todo según lo previsto. Ella me contestaba cada día con un mensaje que yo no respondía, menos el viernes, ese día no me respondió, así que la esperaba en casa.

La idea era quedar a la diez de la noche. No voy a negar que, conforme avanzaba el día, mi nivel de expectación subía a la velocidad como la espuma.

El juegucito de “marras”, me atraía por momentos. Ella no podía haber sido más certera cuando me llamó “don impaciente”. Sin querer dárme las de nada, no estaba acostumbrado a esperar por Nadia y en temas de chicas me movía como pez en el agua, así que todavía menos.

Si algo tenía asumido, es que Vicky, sabía cómo esgrimir sus armas de mujer. Y tampoco tenía duda de que algo estaba cambiando en mi cabeza de trasnocador, juerguista y picaflor, porque el encuentro de aquel viernes noche

había acaparado buena parte de la atención de mi semana.

Es más, confieso que era pensar en ella y todos mis sentidos saltaban al unísono. No sé cómo explicarlo, era una habilidad innata en aquella preciosidad. Potenciaba cuantas ideas pasaran por mi cabeza, ¡que, por cierto, eran muchas! ¡Y la mayoría inconfesables!

Y otra cosa. Me acababa de poner, ¡y cómo! eso de hablar de armas de mujer en referencia a Vicky. De repente la imaginé uniformada, cacheándome y tuve que apartar ese pensamiento de mi hirviente cabeza, antes de que empezara a echar humo.

¡Orden, orden! ¡Vamos por partes! No era vestida de sensual agente de la autoridad como iba a aparecer por mi puerta, sino como toda una picante profesional sanitaria.

A eso de las siete de la tarde ya lo tenía todo más que preparado.

“Vickys a mí, jaja”, la iba a dejar ensimismada.

Programé la iluminación correcta, escogí la música adecuada y disfruté de las vistas, amenizada por las flores que aquella mañana había traído Georgina, por encargo mío. Eran las flores preferidas de la que había sido mi chica y ahora sería mi... bueno, ya lo pensaría. Pues eso, le dije que dispusiera las flores en varios puntos estratégicos de la casa conforme llegara.

Miré a mi alrededor y vi que no faltaba un detalle. Tampoco en mi indumentaria. Tejanos nuevos ligeramente desgastados y una camisa negra informal, le daban a mi look el toque desenfadado de quien estaba esperando visita médica.

No iba a pasar tres horas allí. Me sobraban tablas para manejar la situación y no quería quedar ante mí mismo, como un pelele, demostrándome los nervios que en el fondo sabía que sentía, pero que no estaba dispuesto a reconocer.

—Campeón, ¿estás listo? — le solté a Benjamín, tan pronto acertó a coger el teléfono.

— ¿Tú qué crees? — me contestó — Listo y ávido de noticias.

— Ok, pues nos vemos en quince minutos, en el chiringuito de la playa.

Necesitaba despejarme, pero tampoco quería ir demasiado lejos. En el fondo, pensé que era una tontería. ¡Ni que la casa se fuera a quemar! Jaja, no, al menos no mientras yo estuviera fuera. Otra cosa sería a mi vuelta. Ahí sí que esperaba que hubiera fuego. Y apostaba a lo que habría.

Inmerso en ese último pensamiento, ni siquiera caí en que ya tenía a

Benjamín de frente. Habíamos llegado a la par y yo, en mi línea de siempre, ¡tendría que nacer otra vez para cambiar!

– ¡Enamorado a la vista! – solté con bastantes ganitas de guasa, tal cual lo vi.

– ¡Mira quién fue a hablar...! – replicó él. Eso de nuevo puso mi maquinaria mental en marcha. ¿Enamorado? Ni de broma. Que sí, que moría de ganas porque nos midiéramos en la cama, pero enamorado, ni de ella, ni de ninguna. O, al menos, eso quería pensar.

—Algo rapidito que he quedado, te aviso desde ya— dije con fingido aire de superioridad. Le adoraba y él lo sabía.

—Perdone usted, no vaya a ser que interfiera en sus planes, como el resto no tenemos nada que hacer esta noche...— dejó caer, así de soslayo.

— ¿En serio? ¿Has quedado con Susi? — No hacía falta que respondiera, su emoción lo hacía por él.

— ¡Ole tú, campeón! —volví a decirle.

—Hermano, vaya semanita. Creo que estamos el uno por el otro.

—No hace falta que te diga lo que me alegra escuchar eso.

– No hace falta, no— me dijo con inusitada ilusión en los ojos.

– ¿Y tú?

– Y yo, ¿qué?

– Que no eres más jodido porque no entrenas— soltó mientras me daba una palmadita en la espalda.

– La tengo en el bote.

– ¿Sí?

– Claro— o eso esperaba, porque una semana era un mundo para mí, en

aquellas circunstancias.

Las horas transcurrieron entre risas, bromas, anécdotas semanales y una serie de buenos deseos intercambiados que no podían ser más sinceros.

Nos despedimos en la puerta, mientras vociferamos prácticamente a la vez un, ¡mañana nos contamos!, y la cosa prometía.

A las diez y diez no pude evitar pensar si un plantón por su parte formaría parte del juego. Esperaba que no, porque me fastidiaría y no poco.

Le estaba dando vueltas cuando por fin sonó el timbre. Antes de que me acercara al videoportero, oí un wasap. Sabía que era de ella porque había personalizado las notificaciones de mi principal objetivo, y hasta ese momento no había caído. Mi principal y único, en esta ocasión. ¡Quién me ha visto y quién me ve! Yo que cambiaba más de chica, que de camisa.

Y de camisa lo hacía dos veces al día, ¡por si las dudas...!

Su mensaje no daba lugar a equívocos...

“Cuando abras la verja de la calle, nada de mirar por la cámara. Deja encajada de paso la puerta e instálate cómodamente en tu sillón reclinable, como si fuera tu casa... “

¡Sería descarada! Me hizo reír.

Dicho y hecho. Encaré el sillón hacia la puerta y el taconeo anunció su entrada.

– ¿Qué te parece lo que ves? – preguntó en el tono más sugerente, que jamás se haya utilizado sobre la faz de la Tierra.

– Pues que debo haber sido muy bueno en otra vida para merecer esto— musité con el máximo de los convencimientos.

Aquella sonrisa me hizo estremecer. Sus facciones habían cambiado. Las que antes eran angelicales ahora eran salvajemente sensuales.

– ¿En otra vida, solo? –Se recreó en su respuesta.

–Va a ser que sí– respondí con el aire distraído de quien considera que la cosa no va con él.

– Y en esta... ¿Cómo te definirías?

No sabría decir si lo que me ponía tanto era el tono que empleaba, la visión del monumento enfundado en aquella minúscula bata blanca, sus altos tacones rojos en combinación con sus seductores labios y el escote más vertiginoso que jamás hubiera tenido el placer de contemplar, o el tacto de la sedosa piel que acababa de rozarme la cara, como prueba de que aquella visión era real.

– Todo lo malo que me dejan –volví a responder como quien no quiere la cosa.

–Un contraste excepcional, porque yo soy muy, muy...BUENA– ese “buena” me sonó tan sugestivo, que temí que la naturaleza hiciera de las suyas y no pudiera disimularlo.

– Pero, ¿cuánto de buena, exactamente? Ponte nota, si no es mucho pedir.

– No sé, tampoco quiero pecar de prepotente que, para eso, ya te tengo a ti. No es una quien tiene que reconocer sus propias virtudes. Dejémoslo en un once de diez.

Me hizo reír de nuevo. Era una embaucadora nata y sabía explotarlo. Presumía de su don y yo le alababa el gusto. Sabía que era un producto único y alardeaba de excelencia.

–Todo lo buena que mi contrincante merezca – dijo mientras se contoneaba al ritmo de la música, con una cadencia que me hacía perder el norte, el sur, el este y el oeste.

– Señorita, ¿puedo hacerle una pregunta? – Fingí repentina curiosidad.

– Y dos, tres y cuatro... Cuantas quiera caballero, otra cosa es que vaya a contestarlas.

– ¿En qué universidad ha estudiado usted enfermería? Vaya, lo digo por aquello de apuntarme – me apuntaba y apuntaba. ¡Y tanto que apuntaba yo en aquel momento, hacia ella!

– ¿Lo dice porque le interesa el resto del alumnado, caballero? Ya sabe que

hay reglas...

¿Reglas? Prefería llamarlo normas, reglas no, por favor, aquella noche quería el campo libre, sin cortapisas. ¡Solo faltaba que la regla también estuviera presente y yo fuera el único que no lo supiera!

– ¡No, Dios me libre! – acerté a contestar, divertido – Es solo porque si forman así de bien al personal...

– Olvídalo “cariño”, el “personal”, venía así de bien formado de nacimiento (comenzó el tuteo). Otra cosa es que tú no hubieras sabido verlo en su momento.

– Di mejor apreciarlo “encanto”, porque verlo, verlo...sí que lo veía, ¡y lo cataba por cierto! – O le gano o empato, no podía evitarlo. Otra cosa es que, pese a ser el mismo producto, traiga un envoltorio distinto.

– Y, ¿cómo calificarías, este nuevo envoltorio?

– Psss, no está mal, para un cinco raspadito – dejé caer de nuevo con aire chulesco, mientras en el fondo, me preguntaba si no sería el hombre con más suerte del mundo.

De repente recordé lo sorprendido que se había quedado Benjamín, durante nuestro encuentro de esa tarde, cuando le hablé de lo mucho que me apetecía un duelo sexual con ella, que todavía no se había producido y que incluso estaba dispuesto a esperar el tiempo que hiciera falta. << ¿De verdad me lo dices don “no dejes para mañana lo que te puedas follar hoy”?>> Nuestras carcajadas resonaron en todo el local.

–Para un cinco, ¿no? Calla, calla, que te veo venir...Lo he leído en tu mente. Sé la rima, ¡jajaja!

– Ahora, en serio... Si quieres escuchar que eres la mismísima Afrodita, en versión enfermera, va a ser que no te lo voy a decir, pero si ese es tu deseo y complacerlo me hace merecedor de algo, como “no” te lo he dicho, pero igual lo has oído mientras “no” te lo decía, lo mismo mi premio viene en camino, aunque “no” lo merezca...

De nuevo su risa...Por cursi que pueda sonar, me sorprendí a mí mismo pensando que iría a cualquier hospital del mundo por escucharla.

– ¿Estás enfermo? ¿Necesitas un termómetro?

– En eso estaba yo pensando... –volví a decir arqueando la ceja.

Y en realidad lo que estaba pensando es que el termómetro tardaría cero, con dos, en estallar al contacto con mi piel. La temperatura era sofocante y no precisamente la del ambiente...

– ¿Una exploración, entonces? – insistió.

– Por ahí vas mejor– respondí raudo y veloz, como si no hubiese mañana, mientras pensaba: “una exploración y dos y tres y...” Yo sí que te exploraba a ti cañonazo y no dejaba sin reconocer ni un centímetro del terreno...

Lo cierto es que no lo vi venir. Tal cual se inclinó hacia mí, no reparé en que, tan ceñido le quedaba el vestido (propio de mi buen ojo), que el botón de la cintura se había desabrochado. El largo y sugestivo piercing de metal con flecos que pendía de su ombligo, se sintió libre con el balanceo y fue a chocar con uno de mis dientes.

Pero... ¿qué ha sido eso? Vi un poco (o, un mucho) las estrellas porque, al separarse, me arañó levemente el labio. Sentí un ligero ardor y eso me hizo gracia, porque no creí que lo notara dada la situación, ¡si todo en mí ardía de dentro hacia fuera!

–Señorita, esto ha sido una agresión en toda regla, ¡y en acto de servicio! ¿Sabes que podrían amonestarte si me fuera de la lengua? A no ser que...

Entonces reparé que lo esbelto de aquel piercing hacía juego con su figura. En cuanto al balanceo de sus flecos parecía estar hipnotizándome, mientras me mordía el dolido labio y escudriñaba su mirada con la esperanza de ver en ella un ápice de intención de compensarme...

– Cuando tienes razón la tienes y es el caso. Estoy pensando cómo...

¡Acción, quería acción! Que no pensara tanto, era hora de dar al “off”, desconectar y dejar que fluyera... Y eso fue precisamente lo que intuí cuando pasó sus dedos por mi labio, a modo de improvisada salvadora y mientras iba acercando su boca a la mía dejó en el aire un “¿Quieres jugar?”, que exhalaba tentación de la primera a la última letra.

Mi respuesta no se hizo esperar.

– “Hagámoslo”

– No, para, quiero una copa – me hizo un guiño y se despegó de mí, salió a la terraza.

Me quedé a cuadros, mirando todo aquello que había montado en mí y ahora se iba con ese descaro que la caracterizaba últimamente.

Preparé dos cubatas y me los llevé hacia afuera.

– ¿Te veo un poco exagerada a la hora de querer jugar, o es cosa mía? – dije poniéndolo delante de ella.

– Ah no, solo quería darte un subidón para que sientas lo que es tener esperanza por poner los huevos en la canasta pronto, pero nada, cosas del juego...

– Pues juguemos... – volví a repetir – Tengo la cena preparada ¿Te apetece cenar ya?

– No, dejémoslo para mañana, la verdad es que tengo pocas ganas de ingerir nada – se mordió el labio y tragué saliva.

– ¿Nada, nada? – solté en un arranque de directa pregunta a ver si me enteraba por qué vía quería ir.

– Sí tu pregunta va relacionada con que, si te la voy a comer hoy, debo decirte que no, no te la pienso comer y si de lo contrario estás haciéndome ver si iré a tu cama, la respuesta es sí, pero a dormir. Haré una línea imaginaria como si hubiera una valla entre tú y yo, pero hoy no es tu día, quisiste que viniera así vestida y aquí estoy, de tu peculiar y particular enfermera, pero no me vas a poner una mano encima, ni yo a ti, al menos hoy – me guiño el ojo.

– Ni pensaba ponerte una mano encima, ni pensaba que tú me la pusieras, estamos jugando, pues seguiremos jugando... – solté como diciendo: “prepárate que no hay quién me gane a ello”.

– ¿Alguna regla, o norma más? – preguntó de forma segura y sugerente.

– Nada, de ninguna de las maneras. Por cierto, mañana pasaremos el día fuera – dije levantando la copa y pensando que ahora iba a cambiar la forma de jugar, ahora la iba a tratar con respeto, pero nada de sugerencia, la iba a tener como una perra en celo detrás de mí. A partir de ahora, iba a jugar de la manera que yo sabía, desde la seducción, pero no esa seducción que todos usan, si no aquella que hace aparentar ante el otro, que no tienes prisa por nada, como indiferencia, una mezcla de pasotismo y simpatía.

– Y, ¿dónde vamos a ir?

– A pasar el día fuera, desayunar, pasear, comer, merendar, cenar y ya volveremos a la hora que sea.

– Qué pereza todo el día en la calle... – Puso cara de resignación.

– Tampoco es plan de dejarte encerrada todo el tiempo, no sé, salir nos hará bien, esto de estar encerrados después de una semana laboral fuerte, pues como que no me motiva. Para estar mirándonos a la cara, mejor nos vamos a la calle.

– Ah, te entiendo, lo dices por qué no obtienes lo que quiere.

– No lo obtengo porque no me da la gana, podría jugármelo todo a una carta, pero no, no tengo muchas ansias de hacerlo – le hice un guiño.

– Ya – se humedeció el labio con su lengua, yo ni me inmute, quería aparentar tranquilidad y a eso me iba a dedicar a partir de ahora, a tener toda la tranquilidad del mundo, sobre todo por verla a mis pies y la vería.

Esa noche estuvimos tomando un par de copas más, le cambié el tema mil veces para que no lo llevara por donde ella quería, que era desde la provocación, sacar la patita y luego esconderla.

Subimos a la habitación y ella se metió en la cama con una camiseta, solo eso, puse una película hasta que nos quedamos dormidos.

## Capítulo 5



Me levanté y ahí seguía ella, como una provocativa bella durmiente, salí de la cama sin hacer ruido, me fui a la cocina y me preparé un café, salí al jardín y me senté allí a tomarlo. No tardó en aparecer también con un café en la mano. A desenvuelta, no había quién la ganara.

– Buenos días, pensé que tendría un mejor despertar... – dijo con descaro sentándose en la silla amplia con las piernas cruzadas y poniendo el café sobre la mesa para encenderse un cigarrillo.

– ¿Qué esperabas, unos mariachis cantando al pie de cama? – Arqueeé la ceja.

– No, para nada, esperaba un payaso escapado del circo – me hizo un guiño la muy descarada, aquello me hacía ponerme a mil, pero no lo iba a aparentar. Tenía el control y lo pensaba llevar hasta el final, hasta que ella no pudiera más y pidiera a gritos que la hiciera mía.

– Cuando quieras te llevo al circo – fruncí el entrecejo.

– No, cariño, cuando quiera ir al circo créeme que iré sola, pero no creo que tú entiendas de buenos circos – me lanzó un guiño.

Tras el café nos duchamos, por separado, obviamente, y nos fuimos a la calle. Iba guapísima, con un traje negro, estilo camiseta de manga corta, hasta las rodillas, le hacía una silueta espectacular y eso a mí me ponía a mil. Llevaba sandalias de tiras con un ligero tacón, pero se veían cómodas, al menos andaba con una soltura y un contoneo, que hacía babear a cualquier transeúnte.

Habíamos aparcado mi coche en una zona a las afueras de la calle principal

de la ciudad, así que fuimos a perdernos por esa gran avenida de lo más animada, era sábado y se notaba en el ambiente de la calle, ella se agarró a mi brazo y comenzamos a caminar.

Paramos a desayunar rápidamente, en mi casa solo habíamos tomado un mísero café y encima la noche anterior, no habíamos cenado, así que, nos sentamos en esa terraza viendo el ir y venir de gente y nos pedimos un desayuno americano. Aquello era brutal, café, zumos, bollos, tostadas...

– Tenía un hambre bestial – dijo mordisqueando aquella tostada, con esa boca tan blanca que provocaba desde la distancia.

– Pues come, no te preocupes por nada – evité reír, parecía que aún tenía los efectos del alcohol, pero me sentía de lo más divertido y juguetón. Estaba en ese papel de no tomar importancia a nada, además, como sabía o intuía que ella me lo quería poner difícil, estaba claro que se lo iba a poner yo –. Después del desayuno, nos vamos a ir a tomar algo, luego iremos a comer, así que vas a pasar todo el día saciando esa hambre.

– Quizás toda mi hambre no sea esa – soltó la bomba como quien no quiere la cosa y siguió comiendo la tostada, pero ahí estaba yo, dispuesto a darle ese juego.

– Pues ya si es de otra cosa, no es mi problema, todo lo que pueda hacer por ti, como darte un paseo, una copa, una comida, cuenta conmigo, para todo lo demás...

– ¿Quieres decir que me busque a otro?

– No, no quise decir eso, más que nada pues con tanto cambio me tienes despistado, así que lo mismo, más que otro, te viene mejor buscar a otra.

– Quién sabe...

– Ni a quién le importa...

– Estás hoy muy calmado por lo que veo, es más, te noto diferente ¿Cambió en algo el juego y deba enterarme?

– En nada, no cambió en nada, más que nada porque el juego no tiene unos modos definidos, que no es lo mismo de que no tenga unas normas, pero que cada cual actúe como mejor le plazca o crea oportuno – le guiñé y miré al camarero, le hice señas para que trajera la cuenta.

De ahí nos fuimos a pasear, un poco de shopping no venía mal tampoco.

Aproveché para comprar algo de ropa, luego nos tomamos unos vinos y terminamos comiendo en un restaurante italiano muy prestigioso de la ciudad, de esos que tenían una terraza arriba y las vistas eran impresionantes.

Tras la comida y achispados por el Lambrusco, nos fuimos a pasear otro rato y terminamos merendando en una cafetería muy famosa también. Notaba a Vicky en guardia, no tan arrogante y crecida como había estado días atrás, eso de que la sacara de la casa y la hubiera llevado fuera de la zona que ella pensaba que yo estaba luchando, la había dejado un poco fuera de sí.

- Te noto raro – dijo cabizbaja, eso me gustó y mucho.
- Para nada, preciosa...
- Pues sigo pensando que algo cambió de ayer a hoy.
- Serán cosas tuyas – arqueé la ceja.
- No sé, te vi un poco, fuera del juego – se encogió los hombros sonriendo.
- ¿Sí? Pueden ser percepciones tuyas – le hice un guiño.
- ¿Qué tal si cenamos en tu casa? Estoy cansada de estar en la calle...
- Vale, no hay problema, además, tengo para poner unos entrantes y preparar algo rápido.

- ¿Y si pedimos que nos traigan unas pizzas?
- Puede ser también una opción.

Fuimos por el coche y volvimos a mi casa, aprovechamos para ducharnos y ponernos cómodos. Ella se puso una especie de pijama de tirantes con un pantalón corto, que le quedaba de muerte, me tuve que contener para no empotrarla contra la encimera de la cocina y hacerla mía allí mismo. La verdad es que me costaba contenerme esos arranques que se me pasaban por la cabeza a cada momento, pero no, yo quería que fuera ella la que viniera hacia a mí, la que se arrastrara a mi cuerpo, eso lo tenía claro. No iba a permitir por nada del mundo que fuese yo, quien tomara la iniciativa, pero si sería el causante de hacerle venir de esa manera que yo quería.

Pedimos las pizzas y la comimos viendo una peli, era una comedia, nos reímos de lo lindo. Notaba que ella no dejaba de mirarme, controlaba mis gestos, mis palabras, todo aquello que le hacía sentir que yo no era el mismo y claro que lo era, pero la técnica era diferente.

Esa noche nos acostamos y no paraba de moverse, buscaba mi atención, que la abrazara que hiciera algo, pero no, no lo iba a hacer. Sabía que era la mejor

manera para conseguir de que aquel juego, fuese controlado solo y exclusivamente por mí.

Por la mañana volví a levantarme antes que ella, pero esta vez estaba en la cocina cuando apareció apoyándose sobre el quicio de la puerta.

– Buenos días, señor bipolar...

¡Uy lo que me había dicho, bipolar! Esta no sabía con quién estaba jugando...

– Buenos días, preciosura linda – dije con descaro, hoy mi día iba a ser de lo más romántico.

– ¿Preciosura, linda? – Su cara fue de incredulidad, se acercó y cogió uno de los cafés que estaba preparando.

– Perdón, repito. Buenos días, Vicky – sonreí con descaro.

– Ah no, prefiero lo de preciosura linda.

– Al final a parte de bipolar, termino loco. ¿En qué quedamos? – Le di un beso descarado en la mejilla y salí hacia el jardín con mi café y las tostadas en la otra mano. Ella venía detrás siguiéndome, vi por un espejo que iba sonriendo, en el fondo se estaba poniendo tontita y eso a mí me gustaba.

– Loco también estás, así que no me vengas con esa... – me sacó la lengua mientras se sentaba.

– Pero no estoy diagnosticado, no recibo paga por ello – le hice un guiño.

– Ya... ¿Qué planes tenemos hoy? Después de comer me tengo que ir, tengo cumpleaños en casa de mis padres, le toca a mi papá.

– Ah, felicítalo de mi parte.

En ese momento y sin dudarle, me hizo un corte de mangas. Solté una carcajada, sabía que no iba a felicitar a sus padres, es más, ni le iba a decir que había estado conmigo.

Pasamos el día de lo más divertido, nos bañamos en la piscina, ella estaba siempre atenta a mis gestos, miradas. Parecía una detective a distancia corta, como si analizara cada gesto, cada cosa, cada movimiento, pero ella estaba escamada por mi cambio del viernes al sábado. Eso de calentarme para dejarme con las ganas y sentirse ganadora, le salió caro, excesivamente caro.

Comimos paella y una mariscada que nos trajeron de un restaurante cercano, estaba deliciosa, a ella se la veía apenada y sabía que era porque se tenía que ir.

- Espero esas señales – dijo montándose en el coche, con cara de tristeza.
- Siempre las tendrás – le hice un guiño.

Se fue, pero con el rostro de dolor, tristeza, de no querer desprenderse de esa casa, de mí, de nada de lo que a ella le estaba atrayendo, pues sí algo tenía claro es que le atraía y mucho.

Me pase la tarde tirado en el sofá. Llame a Benjamín...

- Hermano, estaba deseando que me contarás – dijo al descolgar el aparato.

– No veas que bola, hermano. Resulta que vino tal cuál, de enfermera sexy y feliz, luego se dedicó a subirme la temperatura y después me cortó en seco.

- Qué cabrona.

- No lo sabes tú bien...

- ¿Y tú que hiciste?

– Pues cambié mi forma de jugar, me puse en plan pasota, pero caballeroso, por favor, eso siempre en mi línea, pero fue ponerme esa manera, lo que a ella le sacó de quicio y la descolocó por completo. He estado muy atento y cariñoso, pero a la vez desinteresado. Así la he tenía todo el finde y se ha ido con la cara desencajada.

- Eres un puto crack, tío, eres un puto crack.

Después de la llamada me preparé una ensalada, puse música latina de fondo, tenía ganas de mover el cuerpo mientras la preparaba, estaba feliz, me había quedado con las ganas de haber entrado en su cuerpo, pero eso no era razón para sentirme mal. Debí haber estado todo el tiempo en actitud pasota, pero entré en el juego tan rápido como ella, cuando lo que necesitaba era captar toda su atención y luego hacerla mía.

Estuve pensando en todo aquello que haría durante la semana, tenía que cambiar mi estrategia y conseguir algo que fuera más impactante que aquellos objetos sexuales con los que la había agasajado esos días.

Tenía clara una cosa, si el fin de semana siguiente, no me la llevaba a la

cama, le pondría una norma que me la iba a jugar toda, pero, o la conseguía como quería, o no iba a perder ni un día más, no fuera a ser que estuviera jugando de verdad, me estuviera haciendo pagar por lo que hice en el pasado y estuviera ahora como un tonto esperando algo que nunca iba a pasar. Pero claro, luego estaba mi intuición masculina, esa que me decía que su forma de respirar a mi lado, la forma de mirarme, sus expresiones corporales y todo aquello que ella reflejaba, eran unas ganas infinitas por abrazarme y porque la hiciera mía. Pocas veces solía fallar en esa intuición que tenía con las mujeres.

Me acosté esa noche temprano, al día siguiente trabajaba y quería estar despejado, para mi trabajo como para muchas cosas, era muy meticuloso y no me gustaba dar mala impresión o rendir menos de lo que yo quería, que para eso era muy exigente conmigo mismo.

## Capítulo 6



Esa mañana fui feliz al trabajo, sabía que me iba a encontrar al cotilla de mi compi en el rellano, esperando para tomar ese café y así fue, con esa sonrisa pícara estaba ahí, ofreciéndome un cigarro y con los vasos de café en la mano.

Le comencé a contar todo, absolutamente todo, se quedó flipado con lo de mi giro inesperado, pero me daba la razón, también le conté mi plan para ese día de las señales...

– Hoy le he enviado un ramo de flores, bueno le va a llegar a las once de la mañana, serán rosas rojas, sin nota, nada, solo ese ramo de rosas.

– No me lo puedo creer... Pasas de enviarle juguetes sexuales, a tratarla como una princesita, no puedo contigo Omar, no puedo – dijo poniéndose las manos en la cara.

– Pues que se prepare que le queda una semana intensa, muy intensa, te lo digo yo – me hizo un guiño y me fui de allí hacia el despacho.

La mañana la pasé trabajando como un cosaco, tenía nuevas propuestas que había recibido el periódico como novedad y quería enfocarla de la mejor manera posible, así que, mi reto era conseguir quitarme todo el trabajo en el hueco de la mañana e irme con todo al día. Me apetecía comer en un restaurante de una amiga mía, de una muy buena amiga, de esas que pasaron por mi cama en varias ocasiones y siguen pasando, pero siempre quedaba esa amistad, no era como muchas que una vez consumado el acto, se rompía todo aquello que había habido en forma de cariño. Ya no se podía mirar a las personas del mismo modo, eso les había pasado a muchas, pero con ella era diferente, muy diferente. Se llamaba Nadia y era una preciosidad, pero nunca llegó a enamorarme como algo más y eso que hubiera sido la mujer ideal, guapa, simpática, bonita, lo tenía

todo. Tenía su propio restaurante, muy exclusivo y codiciado por las altas esferas, pero ella seguía luchando por tener alguna noche más de pasión conmigo.

Llegué allí y ahí estaba ella, fuera de la barra, siempre vestida impecable, controlando que todo estuviera perfecto. Tenía muchos trabajadores y ella solo se dedicaba a que nada fallara, a que todo estuviera de aquella manera colocado, de esa que hacía del lugar, un sitio muy especial.

–¡Hombre, Omar! – Me dio un abrazo.

– Hola, preciosa. Hasta parece que me has echado de menos y todo – besé su frente.

– Pues si te digo la verdad, tenía pensado llamarte por si te había pasado algo, se me hacía inusual que, en todos estos días, no hubieses venido por tu tapa preferida de chocos en su tinta.

– Umm se me hace la boca agua solo de escuchar ese nombre.

– Siéntate – señaló a un lado de la barra, que estaba estratégicamente colocado para los amigos de ella.

– Ahora mismo ordenaré que te traigan esa tapa y otra que vas a probar, una nueva que tuvo mucho éxito la semana pasada, una prueba del cocinero que ha sido un verdadero descubrimiento – me hizo un guiño y entró.

Unos minutos después apareció poniéndome un vino, uno de esos de reserva que me volvían loco. La verdad es que me gustaba comer bien, en sitios donde todo fuera cuidado y mimado. La comida era un plato que primero debía entrar por los ojos, como siempre habían dicho mis padres, así que en ello estaba, como loco, en aquel lugar que tanto me gustaba y con esa preciosidad que tantas veces me había hecho perder la cabeza en la cama.

Estuve charlando un rato con ella, ese día no recibí ni un mensaje de Vicky, estaba jugando, obviamente, lo estaba haciendo, pero a mí me daba igual. Juré ganar la partida y de eso, que no le quedara la más mínima duda ni a ella, ni a Nadia.

De allí me fui a mi casa, prometí a Nadia volver en esa semana, lo haría con Benjamín, a él le encantaba ese lugar y disfrutaba mucho de su alta cocina.

A la mañana siguiente David, como siempre, estaba esperándome en la escalera, con esa sonrisa de querer matarme si no le contaba lo que había sucedido o lo que pasaría ese día, estaba deseoso de noticias.

– Venga, escupe – puso un café sobre mis manos.

– Ayer no me contestó, eso lo tenía previsto, pero hoy le voy a enviar una caja de bombones, en la línea de las rosas.

– Qué cabrón, lo tienes todo muy bien pensando.

– Tengo que recobrar por un rato aquello que perdí y que volvió en forma de sensualidad – hice gesto de interesante.

– Tengo que decirte, que vas por muy buen camino – soltó una carcajada.

– Yo te tengo que decir, que me voy es a trabajar, espero tener un día que no sea como el de ayer, pues ya va cargado a tope.

Esa mañana trabajé como un campeón, tampoco tuve respuesta de Vicky en ningún momento, ni falta que me hacía. Tenía claro que el fin de semana, sí o sí, sería mía, de lo contrario, la sacaría de forma fulminante de mi vida, aunque no pensaba que fuera a ser así. Algo me decía que caería en mis garras y que lo estaba deseando, no se la iba a jugar.

El miércoles le envié una novela romántica, con un toque erótico, a ver sí así la incitaba más al deseo...

No me lo podía creer, el jueves al llegar al trabajo, allí estaba David, llorando de la risa.

– ¿Qué te pasa?

– ¿Qué que me pasa? Te llegó una caja roja envuelta con un lazo negro, la secretaria la llevó a tu despacho y te la dejó allí, pero hijo, es indudable que es de ella, no me cabe la menor duda, estoy deseando saber que hay dentro...

– ¿Y qué te hace pensar que te lo contaré? – reí negando con la cabeza.

Nos tomamos el café rápido y me siguió a mi despacho, es más, me llevaba por el codo, muerto de risa. Cualquiera lo echaba y lo dejaba con la intriga, ¡por Dios!, le daba algo, eso no podía ser, con lo cotilla que era le podía dar un infarto.

Vi la caja sobre la mesa, no me lo podía creer, era delicada, muy bien envuelta, con mucha clase. Al abrirla solo había una nota...

“Vale por un fin de semana en una cabaña frente al mar. Te espero en la puerta de mi casa el viernes a las seis”

– Joder una cabaña frente al mar, esta quiere tema que te quema – dijo David emocionado, releendo la nota.

Lo eché riéndose, esa mañana le había mandado a Vicky un perfume, uno que le gustaba mucho y que usaba de vez en cuando, pero que era difícil de conseguir, yo como siempre hice lo que no había en los escritos por conseguirlo. En esta ocasión no se lo había oído, pero sabía que un perfume como aquel no había podido dejarle de gustar, estaba obsesionada con él cuando tuve una relación con ella.

El viernes como no, David esperándome en el rellano como siempre, con esa sonrisa que me daban ganas de tirarle con una flecha a la frente y que cayera de espaldas.

– Hoy le envié un colgante con una llave, de una firma muy importante, así que, se imagine lo que quiera, está abierta a que pueda pensar en muchas cosas y, sobre todo, que se cree su propia historia. Es como una parte del juego, puede abrir la puerta de sus piernas o de su corazón, pero algo abrirá.

– ¿Te estas poniendo romántico?

– ¡Qué dices! – Bebí el café de un sorbo y se lo puse en la mano, fui negando con la cabeza hacia mi despacho y una vez allí, me puse a trabajar como un loco, necesitaba dejar todo listo temprano. Lo tenía todo preparado en mi coche, había quedado en comer con Benjamín en el bar de Nadia y de allí ir a recoger a Vicky,

para ir a esa misteriosa cabaña que ella se había encargado de reservar.

La comida con Benjamín fue de lo más amena, nos reímos mucho, a la mesa se incorporó Nadia, que no dejaba de buscarnos la lengua, a mí me intentaba sonsacar sobre el fin de semana, como si esperara que la invitara a hacer una de esas noches una locura, pero yo estaba esquivando todo como buenamente podía, inventando compromisos familiares y demás. Le dejé entrever que ese finde, no tenía un hueco ni para respirar, me sentía mal por engañarla con eso, pues realmente teníamos confianza y no nos ataba nada serio, pero como hombre, sabía que le podía hacer daño saber la verdad e intentaba evitar que lo pasara mal.

Fui a dejar a Benjamín y recoger a Vicky, que me recibió con una preciosa sonrisa y emocionada por lo que se suponía, tenía como sorpresa para ese fin de semana.

Llegamos a un complejo de bungalows en una cala, precioso, todo de estilo balinés, estaba precioso y en un lugar estratégicamente privado, me encantó el ambiente que se respiraba nada más llegar.

Había un restaurante mirando a la playa, un bar en la propia arena con hamacas y rincones que hacían el entorno de lo más especial, y la cabaña...

Esa cabaña era digna de película, mirando al mar, como no, con una piscina privada delante de nosotros, una cama gigante, un baño amplio, que invitaba a hacérselo allí de mil maneras.

La verdad es que me encantaba el sitio. Dejamos las cosas en la cabaña, nos pusimos los bañadores y fuimos a la playa a tomar algo. Ella estaba calmada, llevaba puesto el perfume, se podía oler a distancia, así como el collar con la llave. Lucía un bañador rojo, le hacía una figura de lo más provocativa, si esa noche no caía en mis manos, a mí me daba algo y no iba a permitir que eso no sucediera.

Pasamos toda la tarde tomando copas en aquellas hamacas, luego fuimos a ducharnos y a cenar al restaurante frente al mar. Ese día estaba graciosa, divertida, nada de tirar indirectas, parecía otra, pero con la misma esencia sensual que hacía volverme loco. Había algo en todo aquello que conseguía que mi corazón se precipitara con los latidos y pareciera como si fuese a explotar en

forma de deseo, de tenerla entre mis brazos. Quería poseerla y hacerla mía, demasiada tensión sexual estaba soportando mi mente y aquello me estaba poniendo cada vez peor.

– ¿Hoy me vas a dejar dormir abrazada a ti? – dijo ante mi asombro, mientras tomábamos la última copa sentados en la mesa que había fuera de la cabaña.

– Por supuesto, no lo dudes, deseando estoy que alguien me dé un abrazo – ¡Mierda! no debí haber dicho eso, las copas me estaban jugando una mala pasada.

– Me alegra saberlo, por cierto, me encantaron todas las señales que me enviaste esta semana, era como si algo me dijera que habías estado cómodo regalando esas cosas – dijo en tono sugerente.

– Bueno, la semana pasada tampoco es que no lo estuviera, mandándote aquellos juguetes e imaginando qué harías con ellos – dije en tono ronco, hasta la voz me estaba jugando una mala pasada.

– No, los juguetes los guardé para jugar contigo – me hizo un guiño –, pero eso para la próxima semana.

No sabía si me estaba diciendo que me iba a joder una semana más, o que esta sería más light y natural y la siguiente más atrevida.

– Me parece bien, este fin de semana creo que sería muy violento comenzar con ese tipo de juegos, primero hay que entrar en calentamiento y disfrutar solo con aquello que cada uno nos podamos aportar.

– Puede ser – su tono era de lo más seductor y a mí se me estaban poniendo los huevos en la garganta.

Me levanté y le di mi mano, la pegué contra mí por las caderas y la arrastré a mis labios, esos que ella recibió con las mismas ganas que yo, o al menos, eso parecía. Por fin la tenía pegada a mí, a mi cuerpo, solo faltaba desnudarla y hacerla mía, solo faltaba que se dejara de llevar por esa situación que los dos deseábamos desde hacía varios días. La seguí besando hasta descubrir que ella se dejaba llevar por esa pasión que estaba saliendo de forma insaciable, por esa

pasión que nos llevaría por fin a los dos, a arrástranos a ese momento que nuestros cuerpos deseaban, ahora y ya.

## Capítulo 7



¡Tocaba retirada a la cabaña! Pies, ¿para qué os quiero? Moría por llegar. Aquel primer beso había despertado en mí, un ansia irrefrenable que llevaba acumulando desde hacía demasiados días. A ella, le pasaba igual, se notaba a leguas.

–¿Qué te parece si volvemos a la cabaña? – solté con una sonrisa picarona que no dejaba lugar a dudas. En momentos así no me la jugaba. Vale que llevaba haciéndome el interesante desde el fin de semana pasado, pero era hora de parar.

–Vale– dijo ella, con un tono decidido que me encantó.

–Para mañana es tarde–respondí arqueando la ceja.

–¡El último tendrá que darle un vale en blanco al otro, para lo que quiera! – gritó ella, como estuviésemos solos, como si no hubiera ni un alma en ese maravilloso entorno. En cierto modo, así lo sentíamos.

–¡Pero serás...! –dije divertido, mientras corría raudo tras ella. ¡Solo faltaba que la perdiera ahora! ¿Perderla? Eso no estaba en mis planes. Intuía que iba a ser una velada increíble...

–¿No sabes correr más? –volvió a chillar entre risas y a distancia. Sí que corría sí...

–¡Omar, como seas igual de lento para todo...! Vamos que no tendré queja – vociferó, divertida– ¡Las prisas no son buenas compañeras de cama!

–Estoy de acuerdo. Sin embargo, tú, como seas igual de rapidita para todo... ¡La función nos va a tardar un santiamén! –dije, guiñándole un ojo. ¿Para qué? Si no me veía, ¡era impresionante como corría mi sugerente gacela!

–Créeme, sé darle a cada cosa su toque de tiempo, de intensidad, de...

–¡Para, para de correr y de decir cosas, que a este paso no llegamos...! No seré yo quien tenga remilgos en que nos devoremos aquí, mismo...

–¿Y si tenemos mirones? – replicó ella ya a menos distancia. Por fin la tenía más cerca...

–Pues que aprendan, ¡clases gratis! No creo que vayan a quejarse encima,

¡estaría bueno...!

¡La alcancé! Mis bromas habían surtido efecto y tuvo que parar a reírse.

–¡Genio y figura! Siempre serás el mismo engreí...

No le dio tiempo de terminar. Tal cual llegué a su altura, ahogué sus últimas sílabas con un besazo de esos interminables. Mis ganas hicieron de las suyas y la abracé tan fuerte que, entre la sorpresa, el énfasis y el derrapé, caímos al suelo. Por suerte, el camino seguía siendo de arena y el contacto fue de lo más agradable.

–Deja algo para después, don impaciente –musitó ella entre carcajadas, cuando nos separamos para tomar algo de aire – Además, yo no te he dicho...

Creo que lo pensó mejor. También me iba conociendo y sabía que, como me provocara lo suficiente, volvía a sacar mi versión Don Juan y nos pasábamos todas la noche viendo las estrellas.

–¿Qué no me habías dicho...? – pregunté con toda la sorna del mundo.

–Nada, nada, cosillas mías–respondió mordiéndose el labio, con una expresión picante digna de enmarcar.

Unos segundos después estábamos abriendo la puerta de la cabaña. Su pose sensual mientras lo hacía no dejaba lugar a dudas. Quería jugar fuerte y sabía con quién se medía.

Empezaba nuestra gran noche...

¿Era posible? Lo era, ¡y tanto qué lo era! La llave se encajó, ella tiró hacia fuera, con aquel culito que incitaba a todo bicho viviente, la agarré por la cintura.

–¿Puedes?

–Puedo.

Pero la verdad es que no podía, por mucho que quisiera disimularlo. Para cuando la puerta comenzó a ceder, yo estaba tirando hacia atrás de ella con tanta fuerza que, por inercia, su cuerpo volvió hacia delante justo para apoyarse y... ¡ya no había dónde! Caímos de nuevo y reímos hasta la extenuación...

La escena era la bomba. Su cuerpo boca abajo no tenía desperdicio, cómo no lo tenía boca arriba, ni frito, ni adobado. Estaba que crujía...

La carrera había hecho mella en nuestra respiración jadeante. Le di un poco de cuartelillo, apartándome unos centímetros para que pudiera ponerse boca arriba y yo, tener la oportunidad de observar aquella mirada de deseo mientras ella hacía lo propio con la mía.

No hicieron falta palabras...En la misma puerta, tal cual estábamos... Tuve la precaución, eso sí, de dar una patada para cerrarla. Su ruido tras nosotros

anunciaba que estábamos solos y que el paraíso del frenesí se abría ante nuestros expectantes ojos.

Cuando quisimos darnos cuenta, nuestros torsos estaban desnudos, su delantera levantaba a un muerto y ella, que lo sabía, daba un increíble juego erótico con su forma de acariciarse...

Literalmente me la quería comer. No había una pequeña zona de su descomunal físico que no ardiera en deseos de probar. La intensidad de los besos anunciaba una química, que era de prever, pero no por ella menos deseada.

Me volvía loco y no quería dar apariencia de frivolidad.

–Si voy demasiado rápido o si quieres que pa...

–¿Qué pares?, ¿Por quién me has tomado? –soltó, divertida e incrédula a la vez. ¡Tú no me conoces!

No me dio tiempo a decir ni “mú”. Su actitud me indicó que no era precisamente parar lo que quería...

Desde luego que ya no la conocía y estaba encantado con aquella espectacular versión de una Vicky, de lo más atrevida.

Empecé a bajar por su cuello, mientras acariciaba su pecho. Notar su piel erizada y la tersura de aquellos pezones, no hacía sino acrecentar mi furor.

–Dime, por favor, que esto no es porque tengas frío– le pregunté con la mayor de las guasas.

–Come y calla, don charlatán –me contestó con la mirada más libidinosa que hubiera visto jamás.

Seguí bajando y me recreé en la zona de su ombligo, creando algo de expectación, saboreando ya mentalmente lo que justo estaba a punto de probar. En el justo instante en el que mi lengua entró en contacto con su clítoris yo ya había tomado conciencia de que era la criatura más sensual del mundo...

–Así, así... No pares...

Tuve la sensación de que su clítoris cobraba vida por momentos. A cada pasada de mi lengua, seguían sus palpitations y de música de fondo, los gemidos de mi diosa.

–Ya, ya...no pares...por lo que más quieras...no pares...

Pude sentir cómo llegaba su intenso orgasmo, al tiempo que sus afiladas uñas se clavaron en mis hombros.

Una vez relajada, levanté mi cara para mirar aquellos ojos de placer...

–¿Cómo está mi gatita salvaje? –pregunté.

Y, sin mediar palabra, me demostró que estaba dispuesta para el siguiente asalto. La manera en la que introdujo su cara en mi entrepierna, mientras aquel

culo vacilón apuntaba al cielo, creo que solo puede definirse con la palabra “PODER”.

–Espera, espera, que...

–Calla y deja comer...

Su gesto, aguantándome la mirada mientras lamía mi miembro pasará a los anales de la historia.

Necesitaba estar dentro de ella, de manera que aparté su mentón. Estallaba, no podía más. Penetrarla fue introducirme en una espiral ardiente que solo podía terminar de un modo... Los jadeos se superponían y el clímax anunciaba su irrefrenable llegada...simultánea...

Hasta entonces no habíamos reparado en lo duro que estaba el suelo.

–Pues anda que ha sido romántico. ¡Vaya cama que me tenías preparada...!

–Para ti siempre lo mejor, querida –contesté con la mejor de mis sonrisas.

Lo más curioso es que en ese momento, caímos en que las ventanas estaban abiertas. ¡Pues nada, lecciones intensivas para el que las quisiera!

–¿Tienes hambre? –me dijo

–Mucha, contesté y, ante su mirada atónita, allí mismo comenzó el segundo asalto...

Al finalizar estábamos exhaustos. Si a mí me gustaba demostrar mis tablas en la cama, ella no se quedaba atrás. ¡Vaya dos nos habíamos juntado!

Una pelea constante de poder, en todos los órdenes de la vida, que en lo íntimo solo podía definirse de un modo: “morbo en estado puro”.

La siguiente vez especificó. Entre pitos y flautas (y nunca mejor dicho eso de pitos, bueno pito), habían pasado al menos dos horas.

–¿Quieres cenar?

–Ahora sí. Necesito recuperar fuerzas, que tenemos un fin de semana por delante de lo más calentito y no lo digo solo por el buen tiempo, ¡jaja!

La preparación de la cena fue muy animada. Antes de eso nos habíamos duchado (esta vez ya juntos y a punto estuvimos de sucumbir de nuevo).

Verla con aquel aspecto tan relajado, me hizo sentir súper contento. ¿Se habían acabado las reglas?

Comenzamos a preparar una de esas frescas ensaladas que tanto le gustaban, cuando me pareció que era momento de preguntárselo...

–¿Sin normas a partir de ahora, gatita salvaje?

–En eso mismo estaba yo pensando... ¡No te lo has creído ni tú! A ver si te vas a pensar que por tener un par de horas de buen sexo contigo, me estoy preguntando que, “el anillo pá cuando”

–Fue escuchar aquello y atragantarme de risa, pero bien. No podía parar de toser, debí ponerme como un tomate porque se veía el susto en su mirada.

Después de unos segundos que se me hicieron interminables, pude volver a respirar. Su mirada de alivio lo decía todo y sus ganas de ironizar no tardaron en volver...

–Sabía que eras alérgico a las bodas, pero no podía imaginar que era una reacción tal fulminante.

–¡Mira que ganas de cachondeito tiene la niña...!, esas no te faltan nunca, ¿no?

–Nunca, nunca. De hecho, es lo primero que meto siempre en la maleta.

–Comprobado está. ¿Y se puede saber, qué más metes?

–Poca cosa, la verdad. Unos bikinis, algún bañador, dos o tres shorts y camisetas...Lo mínimo imprescindible.

–¿Y eso?

–Pues nada, simplemente que he visto el tiempo y no me queda duda de que va a ser un fin de semana muy caluroso...

–Sabes tú mucho, gatita...

–Pues hablando de saber, que tengas claro que de gatita nada, de “señora leona” para arriba.

–¡Oído cocina! –asentí, encantado con su chulería.

La cena fue increíblemente agradable. Transcurrió entre risas, bromas y anécdotas divertidas. Tras el postre, acercamos una copa al sofá y nos dejamos caer.

El tiempo pareció pararse en aquel instante y, contra todo pronóstico, el sábado amanecemos enroscados el uno en el otro en la misma posición en la que, la noche anterior, nos habíamos gastado las últimas bromas picantes.

## Capítulo 8



La luz de la mañana era deslumbrante.

Mi gatita ronroneando parecía haber olvidado lo que aquellas paredes habían visto y escuchado la noche anterior.

–Buenos días, ¡es alucinante, nos hemos quedado dormidos aquí! –dijo sorprendida.

–Sí, pero igualmente me has abrazado, eres un pulpo, vaya melosa–solté contando con los dedos cuantos segundos iba a tardar ella en saltar. Aposté conmigo mismo que no contaba tres y así fue.

–Sí, ¿no? Ya me echarás de menos, ya... Cuando duermas solo.

–¿Yo? Loquito estoy por desparramarme en mi cama sin Nadia que me asfixie.

–¡Jaja!, pues si quieres, ahora mismo nos volvemos y...

–No mujer deja, ya que has hecho el gasto y te has tomado la molestia de traerme al fin del mundo, me quedo y hasta te preparo el desayuno y...

–¿Sí? ¿Tienes hambre? Ya me estás entendiendo, porque de otra forma te habría preguntado si quieres desayunar.

Su descaro me hizo la boca agua, y eso me vino bien porque antes de lo que canta un gallo, me había puesto en la boca el más delicioso de los manjares ese que desde el mismo momento que había probado, sabía que se convertiría en el más codiciado de mis deseos.

Salimos a desayunar a la playa. Por primera vez en mucho tiempo sentí que desconectaba de todo y de todos. Desde luego no iba a leer las noticias de mi periódico, ni a preocuparme de los últimos acontecimientos del mundo aquel fin de semana. Si ocurría algo importante, ya me llamarían.

–Y, a partir de ahora, ¿cómo quieres que te llame? ¿Vicky, preciosa, lindura o...? – dije volviendo un poco a la carga de días anteriores, porque soy un caso y me encanta buscarla y encontrarla.

–A partir de ahora, simplemente, llámame, ¡pero no dejes de hacerlo!

Ingeniosa, como siempre, no podía negar que lo tenía todo y en mi cabeza, una sola idea. En realidad, ¿a qué estábamos jugando?

–Iba a preguntarte si tenías hambre, pero me callo, que no es plan de montar aquí un numerito pornográfico ¡jaja! – rio ella.

–Yo mucho inconveniente no es que tenga, es más, me gusta la provocación, mucho– dije con tono entusiasmado.

–Sí y también te iba a encantar cuando vinieran a detenernos por escándalo público–respondió ella, como una bala.

–Si nos llevan a la misma celda, me apunto.

–No apuntes tú tanto, anda...

–Y tú no provoques más, que aquí mismo te apuntaba yo, ¡jaja!

Las miradas cómplices se sucedían y las ganas de volver al fragor de la batalla también, pero el día invitaba a tomar el sol y había que compaginar.

–¿Qué te apetece hacer hoy, muñeca?

–Hombre, ese apelativo es nuevo, ya le ha salido a “mi chico,” la vena romántica mañanera.

¿La vena romántica? En realidad, me debía estar saliendo la vena del pescuezo, porque eso de “mi chico,” sí que me daba urticaria y se me debió notar.

–¿Asustado, Omar? Parece que de repente has visto a un fantasma.

Y no se equivocaba mucho. Eso de las etiquetas, me aterraba. Hacía mucho tiempo que había pasado página de las relaciones e instalado el “vive el momento,” en la cabecera de mi cama.

–No, es solo que ya sabes que no me van mucho las etiquetas.

–Pues ajo y agua “amor”, porque, además, en mi caso, es deformación profesional. Si no quieres etiquetas, no salgas con una chica que trabaja en moda.

–Si algo se iba afianzando por momentos en aquellos días (aparte de que había tanta química entre los dos, que parecía que nos hubiésemos tragado la tabla periódica de los elementos), es que no era yo solo el que la ganaba o la empataba.

–Ok, ok. Pido “tiempo muerto”.

Después del abundante desayuno, el cuerpo pedía tostarse al sol y, ¿para qué íbamos a contradecirlo?

Aunque estaba acostumbrado a rodearme de chicas guapas, tengo que admitir que lo de Vicky iba más allá. No solo era belleza, es que derrochaba estilo hasta cuando estornudaba y eso la convertía en el centro de las miradas allí

donde íbamos. Por mi parte, destilaba orgullo de ser su acompañante, ¡y el que no pueda, que se aguante!

–¿Me pones...? – No la dejé terminar.

–Te pongo a mil, sí ya lo sé. ¿Y qué le hacemos? No puedo evitarlo.

–¡Serás bobo y engréido! –soltó ella entre carcajadas– Que me pongas el protector solar.

Protector iba a necesitar, pero no solar, precisamente. Tuve que pellizcarle el culo para asegurarme de que era real. Vale, y porque aquel impresionante trasero, duro como una roca, se había convertido en el blanco de todos mis deseos.

–Te queda mal esa braguita brasileña, ¿no? –pregunté sin poder quitar la vista de aquella formidable retaguardia.

–Sí, sí, tan mal que he pensado que la iba aprovechar para estos días y ya me pondría otra cosa mejor para otra ocasión y acompañante– dijo guiñándome el ojo.

Tiró con bala y acertó de lleno. ¿Qué era aquel repentino malestar que me embargaba? ¿Celos? No podía ser, yo no usaba de “eso.”

–Si quieres aprovechas ahora mismo y te llevo dónde y con quién te plazca y ya te puedes poner otra cosa, si es que no te gusta esa...

–O si quieres, quitas esa expresión de contrariado y nos vamos al agua porque oye, así como por arte de magia, ¡me está entrando un hambre...!

No pude articular palabra. Para cuando vine a reaccionar ya había salido corriendo. La playa estaba bastante desierta, primero porque era una zona muy exclusiva a la que solo tenían acceso quienes allí se alojaban y, segundo, porque a pesar de todo, habíamos madrugado bastante. Se notaba que queríamos disfrutar del día.

–¡Toma eso!

No vi más. Lanzado desde lejos y con una puntería alucinante, mi gatita me había hecho llegar la parte de arriba de su bikini con tanta fuerza y mala suerte, que el broche me fue a dar en todo el ojo. Vi las estrellas y eso que era de día.

Era la segunda vez que salía escaldado, aunque bien sabía que no había sido a propósito.

Con el ojo medio cerrado salí corriendo y cuando llegué al agua... ¡Sí que estaba fresquita! Las olas se estaban empeñando en bajar lo que mi naturaleza masculina se había encargado de subir.

El susto duró poco. Fue suficiente con un “y tú, ¿tienes hambre?” cuando llegué a su altura, para que aquello volviera a ponerse en dos segundos, como el

mástil de un velero.

En cuestión de un segundo, sus interminables piernas rodeaban mi cintura mientras empezaba a embestirla.

–¿Eso es todo lo fuerte que sabes hacerlo? Creí que te ponía más...

La potencia se adueñó de mí y no creo que aquellas aguas hubieran presenciado nunca un polvo más salvaje. Desde luego teníamos hambre porque estábamos dispuestos a devorarnos y, la visión de aquellos pezones helados, rozándose en mi pecho como “timbres de castillo”, no creo que la olvide jamás.

Antes de que yo terminara, ella había alcanzado el cielo tres veces y, si el cuerpo no tuviera un límite, habría permanecido allí todo el día. Quería darle placer y, aunque eso no era nuevo para mí, había un matiz diferente. Me encantaba que me puntuaran con matrícula de honor en la cama, pero con ella, perdía la cordura mirándola y, hablando de perder pie...

No nos dimos cuenta. Suerte que habíamos terminado porque aquella ola a punto estuvo de tirarnos y, si hubiésemos estado enganchados, no acierto a pensar el final del cuento.

–¡Jaja!, el mar se está embraveciendo. Se ve que también se ha “puesto” de vernos. Dame mi bañador, anda...

–¿Tu bañador? ¿Es broma no? ¡Dame tú mis braguitas!

No era broma. Tan emocionados estábamos con nuestro asalto acuático que los habíamos perdido.

–Bueno, no pasada nada. Tampoco hay prácticamente Nadia –afirmé, convencido.

O eso era lo que creía. Nuestro encontronazo íntimo marítimo debía haber parado los relojes, porque cuando hicimos ademán de salir, la playa estaba bastante más concurrida.

–Lo echamos a suertes, me parece lo más justo –dijo ella–. Quien pierda, sale a por las toallas y se la acerca aquí al otro.

–Te propongo algo, hemos venido a jugar, ¿no? Salgo yo, pero me reservo el derecho a un vale en blanco. Ese del que hablabas ayer y que al final no ganamos ninguno. Haré uso de él dónde y cuándo quiera, ¿hay trato?

–Hay trato.

Siempre supe encarar las eventualidades, así que salí tranquilamente, como quien lava y no enjuaga. Me envolví en mi toalla ante la mirada de mis vecinos playeros y me dispuse a llevarle a mi gatita la suya.

–Desde luego, esto no hubiera pasado hace años, vociferó una señora con cara de amargada.

<<Menos mal que debe estar de vacaciones, pensé>>. ¡Habría que verla un lunes por la mañana!

–Es verdad, señora –contesté–. Hace años usted estaría de mejor ver y, entonces, quizás hubiera tenido su oportunidad...

No miento si digo que creo que debió empezar a jurar en arameo porque quería decir tantas cosas (e intuyo que ninguna buena), que lo que le salía por la boca, aparte de sapos y culebras, era una amalgama de palabras ininteligibles. Por mi parte, salí caminando, como si tal cosa.

–Gatita, aquí tienes tu toalla y yo mi vale en blanco.

–Así es. Lo prometido es deuda y soy muy buena pagadora– dijo mientras envolvía su cuerpo junto al mío en la toalla, casi provocando que el show comenzara de nuevo.

A la hora de comer elegimos un restaurante cercano que nos habían recomendado. Aquello era vida. Lejos del mundanal ruido, cómodamente vestidos y sabedores de que el fin de semana tenía todavía que dar mucho de sí.

Después del almuerzo (nos pasamos pidiendo), sentíamos que no nos podíamos casi ni mover y tocaba de nuevo algo de sol.

Pasamos por la cabaña a coger los bañadores (¿qué modelito habría escogido para volver a ponerme como una moto?) y nos encaminamos hacia la playa.

–Ese trikini también te queda mal– yo debía ser masoquista porque todavía me quedaban ganas de ir a por otra, después de que esa misma mañana me hubiera dejado descolocado con la misma broma.

–Pues ya sa...

Decidí no dejarla terminar. Le zampé un largo besazo que debió sabernos a gloria, porque no sé cuánto tiempo duró. Anunciaba retirada la tienda de campaña que se montó ella solita en mi bañador.

El rato pasó de lo más relajado. Risas, bromas y toallas más juntas de lo que cabía esperar. Es cierto que yo no era de etiquetas, pero visto desde fuera, aquello podría empezar a tener nombre. Esa idea me asustaba, pero si era honesto, en el fondo más me asustaba no volver a ver esa sonrisa.

Para la hora de la cena habíamos previsto no coger el coche. Era evidente que preferíamos beber una copa a tener que abstenernos toda la noche, pensando en la vuelta. Nos quedaríamos en el chiringuito de la playa. Además, por lo visto, ponían buena música.

–¿Qué se va a poner mi gatita esta noche?

–Oye, ¿la palabra gatita te la han traído los Reyes Magos? Porque no paras...

–No, los Reyes Magos, me han traído una muñeca...– dije con un guiño

cómplice.

–Pues no sé, me pondré cualquier cosilla...

Aproveché que yo estaba en el baño para vestirse. ¿Cuántas veces he dicho que tenía estilo? Pues seguía quedándome corto. Me esperó fuera de la cabaña.

Su look era informal, pero desprendía sensualidad en cada hilo. Un mini vestido blanco de lycra marcaba cada una de las líneas de su escultural anatomía. Su escote palabra de honor iba a ser el foco de todas las miradas del local, ¡por muchas luces que hubiera! Remataba el conjunto unas altas zapatillas de esparto que parecían dar mayor consistencia también a aquellas bien formadas piernas.

Pareció que nos pusimos de acuerdo. Yo llevaba camisa blanca cuello Mao, bermudas tejanas y calzado deportivo.

–Lo siento mi gatita– dije según cerraba la puerta y la divisé–. Me he dejado dentro la cartera.

–Da igual, pago yo.

–Deja, deja, ¿me ayudas a buscarla?

Entró tras de mí con sonrisa picarona. Echó mano a mi bolsillo...

–¿No es esta tu cartera? –preguntó tan divertida como libidinosa.

–Sí y este es el hambre que tengo–le respondí mientras comenzaba a desabrochar su vestido.

–Ah vale, dijo ella. Primero nos quitamos el hambre y ya luego, si eso, vamos a cenar...

No fue tan rápido como pensaba y, por cierto, en pleno combate sexual, perdí una lentilla. Odiaba las gafas para salir, por lo que las lentillas eran mis compañeras de noche.

No me gusta reconocerlo en público porque soy más chulo que un ocho, pero sin lentillas veo menos que Pepe Leches. No dije nada, pasé al baño, me quité la otra y nos fuimos.

–¿Qué nos recomienda para cenar?

–¿Tienen los señores apetito? –Menos mal que dijo apetito y no hambre, si no, se vuelve a liar allí mismo.

–Algo hay–dijimos casi al unísono.

Haciendo honor al gusto de Vicky, pedimos una ensalada payesa y guisat de peix. Todo exquisito.

–¿Van a querer los señores algo más?

–No, gracias–volvimos a responder casi al mismo tiempo.

¡Y tanto que queríamos algo más! Distinto era que, nuestro postre preferido había de tomárselo en privado.

Tocaba una copa y algo de música para el cuerpo. Salsa, bachata... un poco de todo. Y ahí Vicky me demostró que su cambio era total. ¡Vaya sensualidad en la pista! No había hombre en el local que no la mirara, aunque fuera con el rabillo del ojo, ¡e incluso alguna mujer!

–¿Otra copa, gatita?

–¿Tienes algo mejor que hacer, don “lo doy todo en la pista de baile”?

–Sí, tengo algo mejor, pero lo reservo para después.

Las risas, los abrazos y los bailes más sugerentes del mundo se sucedían hora tras hora. Saltaron chispas entre nosotros cuando sonó “Yo por ti, tú por mí”. Nuestros cuerpos estaban tan juntos que entre ellos no cabía, ni la duda, mientras bailábamos...

–¿Otra más?

–¿Tienes algo mejor que hacer, don “me sé todas las canciones y voy a cantar hasta reventar para demostrarlo”?

Debieron ser muchas copas. Fue coger aquellas dos de la mano de la chica de la barra y darme cuenta que ya no sabía si era una chica, dos, cuatro u ocho...

Me fui hacia Vicky. Estaba de espaldas. Le propondría que nos las tomáramos y nos fuéramos ya. Creía que también le apetecería.

Al llegar a su altura, no dudé...

–Gatita, ¿nos tomamos la última y nos vamos a echar un polvo?

La respuesta no fue la que yo esperaba...

–Pues mira bombón, yo contigo echaba uno, dos, tres o los que se encartaran. Otra cosa es lo que piense mi novio.

Borracho y sin lentillas, ¡era de esperar! Aun así, pude notar cómo Vicky me miraba desde el otro lado del local. Debió ser su visión y las ganas de explicarle lo sucedido, que no quería flirtear con Nadia más, que todo había sido un malentendido, lo que me entretuvo. Porque la verdad, todavía me estoy preguntando de dónde salió.

El puñetazo fue a parar al mismo ojo que el broche del bikini de mi gatita por la mañana. Por lo visto, era una conspiración para dejarme tuerto y el único que no lo sabía era yo.

Lo último que recuerdo es que Vicky, me preguntaba cuántos dedos tenía en la mano, ¡por Dios, esperaba que siguieran siendo cinco! Bastantes accidentes habíamos tenido ya ese día. Sobra decir que, por esa noche, echamos el telón y aparcamos la función para el día siguiente.

El domingo volvió a amanecer espléndido, aunque a mí me costara un poco verlo. Eso y el resto. Aunque, a decir verdad, lo que más me dolía era el orgullo.

La primera vez en la vida que me habían zumbado, y tenía que ser precisamente delante de ella. ¡Iba a tener cachondeo para rato!

–Buenos días ¿Cómo te encuentras?...

–He tenidos amaneceres mejores...

–Gracias por la parte que me toca, yo también te quiero...

–Anda, anda, ya sabes que no lo digo por ti, es solo que...

–Olvídalo, esto quedará entre tú y yo– respondió muy cariñosa.

Menos mal, pensé, ¡solo faltaba que lo publicáramos en la portada de mi periódico!

–Es más–siguió diciendo–, en realidad no me acuerdo de absolutamente nada de lo que pasó anoche. Debiste golpearte con una puerta o algo porque parece que tienes el ojo un poco hecho polvo.

Más que con una puerta, debió haber sido con un armario de cuatro cuerpos, pensé. En cuanto a lo de polvo, no dolía tanto como para que mi entepierna no deseara volver a entrar en acción...

–Te puedo traer algo de la farmacia que quizás te alivie.

–O podrías ir a tu casa por el traje de enfermera y a lo mejor comienzo a recuperarme...

–Eres el remate...

–Sí, el de los tomates. Anda ven aquí, que me está entrando un hambre...

Comidas aparte (y no solo las de la mesa), el día transcurrió tranquilo, con ganas de que pasara la resaca y de disfrutar de los arrumacos de mi gatita, a la que cada vez sentía más cerca.

El atardecer nos recordó que había llegado la hora y, aunque lo guardaba para mí, no tenía ganas de separarme de ella.

–Bueno, esta noche vuelves a dormir solito y feliz, ¿no?

–Así es. No veo la hora de disfrutar de mi cama, sin pulpos...

–Bueno, bueno. Si es así, con no volver a dormir juntos, asunto arreglado.

Lo que ella no sabía es que estuve tentado de derribar mi escudo y decirle que se quedara a pasar la noche en mi casa. No lo hice, habíamos venido a jugar y cada cual esgrimiría sus cartas.

Nos despedimos y quedamos en que seguirían las señales, me lo advirtió nada más bajarse, dijo que sí un día no tenía una señal mía, no la volvería a ver y ahora que la cosa se ponía como yo quería, no iba a permitir que eso pasara. Quería jugar más y seguir disfrutando de ella.

Esa noche me fue extraño no tener a mi pulpo encima, en cierto modo,

echaba de menos tenerla pegada a mí, ese cuerpo sensual, esa mujer que me hacía despertar todos mis instintos y me los ponía a flor de piel.

El sábado por la mañana le di los buenos días por mensaje a Vicky, me respondió con un emoticono de un beso, solo eso, y yo muriendo de amor por ella, que no de enamoramiento, eso tenía claro que no, al menos lo sentía así. Moría de amor por su cuerpo, por sentirla pegada a mí, me volvía loco por muchas razones, había vuelto de forma triunfal.

## Capítulo 9



A la mierda todo, había un seguridad en el rellano de las oficinas cada mañana.

– David – negué con la cabeza riendo mientras él, sacaba los cafés.

– Dime que ya te la tiraste – dijo en modo amenaza, mientras me daba uno de los vasos –. Esto es peor que la novela que ve mi madre, me tienes en ascuas, en cada capítulo.

– Vaya, fin de semana, hermano, vaya fin de semana, no sé cuántas veces lo hicimos, pero no han sido suficiente. Tiene un no sé qué, que me vuelve loco – me mordí el labio –. Era una chica que desapareció y volvió en forma de manzana, es puro pecado.

– ¿Y lo de las señales esas en forma de regalo que le hacías? Dime que esta semana la vas a sorprender a ella y a mí, también – soltó una carcajada.

– Bueno, regalos por qué yo quería, con que le mandara un mensaje era suficiente, pero me gusta jugar y se lo puse en bandeja, aunque sigue en activo lo de las señales.

– ¿Y piensas sorprenderla esta semana?

– Sin duda – hice un gesto interesante y provoqué otra risa en David.

– Cuenta, eres un, lumbreras...

– Pues esta mañana le dejé pagado el desayuno en la cafetería donde desayuna justo antes de entrar a su trabajo, él camarero le diría cuando fuera a pagar que el señor Omar la invitaba.

– ¿Has ido?

– No, he llamado, ya cuando pase por allí se lo pago.

– Lo de mañana estoy dudando entre varias cosas, pero eso ya te lo cuento cuando llegue el momento, o sea, mañana cuando me esperes y lo tenga decidido – le di una palmada en la espalda y me fui a mi despacho.

Un rato después me llegó una foto de Nadia, con un camisón muy sugerente y un mensaje incluido como texto...

Nadia: Buenos días, perdido. ¿Te tengo que recordar que aún tienes un lugar en mi vida?

Joder ella estaba acostumbrada a que los fines de semana le hacía alguna visita por el bar y de vez en cuando, nos dábamos un escarceo.

Estaba preciosa, la verdad es que lo era, pero ahora mi cabeza estaba en Vicky, aunque debo reconocer que esa foto me puso un poco subido de tono, tuve que apartar la imagen del móvil y concentrarme en lo que estaba haciendo. No le contesté hasta una hora después.

Yo: Nadia, mi preciosa Nadia, tan irresistible como siempre...

Nadia: A ver cuando me haces una visita de las que tú sabes, no solo para comer en el restaurante, me tienes muy abandonada.

Yo: Es verdad, te compensaré.

Nadia: Espero que no me hagas esperar mucho...

Paré ahí la conversación, me veía dividiéndome entre Vicky y Nadia, y no podía ser, ahora me tenía que centrar en otros buenos revolcones con mi sensual Vicky, la tenía que hacer probar cada regalo erótico que le regalé la primera semana.

Esa tarde me fui con David, a comer al restaurante de enfrente, estuvimos también tomando el café con el postre de forma relajada. Era lunes, uno de esos días que había que echar fuera, así que, de allí me fui para mi casa.

Esa noche no dejaba de pensar en Vicky, era increíble como se había metido en mi cabeza, esperaba que no en mi corazón.

Por la mañana como no, David estaba en el rellano.

– Sorpréndeme, lo de ayer estuvo flojito – me dio el café, lo dijo refiriéndose a haberle dejado como señal pagado el desayuno.

– Hoy se va a cagar...

– Qué bruto eres y que poco lo pareces – negó con la cabeza riendo –. A ver, canta.

– Pues le he mandado un chico que aún no es muy famoso, a cantarle una canción de Luis Miguel.

– ¡No me jodas...!

– Le cantaré en la puerta del trabajo – arqueé la ceja.  
– Y, ¿cuál cantaré?  
– ¡Y yo que sé!, lo único que me importa es que sea de Luis Miguel, que es el cantante que le gusta, pues hala, un tema romántico y que se le mojen las bragas  
– dije marchando riendo hacia mi oficina.

Ese día me fui a comer al restaurante de Nadia, en el fondo me daba pena haberla dejado ilusionada en medio de esa conversación por mensaje cuando me enseñó esa foto de lo más sensual.

– ¡Hombre y Dios apareció en la tierra! – dijo riendo, al verme entrar y se acercó a darme dos besos.

– ¿Qué tal la mujer más sexy y guapa de este planeta? – La agarré con cariño por la cintura.

– Aquí decepcionada, te esperaba más animado con el mensaje que te envié – puso los ojos en blanco.

– Estaba en una reunión – mentí como un condenado.

– Espero que este fin de semana me hagas un hueco – dijo mientras me apoyaba en la barra y ella iba a ponerme un vino.

– Lo intentaré, pero estoy a la espera porque que vienen de fuera unos inversores publicitarios, así que no sé si tendré o no, el fin de semana movido.

– ¿Te tienes que acostar con ellos?

– ¡No! – Reí.

– Pues después de la reunión pasas por aquí a buscarme y duermes conmigo – me hizo un guiño y puso la copa delante de mí.

– No te prometo nada, pero lo intentaré – le di un beso en los labios con descaro, sabía que eso la dejaría contenta.

– Me derrites, Don Juan, me derrites... – soltó con sorna.

Comí unas tapas y me fui a mi casa, me había quedado con ganas de más con ella, pero estaba realmente obsesionado con Vicky y mi primer objetivo, era llevármela el fin de semana de nuevo a mi terreno.

Esa noche recibí un mensaje de ella...

Vicky: Este fin de semana tengo un curso en Menorca, me voy el viernes y no vuelvo hasta el lunes. ¿Me vas a echar de menos?

Joder me acababa de dar en esos momentos, una patada en los cojones.

Como en un ataque de rebeldía, me vino a la mente pasarlo con Nadia, total, no tenía ningún compromiso con Vicky, más que un juego de seducción que nos traíamos entre manos, ya que teníamos una fuerte atracción sexual.

Sentí rabia, me la daba, no poderla ver, esperaba tramar un plan para verla mañana o el jueves, antes de irse.

Al llegar a la oficina David notó esa mañana, mi cara amargada, le conté rápidamente lo que me pasaba, no tenía ganas de estar jugando al periodista y el entrevistado.

– Es una faena. ¿Qué vas a hacer?

– Pues hoy le mandé una rosa con una nota diciendo, que la esperaba a las diez en el restaurante de la playa norte.

– Vaya y, ¿qué te la vas a tirar en los baños de este?

– Me la llevo a mi casa.

– Y, ¿tú código de no meter a Nadia allí?

– Calla, ahora me importa una mierda los códigos, las normas y todo – dije resoplando y me fui al despacho, tenía un humor de perros.

Me llegó un mensaje de Vicky, dos horas después.

Vicky: No puedo asistir a la cena, mañana tampoco, pues salimos en un vuelo por la noche y no el viernes por la mañana, como pensaba.

Y yo que me cagaba en el curso y en todo lo que se meneaba, ni le respondí del coraje, lo hice a la mañana siguiente para que le sirviera de señal, lo mismo que el viernes, le envié los buenos días.

Ese viernes salí de trabajar y fui con David a comer, por la tarde quedé con Benjamín, que me estuvo contando que tenía planes respecto a Susi, pero poco más, me dejó con una intriga total, pero no hubo forma de sacarle prenda.

Por la noche me duché, me preparé y decidí salir solo a tapear algo al restaurante de Nadia.

– Increíble, estuve a punto de ponerte un mensaje por si se acaba la reunión, que vinieras – dijo besando mi mejilla y llevándome a la barra de manera cariñosa con su mano por mi espalda.

– Y, ¿qué te frenó de hacerlo? – pregunté en tono seductor.

– Verte llegar – sonrió con sensualidad y picardía– ¿Qué te parece que nos vayamos de aquí?

– Genial – dije con asombro.

– Vamos a la playa a cenar y tomar algo, necesito que me dé el aire – dijo con sorna.

Salimos de allí en mi coche y fuimos a una cala.

Estaba preciosa con su melena suelta, una camiseta de tirantes que le hacía unos pechos que daban ganas de perderse en ellos y unos leggins que le quedaban de muerte. Entera de negro con unos tacones rojos, estaba impresionante.

Para ser sincero me llamaba más la atención Vicky, no podía quitármela de la cabeza, pero volvía a recordar que era un juego e intentaba disfrutar de la excelente compañía de Nadia.

Estuvimos cenando y bebiendo, tonteando, enrollándonos y al final acabamos en su casa, acostándonos como tantas veces. Me encantaba la conexión que había entre nosotros, pero esta vez a pesar de que disfruté, no pude dejar de pensar en Vicky.

Me fui, no me quedé a dormir, me inventé la excusa de las reuniones y eso me salvo de quedarme allí, le prometí que, si podía, pasaría por la noche de nuevo por el restaurante.

El sábado por la mañana le mandé un mensaje a Vicky de buenos días, me respondió con un beso en forma de emoticono.

Un rato después me preguntó Benjamín, si me apetecía quedar por la tarde para tomar algo y salir por ahí, le dije que sí, necesitaba mantener la mente ocupada, desconectar de esa obsesión que estaba empezando a tener por Vicky y que me dejaba tan bajo de ánimos.

Ese día tenía ganas de emborracharme, de olvidarme de todo, a mí no me podía dominar la mente de una manera así una tía, por muy sexy que fuera.

Fuimos a un restaurante que era una especie de chiringuito y que se ponía muy animado los sábados, con fuegos en la playa, música ambientada y una serie de cocteles impresionantes, además de tapeos para poder comer. Algo informal, pero se estaba de lujo.

– Hoy quiero follar – dijo Benjamín con descaro, mirando a dos rubias que había en otra de las mesas altas de la playa, donde estábamos apoyado.

– Anoche me di un festival con Nadia – puse los ojos en blanco.

– Pues hoy te lo vas a dar con la de la derecha, la izquierda para mí, que me echó el ojo – hizo un guiño a modo perverso y se metió una aceituna en la boca mientras me miraba felizmente sonriendo.

– Mira, mejor hacemos una orgía y así vemos como están esos dos productos de interior bruto – reí mientras sujetaba la copa y las miraba, parecían dos gotas de agua– ¿Son gemelas o mellizas?

– Sí que se parecen, pues ni idea, pero podríamos averiguarlo, nos miran con descaro.

Benjamín levantó su copa mirándolas fijamente y ellas hicieron lo mismo.

– Podéis uniros, no nos comemos a Nadia – dijo una de ellas en voz alta y unos cuántos de alrededor, miraron.

Sonreímos y fuimos hasta ellas, dos rubias con el pelo por la cintura, con un tono de piel que hipnotizaban y una sonrisa que era para perderse en ellas.

– Buenas noches, soy Benjamín y él es Omar.

– Encantadas, dijo la que le gustaba a mi amigo, mi nombre es Marta y el de mi hermana, Chloe.

Chloe se llamaba ese bombón que no dejaba de mirarme de forma sugerente y atrevida.

– ¿Es la primera vez que venís por aquí? – preguntó Marta, que se la veía más descarada que a Chloe.

– No, pero sí es verdad que hace mucho que no venimos y cuando lo hacemos es a tomar algo a mediodía – dijo Benjamín.

– Nosotras solemos venir todos los sábados, es un lugar magnífico en esta época.

– La verdad es que se está genial – Benjamín le iba a llevar la corriente en todo, me lo estaba viendo venir y eso me hacía gracia.

Mentimos esa noche como dos bellacos, no queríamos decir la verdad, nos gustaban para una noche, pero conforme iban hablando sé les veía una tontería, prepotencia y un sin fin de cosas, que como persona no llenaban. Se creían las reinas del mambo y, por supuesto, le seguimos toda la noche la corriente mientras nos hablaban de que su papi era un personaje influyente de la isla, que no les hacía falta trabajar, que sí tenían su vida resuelta...

– Son gilipollas – dijo Benjamín, cuando fueron al servicio.

– Son para una noche, no son personas para una relación, a la vista está que no la tienen, con el atractivo físico que poseen.

– Pues nosotros también estamos solteros – rio.

– Pero nosotros es por cómo somos.

– Pues como ellas, por como son – se cruzó de brazos y negó con los ojos.

– Tú me estas entendiendo... – Le di un golpe en el hombro y lo apreté.

Estábamos achispados, bueno nos habíamos bebido ya cuatro copas, cuando aparecieron del baño y una de ellas...

Bueno, Marta, metió un batacazo, que la tuvo que levantar uno de los camareros que pasaba por el lado.

– ¡La de Dios!, espero que no se haya dejado los dientes en el suelo – dijo disimulando Benjamín, mientras cogía el vaso para dar un trago.

– Esa trae una encima, que veremos cómo acaba – aguanté la risa e hice como el que no habíamos visto nada.

– Vaya caída me he metido – dijo Marta, riendo queriendo quitarle importancia.

– ¿En serio? ¿En el baño? – pregunté haciendo el amago de que no habíamos visto nada y evité soltar una carcajada.

– Ahí – señaló donde había ocurrido –. Me debí tropezar con algo – su tono era de llevar mucho alcohol ingerido.

– Chloe nunca se cae, mi hermana parece que tiene un equilibrio descomunal – le dio un manotazo en la espalda que por poco la tira de boca.

– ¡Eres muy bruta! – su voz era de enfado.

– Hija, si ha sido un golpecito de nada...

– Bueno, haya paz – dijo el camarero que no sé quién lo había pedido, pero puso cuatro chupitos sobre la mesa, lo que nos faltaba para terminar de ver caer del todo a las ¿Gemelas? ¿Mellizas?

– Un chupito para el pecho, por lo bien que lo he hecho – dijo Marta, sin esperar a Nadia y bebiéndose de un trago aquel ron a secas.

Benjamín levantó su vaso y se lo bebió, detrás fuimos Chloe y yo, no íbamos a ser menos.

Un chupito detrás de otro, eso es lo que pasó a partir de ese momento en el que Marta, ya estaba descontrolada y le dio por cantar por Rocío Jurado, esa canción de “Te amo con la fuerza de los mares...”

Yo era el que no sabía dónde meterme, lo hacía con tanta fuerza y desgarro que la gente hasta lo grababan con el móvil. Esa se hacía viral esa noche, cantando de esa forma intensa pero desafinada, con esos golpes en el pecho que parecía que estaba con una parada cardio-respiratoria, era puro desenfreno.

Y cuando ya creí que lo había visto todo, se puso a tocar las palmas y a cantar por bulerías mientras bailaba, la gente seguía animándola y yo, estaba flipando. Benjamín no paraba de carraspear y mirarme, su hermana se reía

emocionada y también la grababa.

– Tenemos que ir a mear – le dije en el oído sin que me vieran.

– Y urgentemente – respondió de la misma forma Benjamín.

Le dijimos a Chloe que íbamos al baño, lo bueno es que estaba en la otra parte, donde no nos verían una vez que llegáramos al fondo y tiráramos a la derecha, justo afuera donde estaba el coche y en el que nos fuimos rápidamente de allí.

– Por favor, que manera de bajarme el calentón esa tía – dijo Benjamín, muerto de risa.

– Están como cabras, sobre todo a la que le habías echado el ojo.

– Vaya ojo de mierda el mío.

Dejé a Benjamín en su casa y le envié un mensaje a Nadia, que había acabado de llegar a la suya y me dijo que me acercara. Eran las dos de la mañana y yo iba achispado, con ganas de sexo y de quitarme el calentón que a primera vista me había ocasionado Chloe, pero a primera vista, como a Benjamín, luego nos quitaron todo de golpe.

– Hueles a alcohol... – dijo Nadia al verme, mientras besaba mis labios al abrir la puerta, menos mal que me había lavado al menos los dientes, siempre llevaba un enjuague bucal en el coche – Pero estás apetecible... – su tono era de buscar lo mismo que me había llevado a aparecer por su casa.

La cogí en brazos y me la llevé a esa cama que tanto me gustaba, aunque me venían los recuerdos de Vicky, intentaba disfrutar de esa mujer que siempre me daba todo aquello que yo le pedía, me encantaba su soltura, su forma de dejarse querer, mimar, tocar.

Esa noche sí que dormí con ella, sentía que todo me daba vuelta, así que después de perderme entre sus sábanas, me di una ducha y me eché a dormir abrazado a ella.

Por la mañana ya me encontraba mucho mejor, volví a empotrarla con deseo, con ganas, esas que siempre tenía, era como un extra que llevaba en mi cuerpo.

Desayunamos y me fui, ella entraba a mediodía en el restaurante, los domingos era un día de esos claves, me fui a mi casa, me apetecía pasar el día de relax.

Esa mañana le mandé un mensaje de buenos días a Vicky ¿Su respuesta?

“Echo de menos esos juguetes de Swarovski, eso regalos, esa canción al entrar al trabajo, esas flores...”

Pues que no se hubiera ido, pensé muerto de risa. No le contesté, ya había dado mi señal y ahora me sentía en ese momento en el que ella, debía ser un tiempo la que tirara de mí, así que, me volví de nuevo en modo jugueteón, si quería otros momentos de pasión conmigo, se los iba a tener que ganar.

Ese día me sentí mal conmigo mismo, no entendía por qué me sentía así, Vicky era un juego que me atraía mucho y Nadia, con ella nunca tuve nada fijo, solo escarceos, pero era como si le estuviese siendo infiel a Vicky, o como si le estuviera fallando a Nadia. Me agobié bastante, ya tenía ganas de empezar la semana laboral y quitarme todos esos fantasmas de encima.

## Capítulo 10



David no estaba ese día en el rellano, que me hizo gracia que no estuviera esperándome con el ansia de saber que tal mi fin de semana y de someterme a sus preguntas, con tal de sacar toda esa información que, a él, le parecía de lo más morbosa y divertida.

Me metí en el despacho e hice que me trajeran un café, estaba ese día dudoso con la señal a Vicky, no sabía si sorprenderla gratamente, si hacerlo en forma de advertencia para que se pusiera las pilas o de lo contrario, mandarle un mensaje de buenos días como lo venía haciendo últimamente.

Dos golpes en la puerta y apareció David, con los cafés en la mano.

– Vengo al único lugar del edificio donde se puede fumar, aparte del rellano.

Reí, me acababa de tomar uno, pero bueno, otro más me venía mejor para ponerme más nervioso, pensé con ironía.

– Hoy estoy “puf”, el fin de semana estuve en la cama de Nadia las dos noches, no sin antes un intento de acostarme con una que conocí en la playa, que estaba con su hermana y yo con Benjamín, al final comenzaron a beber y emborracharse dejando entrever lo estúpidas que eran y tuvimos que salir a escondidas para huir de ellas. A eso súmame que no me pude quitar de la cabeza a Vicky, en todo el fin de semana y además hoy no sé cómo aparecer en modo señal, si juguetón, cariñoso, frío o no sé – negué con la cabeza, agobiado.

– Pero a ella imagino que la ves de una forma u otra, o sea, cariñosa, buscona, distante...

– No sé, me manda un solo beso en emoticono a mis, buenos días.

– ¿Y por qué opción te decantas más?

– Pues por darle los buenos días con tres puntos suspensivos, lo leerá de forma que la pueda descolocar, vamos, digo yo... – Cogí el móvil y mandé el mensaje sin pensarlo, no pensaba pasar la mañana comiéndome el coco por ello

– Listo, enviado.

– A ver cómo reacciona...

– Un besito y listo, me conozco yo a esta, pero es lo único que va a tener de mí, esos buenos días con puntos suspensivos – el sonido de un mensaje me puso nervioso, lo abrí y era de ella –. Encima es chulesca – le enseñé el mensaje a David, el beso acompañado de tres puntos suspensivos.

– Es la puta ama – dijo riendo.

– Está jugando y lo peor es que a veces me pregunto si está haciendo ese juego en serio o con algún pretexto, pero ahora sí te digo que, si quiere jugar, se va a enfrentar a su mayor rival. Algo me dice que me la puede estar jugando y bien, querrá conseguir algún objetivo, o dejarme jodido por lo que hice con ella, vete a saber que se le pasa por esa cabeza ahora mismo.

– Pues tú eres listo – me señaló con el dedo mientras se levantaba –. Jaque Mate al caballo – me hizo un guiño y dio dos porrazos en la puerta –. Me voy, mañana me sigues contando, esto da para una novela.

Ese día me comí mucho el coco, estaba un poco descolocado con Vicky, no sabía lo que quería, pero de lo que estaba seguro es que, o espabilaba o me la daría por la espalda, sin previo aviso y me lo estaba viendo venir.

Ese día me fui de compras a un centro comercial, era hora de renovar vestuario, el verano se acercaba y tenía ganas de dar un aire nuevo a mi fondo de armario.

Comí en un italiano y luego me dispuse a hacer las compras para quitar tanta información de mi cabeza, o peor dicho, desinformación que eso era lo que tenía y como buen periodista, no había nada peor que no saber que estaba sucediendo en torno a algo de interés.

Pasé toda la tarde llenando de bolsas, el maletero del coche. Tuve que ir al parking en tres ocasiones: zapatos, complementos, camisas, camisetas, bañadores, calzoncillos... Compré de todo, me puse en modo, chica. Había escuchado de ellas, que su estrés y agobio lo calmaban quemando tarjeta y oye, comprendía ahora esa reflexión, a mí de algún modo, me estaba levantando el ánimo.

Llegué a casa y me puse a colocar todo, por colores, como no, por modelos, todo a la perfección. Era muy meticuloso para el orden, sobre todo, para la ropa, pero en general siempre tenía todo muy organizado para que pudiera tenerlo todo a la vista o saber dónde estaba cada cosa y encontrarla al momento.

Me preparé un té frío, me gustaba a veces hacer un poco de ayuno y no comer desde la merienda hasta el desayuno, me hacía sentir bien, además, esos días tenía muy abandonado el gimnasio, me tenía que poner a correr o hacer algo, había trabajado mucho mi cuerpo, como para tirarlo todo por la borda.

Esa noche me puse a mirar el perfil de Facebook e Instagram de Vicky, me picaba la curiosidad por verlo todo y empecé a ver foto por foto y estado por estado. Era impresionante el cambio de las imágenes de tres años atrás a ahora, poco a poco, se le veía la evolución. Se había machacado mucho gimnasio y sacrificio, había conseguido tener a través del ejercicio esa buena anatomía que tenía. Me había dado cuenta de algo, salía en muchas fotos tanto con ella como en grupos un chico y por las etiquetas se llamaba Ernesto, además, el perfil de él también estaba en abierto y vi que en mucha de las fotos salía ella, en ninguna un beso, pero si las fotos eran muy de complicidad, buen rollo y cercanía.

Eso comenzó a mosquearme, cuanto más revisaba los comentarios y todo, se lanzaban una serie de indirectas entre ellos y dejaban entrever que aquello no era solo una relación de amistad, que había algo más, algo que no querían exponer directamente, pero que si lo querían dejar entrever a través de mensajes y comentarios. Aquello me estaba poniendo de un mal humor increíble, me estaban dando ganas de mandarle un mensaje, pero, ¿a cuento de qué? Ella estaba jugando, ahora lo tenía más claro que nunca, además, había subido el fin de semana una foto de Menorca, detrás se veía una cala, sobre la foto un comentario de Ernesto, donde decía que volviera a la isla que se la echaba de menos y tenía ganas de comer palomitas con ella de nuevo.

Interesantísimo aquel hallazgo, a partir de ese momento tenía algo claro, algo que me había repetido mil veces a mí, mismo. Sí quería jugar, lo íbamos a hacer, pero ahora ya estaba convencido, esto me había dado tan de lleno que lo había aclarado todo, aunque debo reconocer que ahora, tenía más preguntas que respuestas. Ahora sí, ahora comenzaba el juego de verdad y yo, yo iba a saco, a demostrar que era el mejor y que sí una vez le hice sentir algo fuerte, esta vez que se preparara que iba a sentir como se arrastraba a mí.

Me dormí con la firme convicción de que ya no iba a dudar más, que, a partir de ahora, iba a tratarla como ella a mí, como un juego, ni más ni menos, aunque reconozco que en algún momento llegué a pensar que había conseguido volver a reconquistarla. Gilipollas de mí...

## Capítulo 11



El martes amanecí con aire renovado. Sabía que el resquemor que me había producido la noche anterior la entrada en acción del tal Ernesto, era de todo menos sana.

Esa mañana, sí. Allí volvía a estar David, de lo más enganchado a mi “particular culebrón” como él lo llamaba. Qué cotilla...

–Dime que tienes novedades...–Entonó desde lejos.

–Hoy estás de enhorabuena, las tengo de todos los colores y sabores–dije, con ganas de guasa.

–Ya sabía yo que te las ingeniarías para llevártela a tu terreno, está por ti tío, no cabe duda–dijo, de lo más entusiasmado– Cuenta, cuenta...

–¿Por dónde quieres que empiece?

–Por lo más interesante y ya estás tardando...

–Pues lo más interesante de la tarde fue una camisa de Massimo Dutti que me impactó. Estoy deseando estrenarla. El resto tampoco estuvo mal, sobre todo el capítulo de los complementos que...

–¡Eres la monda!

–Sí, lironda. Tira para arriba ya, ¡que todos los días no son fiesta! –solté mientras me disponía a llegar lo antes posible al despacho.

–¿De verdad me vas a dejar así? –musitó él, de lo más intrigado.

–Dime que no te presto la suficiente atención y seremos lo más parecido a una pareja. ¡Dale ya anda!, que no hay nada que contar–le dije en un tono de lo más desenfadado y divertido.

El caso es que tenía que reconocerlo. Lo mucho que a David le llenaba saber de mis líos de faldas, ayudaba a engordar mí ya de por de sí enorme ego. Es más, el día que no estaba en el rellano, me faltaba algo. Reí internamente.

Aquel martes la iba a hacer dudar. Lo tenía decidido. Ella me dijo: “un solo día sin saber de ti y...”, pero el día tenía muchas horas y, a las 23:50 seguía siendo el mismo día. No podría decir “ni esta boca es mía”, si le escribía a esa

hora. Imaginar su extrañeza por la situación, me divertía.

La mañana pasó volando, ente reuniones y decisiones. Por la tarde también tenía bastante trabajo. Estábamos pensando abrir una línea editorial nueva y traía entre manos, varios posibles contactos con los que reunirme.

Estar tan entretenido me vendría genial. De otro modo, quién sabe si no caería en la tentación de pensar más de la cuenta en Vicky e idear alguna señal de las mías. << “¡Calla demonio!”>>, pensé. Aparté esa idea de la cabeza y, a otra cosa mariposa.

Se abrió la puerta de mi despacho, ¡era un tío con suerte!

–Omar, el Sr. Robledo ha llegado, ¿le hago pasar?

–Sara, te he dicho alguna vez que...

–Sí, sí, que le tutee, pero es que me cuesta trabajo –dijo ella con tono risueño.

–No me refería a eso, sino a...

–Sí, sí, el resto también. Que cómo se puede tener todas las mañanas, cara de viernes, que si he llegado por la sombrita para no derretirme, que si muy concentrado tenía que estar mi padre para diseñar un monumento así y que...

–Veo que va surtiendo efecto, lo tienes bien aprendido. Debo ser un tostón de jefe, ¿no?

–No, solo es cuestión de conocerle.

–Bueno, una cosa si te digo... Por favor, si algún día te molesto, házmelo saber. Sabes que soy un guasón de tomo y lomo y que las chicas bonitas son mi perdición.

–Nada, nada...Ni siquiera eso que me dice todas las mañanas de que, cuando me decida a dejar al enclenque de mi novio y buscar a un tío de verdad, cuente con usted, me molesta lo más mínimo.

–Eso espero, porque en el fondo sabe que no es verdad, lo de que sea tan enclenque su novio vamos, el resto sí –dije, con la sorna que me caracteriza.

–Lo sé, lo sé. Tengo clarísimo que no es verdad. Sobre todo, porque no tengo novio.

Ahí me había dado, ¡jaja! Evidentemente Sara, era un pibonazo y me encantaba el contraste mañanero de mi descaro con su absoluta formalidad. Se trataba de un entrante diario indispensable, era un ritual desde hacía dos años que ella, trabajaba allí.

–¿Cómo? –contesté raudo, veloz y sorprendido –¿Semejante preciosidad está sola? Esas cosas se avisan mujer, ya sabe que a mí me llena velar por el bienestar de mis empleados...–le espeté con ironía.

–Y, ¿quién le ha dicho que esté sola? – contestó ella– Puede que, únicamente, usted no haya mirado en la acera adecuada.

Me dejó a cuadros. ¿No quería yo notición para abrir la semana? Pues ahí tenía uno. Eso sí, no era para sacarlo en nuestra portada. Se trataba de información privilegiada. ¡Qué jodida! La primera vez que me contaba algo de su vida y me había revolucionado. Solo de imaginarla con otra chica...

–Sí, sí, que entre el Sr. Robledo –fue cuanto acerté a decir. Y tú, demonio, cállate ya, dije para mis adentros al que no paraba de sugerirme que imaginara a aquel bellezón, con su chica en la cama. ¡Hasta escalofríos me entraron! Y lo uno llevó a lo otro. Los escalofríos me condujeron a pensar de nuevo en mi enfermera.

La jornada de trabajo pasó a la velocidad de la luz y, a última hora, algo llamó mi atención.

–Sara, ¿puedes venir a mi despacho por favor?

–Dígame, Omar.

–El desfile de mañana, lo tenemos cubierto, ¿verdad?

–Por supuesto. Irá Alex Prieto y Javi Foncubierta, hará las fotos. ¿Está bien?

–Sí, sí, de acuerdo. Una cosa... ¿Puedes darme un listado de las firmas de moda que participan?

–Ahora mismo se lo traigo.

¿No quieres coles, Omar? Pues toma, el plato lleno. Esa semana parecía que el destino me había tomado el relevo en lo de mandar señales.

Me jugaba un brazo a que Vicky, que era quien daba el pistoletazo de salida a todos los eventos de su firma, estaría allí.

–Le confirmo. Intervienen...

No tuve que esperar mucho para escuchar el nombre de la firma para la que ella trabajaba. Sara era muy meticulosa y las tenía listadas por orden de importancia. Su nombre salió el segundo.

–Confirma también mi presencia, por favor.

–¿La suya?

La cara de Sara era de, si me pinchan, no me sacan ni una gota de sangre. Sabía que me repelía todo lo que sonara a papel “couché”, posados y frivolidad.

–La mía Sara–contesté en tono divertido– Por cierto... ¿Has visto a un fantasma?

–No, es solo que...

–¿Qué creías Sara?

–Sinceramente, que no le atraía nada el mundo de los flashes y el faranduleo.

–Ya. Y yo, que tú tenías un novio enclenque –le dije, con la callada por respuesta y una sonrisa en los labios.

Una vez en casa reía divertido con la situación. ¿Se estaría mordiendo las uñas Vicky? Por otra parte, imaginaba mandarle un wasap diez minutos antes de las doce y que, por cualquier causa no entrara. ¡Entonces ya estaría el lío!

A las 23:50 no pude ser más escueto. “Buenas noches” fue todo el mensaje. ¿Cómo lo tomaría?

La respuesta tardó justo nueve minutos en llegar. Sabía que yo estaba tirando de la cuerda y a mi gatita (aunque de repente ese apelativo me sonó más lejano), le gustaba jugar al límite.

Vale, las 23:59 formaban parte del martes. Yo no podía decir que hubiera pasado un día sin recibir contestación de ella, pero estaba todo calculado. Si mi señal fue poco efusiva, menos lo fue la de ella. Un mísero “ok”. Estaba molesta y se notaba.

Al día siguiente me levanté con ganas de comerme el mundo. Esa tarde la vería en el desfile. Ella no me esperaba. Yo no tendría por qué saber que su firma participaba (aunque en el fondo oliera a chamusquina) ¿Mi papel? Fingir que era un encontronazo total.

–¿Cómo estamos hoy, figura? –vociferó David, desde lejos.

–Fenomenal, amigo–con ganas de disfrutar de la vida.

Antes de entrar a mi despacho, pasé por la mesa de Sara.

–¿Tienes listo lo mío para esta tarde, Sara?

–Por supuesto, Omar. Aquí tiene. Confirmada su presencia. Le advierto que a los organizadores también les ha sorprendido un poco.

–Es lo que tiene la vida, Sara, que está llena de sorpresas. ¡Ah!, y que da muchas vueltas, por cierto, y el que se maree, que se baje...

He de confesar que tenía más ganas de jugar fuerte que nunca. Sabía que ella sospecharía de mi presencia, pero, le resultara convincente o no, le diría que la nueva línea del periódico me exigía mayor intervención en la vida social de la isla. Sería yo quien me hiciera el sorprendido al verla.

El día no pudo transcurrir con mayor rapidez y algo de nervios. ¿Cómo reaccionaría ella?

Por supuesto, no pensaba escribirle ni hacerle llegar ninguna señal. Bastante sería con verme allí, además, mi tardío mensaje de la noche anterior había sentado precedente, y puede que ella no esperara nada, hasta última hora.

Se trataba de un desfile de tarde. Estábamos convocados a las cinco, de modo que ese día solo pude aprovechar el hueco de la mañana para hacer mil y

una gestiones de trabajo.

–¡Hasta mañana, Sara! –dije con voz cantarina al salir.

–Hasta mañana, Omar. Espero que lo pase bien en el desfile–contestó con aquella carita de no haber roto un plato.

Me daba a mí que Sarita no era lo que yo pensaba. Detrás de aquella apariencia de alma cándida debía haber una mujerona, que valía más por lo que callaba, que por lo que contaba.

¡Mira por dónde iba a estrenar la camisa! Bien mirado, me había venido genial aquella improvisada tarde de shopping y eso que no tenía ni idea en ese momento. Habría que hacerle más caso a las mujeres y a sus consejos. Si es que, cuando el río suena... agua lleva.

¡Qué bullicio! De un solo vistazo recordé por qué no me gustaban aquellas reuniones.

–¡Omar, o no nos vemos en años o...!

Aquella voz me sonó familiar. ¿Diego?

–Hola, Diego–carraspeé, un tanto atónito...

–Hola, Omar, no te esperaba. ¿Vienes por Vicky?

–¿Por quién? Vengo por trabajo. No sé de qué hablas y una cosa puedo asegurarte, me iré tan pronto como pueda–le dije, dando muestras de mi convencimiento. <<Pero no sin toparme con ella>>, pensé.

–¿Quieres que nos sentemos juntos? –preguntó en tono bastante animado.

Este es “el tonto del pueblo”, fue lo que se me vino a la mente. ¿A qué viene ahora tanto acercamiento? De repente le pedí al universo que no tuviera nada que ver con el hecho de que también se hubiese cambiado de acera, ¡ya me había sorprendido bastante Sara!

–No lo tomes a mal, pero he venido por trabajo, tendríamos que pedir algún cambio de asiento.

–Déjalo en mi mano, tengo contactos aquí.

¿Y yo qué era? ¿Un cateto? Me estaba hirviendo la sangre. Y cuantas más ganas tenía de deshacerme de él, más tenía él de que nos sentáramos juntos.

Entonces fue cuando la vi. Por suerte, estaba a cierta distancia y Diego distraído. Quería esperar a que terminara el evento antes de que ella se percatara de mi presencia.

–Venga, venga. Nos sentamos donde quieras–le espeté, cogiéndole del brazo.

–¿A qué vienen esas repentinas prisas? –dijo él.

–Habló el burro y dijo “mú”– le contesté–. Las mismas que tuviste tú por salir con Vicky, después de lo nuestro. Tira para allá, hombre...

Me había salido del alma. Se la tenía guardada desde entonces.

Estaba eufórico. Para mi total satisfacción, desde el ángulo en el que estaba sentado podía seguir los pasos de Vicky, a lo lejos. Era toda una profesional y su actitud podía calificarse de intachable, pero cada pocos minutos sacaba el móvil del bolso. ¡Y no escribía nada! Estaba esperando un mensaje. Pues no lo iba a tener.

Las dos horas del desfile fueron para mí, todo un suplicio. Para entonces había decidido que haría como que salía a escape por una de las puertas que estaba cerca de donde ella estaba colocada.

Tenía que verla antes de que Diego lo fastidiara todo, contándole que yo estaba allí. Todavía sonaban los aplausos cuando me levanté.

–¿Dónde vas, Omar? –preguntó– Espera, que voy contigo.

–Sin problema, pero corre, que tengo un apretón y no llego –le contesté–. Vamos, que te veo muy animado a acompañarme, invitado estás.

–Deja, deja–añadió con cara de asco.

Y como alma que lleva el diablo, salí corriendo, en dirección opuesta al baño. Debió alucinar.

Si algo aprendí aquella tarde es que el destino iba por su lado y yo por el mío. Tenía que pasar lo suficientemente cerca de ella para que me viera y a la suficiente velocidad para que pensara que me marchaba.

¡Joder! Aquello era más difícil que los problemas aquellos de matemáticas de “si un tren sale de una estación a una velocidad de...”

Y hablando de trenes, ¡como un tren estaba Vicky! Por suerte, miraba para otro lado mientras atendía sus múltiples compromisos y no me vería hasta que llegara a su altura.

Entonces volvió a pasar. No lo vi venir, como no vi venir el latigazo del piercing, el broche del bikini ni el puñetazo aquel. ¿De dónde diantres salió el camarero? Eso no lo sé. Lo que sí sé, es dónde fue a parar parte del contenido de las copas de su bandeja, al mismísimo vestido de mi gatita.

–¿¿Tú?? –Fue lo único que acertó a decir, cuando levantó la vista comprobando aquel desastre.

–¿Vicky? –dije, mostrando a la vez aflicción por lo sucedido y sorpresa por verla.

–Sí, me temo que soy yo, no te esperaba...

–He venido por trabajo. Yo a ti tampoco. Ha sido prácticamente una obligación. No sabía quiénes participaban. No estoy al tanto de estas cosas...

–Uy, uy...–dijo ella.

–Uy, ¿qué?

–Nada, ¿no sabes eso de “explicación no pedida, acusación manifiesta”?

–Piensa lo que quieras, total es lo que vas a hacer... –creo que surtió algo de efecto, porque de repente, volvió su cara de preocupación, aquella que mostró la semana antes de acostarnos, cuando aparqué el tono erótico y activé el modo romántico.

–Estás muy...–No me dio tiempo a terminar.

–Muy mojada–soltó en tono algo disgustado.

–Veo que sigues siendo muy directa, si quieres nos apartamos y...

–¡Mira que tienes guasa! No precisamente así de “mojada”. Me has dejado hecha unos zorros, con lo que había estudiado mi aspecto.

¡Cómo si me importara! Sí, estaba totalmente despampanante con un vestido rojo de su firma, de lo más estrecho y terminado en un elegantísimo cuello Halter, que remataba con unos finísimos tacones de aguja, que le hacían unas piernas increíbles. Pero por mí, se lo hubiera quitado todo en una milésima de segundo.

–Deja, deja, que busco algo para limpiarte...

–¿Qué dices? Tú no me tocas ni con un palo, manazas.

–No decías eso la otra noche, gatita. Pero vamos, que tampoco me muero por tocarte.

Y debí ser convincente porque vi de nuevo el descontento en sus ojos.

–Pues eso no es lo que parecía la otra noche tampoco...–dijo.

–Bueno es que, lo que pasó en la cabaña, se quedó en la cabaña...–añadí.

Se hizo el silencio durante unos segundos. Debió pensar que había llegado el momento de “game over” y, en el fondo, comprobé satisfecho que eso no la complacía.

–Por cierto... ¿Dónde ibas con tanta prisa? –preguntó cambiando de tema.

–A ponerme un pinchazo–contesté muy decidido.

–¿A ponerte un pinchazo? ¿Dé, qué?

Obviamente no lo había pillado.

–De unas ronchas que me han salido, de tanto flash y algarabía–rematé.

Por fin conseguí hacerla reír.

–¡Serás bobo...! –dijo con aire interesante.

–Pero muy poquito–respondí haciendo el gesto a la par con la mano.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

–¡Tira! –Asentí con aires de “me la estoy llevando a mi terreno”.

–Si ya nos hemos visto hoy... ¿No debo esperar ninguna señal más hasta

mañana?

–Quién sabe... –solté.

–Bueno, pues me marcho gatita. Siento el estropicio– le di un beso en la mejilla y salí andando.

Era consciente de que me la estaba jugando y de que la chulería me podía salir esta vez muy cara. En el fondo, contaba de nuevo los segundos esperando que no tardara tres, en decir algo, ¡y no me equivoqué!

Me encaminaba hacia la puerta cuando oí, un “Omar”, que me supo a gloria.

–¿Puedo hacer otra pregunta? –musitó inquieta.

–Y, dos, y tres... Otra cosa es que yo la vaya a contestar – como dijo una vez una enfermera muy chulilla que tuve.

–Salgo en un rato, ¿nos tomamos algo?

Y por toda respuesta dejé caer,

–¿Por qué? ¿Es que tienes hambre?

Y ni corto ni perezoso, salí de allí guiñándole un ojo y pensando que “en boca cerrada, no entran moscas”.

Me pasó por chuleta. Claro que la iba a esperar, pero no quería que las tuviera todas con ella. Me encaminaría hacia la puerta y haría tiempo, mirando unas cosillas en el móvil mientras tomaba algo en una cafetería muy aparente que había en la otra acera, ¡jaja! De nuevo pensé en Sara y en el tapabocas que me había dado aquella mañana.

Mil doscientos wasaps, debía tener cuando me senté. Dos fueron los que acapararon mi atención. Uno era de Benjamín. Flipando parecía que estaba últimamente. “Hermano, tengo ganas de que echemos un rato de los nuestros”, decía.

Otro era de Nadia, “¿Repetiremos este fin de semana, como las Danet?”, preguntaba también con ánimos encendidos.

A ver, yo sabía que repetir, iba a repetir, lo que no tenía claro era si con ella o con Vicky. En cuanto a mis preferencias, no tenía mucho que pensar. La imagen de mi gatita con el vestido chorreando me había disparado. Allí mismo la habría empotrado contra la pared y habríamos dejado en pañales a la escena más erótica de cualquier película.

–¿Qué le pongo? –dijo la camarera, una vez instalado en el bar.

La miré bien. Pensé que la respuesta exacta sería que me ponía, por lo menos, nueve sobre diez y eso hizo que se me escapara una sonrisilla.

–Póngame...una Coca-Cola light, por favor.

Tenía el coche en las intermediaciones y eso era sagrado. La bebida la

reservaba para las noches de descontrol en las que volvía a casa en taxi, menos en otras ocasiones que me tomaba dos copas y esperaba dos horas a que se me pasara.

Mi cambio era evidente porque en otro tiempo hubiera contestado a Nadia, sobre la marcha. Ahora no me parecía justo. No debía engatusarla demasiado si en el fondo a quien deseaba meter en mi cama a las primeras de cambio era a, Vicky.

Por otra parte, tampoco estaba a gusto con ese pensamiento. ¿Y si la gatita estaba jugando a dos bandas, conmigo y con el Ernestito de marras?

Aquellos pensamientos no me hacían bien. Abrí mi teamwork y comencé a organizar los siguientes días de trabajo.

Me estuvo bien empleado. Fue cuando divisé a algunas de las modelos, ¡que, vaya cañonazos, por cierto, estaban hechas!, bajar la calle sin que se hubiese abierto la puerta, cuando me di cuenta de que debía haber otra salida y yo no la tenía controlada.

No sabía si Vicky seguía dentro o no y desde luego no estaba dispuesto a pecar de pardillo y mandarle un wasap, dándole a entender que tenía que verla sí, o sí.

Salí a toda leche y, ¡cáspita! Si es que no se puede estar al plato y a las tajadas. Tuve que volver. Se me había olvidado pagar.

–Muy valioso tenía que ser aquello que estuvieras buscando para salir al galope como lo has hecho–me dijo la camarera, al tiempo que me daba las vueltas (y ya tuteándome abiertamente).

Reconozco que su osadía me puso, ¡y mucho! Y eso que aún no había escuchado lo mejor.

–Pues mira, si la joya en cuestión no aparece, ya sabes aquello de que hay muchos peces en el mar... – Apuntó en una servilleta, como en los viejos tiempos, me pasó su número...

¿Aquello era una cámara oculta o qué? Para una vez que decidía sentar cabeza, ocuparme de Vicky, al menos por una temporada (porque pensar en más seguía dándome pavor), no me iba a faltar un perejil, ¡cuánta tentación suelta para un pecador nato como yo!

Con la suerte que estaba teniendo los últimos días, encima, igual lo veía Vicky y se ponía de uñas. Ummm, ¿más? Definitivamente, era masoquista.

Y ni tiempo tenía de apuntar el número y tirar la dichosa servilletita...que lo de tener una bala en la recámara, por si las moscas, me había venido más que bien en algunas ocasiones.

Salí corriendo de nuevo y esta vez, saldadas ya mis deudas, di con la puerta de atrás. Al final iba a resultar cierto eso de que era el hombre con más suerte del mundo porque a una cierta distancia, divisé que ella se encaminaba hacia fuera, ¡bien!, se notaba que mis lentillas estaban en su sitio esta vez!

–Se ha quedado buena noche... –le dije, según salía.

–Tú sabrás donde tienes la cabecita porque no es de noche, todavía es por la tarde.

–Ya, me ha confundido el ver una estrella “cariño” – volví a decir con la ironía propia de los primeros días.

–¿Sí, soy una estrella? –respondió ella, con expresión encantada.

–Psss... Va a ser que sí, lo que pasa es que ya sabes el peligro que entrañan las estrellas.

–No caigo...– dijo con sinceridad.

–Pues que pueden ser fugaces, baby–añadí con aplomo. Eso sí, dados los taconazos de vértigo que llevaba, le tendí mi brazo para que se agarrara. Ella no lo sabía, pero que algo malo pudiera sucederle empezaba a importarme, más de la cuenta.

En el fondo tampoco quería amargarnos la velada, así que decidí darle algo de cuartelillo, a mi estilo, claro está.

–Te queda mal ese vestido, ¿no? –de nuevo me la jugaba, aunque algo me decía que ella sabía que “el horno, no estaba para bollos...”

En esta ocasión su respuesta me gustó mucho más.

–Puede ser, además, está mojado, no tendría demasiado inconveniente en quitármelo–dijo con un aire al que costaba resistirse.

Aun así, me hice el tonto. La posibilidad de que fuéramos tres en aquel juego me estaba agriando el día, aunque, en cierto modo, ¿quién era yo para decir nada, si había pasado el finde con Nadia?

–¿Aquí, gatita? –No te tenía por tan atrevida...

–¡Eres la repera!

–El “repero” mejor, si no te importa...–maticé– ¿Qué te apetece hacer? Dime la verdad, anda...

–Bueno yo...tengo hambre...no sé tú...–añadió ella, picarona.

–Yo también...mucho. y se me está ocurriendo un menú de lo más apetecible...

La complicidad parecía volver a reinar entre nosotros por momentos.

–Te propongo algo, gatita...

–Dime–respondió con expectación.

Para ese momento ya habíamos llegado a la altura de mi coche y nos habíamos metido en él.

–Tápate los ojos... Te doy mi palabra de que voy a saciar esa hambre que tienes como es debido, pero...

Siempre llevaba un antifaz en la guantera. La razón era muy sencilla. A veces olvidaba incluirlo en mi maleta cuando volaba y pasaba las de Caín, para dormir en el avión. En más de una ocasión lo recordé a tiempo y pillé el del coche.

–Esto se está poniendo interesante...–dijo ella, con tono seductor.

–Y más que se va a poner. Tú déjame hacer los honores, que el plan no va a tener desperdicio...

El camino fue de una intensidad indescriptible. Ignorando nuestro destino, pero a sabiendas de que nos esperaba algo especial. Vicky estaba de lo más relajada y la conversación iba subiendo de tono por momentos.

–Buff, menuda palanca de cambios tienes...–soltó mientras echaba mano a mi entrepierna.

Sobra decir que aquello se puso no a tres, sino a diez metros sobre el cielo. Correspondí, metiendo una de mis manos por debajo de su falda.

–Dime que esto no es el champán de antes–le pregunté con renovadas ganas de guasa. No pudo agradarme más notar la extrema humedad que empapaba su minúsculo tanga.

–Sabes que no...–añadió, libidinosa.

Aquella corta distancia, parecía no tener fin, pero todo lo tiene y, allí estaba el aparcamiento.

–No te lo quites todavía, por favor, yo te guío– abrí su puerta. La ayudé a salir del coche y una vez encarada, me puse detrás de ella, la apreté fuerte por la cintura con una mano y con la otra, le quité el antifaz.

–Ya puedes abrir los ojos–añadí, insinuante.

Su cara de sorpresa lo decía todo.

–¿Te gusta? –exclamé.

–Pero...

–¡Tachán! Para ti siempre lo mejor, “cariño”. Si tienes hambre, ningún sitio mejor que mi restaurante favorito, no sé si lo conoces.

Si algo no podía negar es que era una de esas personas transparentes que no sabía fingir. No tengo queja. Sería injusto decir que lo pasamos mal en esa velada, pero desde luego, el desconcierto se había adueñado de ella. Volvía a sentir que tenía la pelota sobre mi tejado y la emoción me embargaba.

No me tengo por tonto y sé la importancia de dar una de cal y una de arena, de modo que, pese a que interiormente mis sentimientos eran contradictorios desde la indeseada entrada en escena de Ernesto, disimulé lo mejor que pude y estuve atentísimo con ella.

–Todo exquisito, de nuevo sacas a pasear tu buen gusto–dijo, agradecida.

–Me alegra que te haya gustado la cena y sí, sé que tengo buen gusto–añadí quitándole hierro al asunto.

–En cualquier caso, es mutuo...A ti también te gusta lo bueno– rematé. Aun a riesgo de resultar pretencioso, no puedo evitarlo, ni quiero. Soy así y lo de decir la última palabra me fascina.

–¿Postre, mi preciosa acompañante? –añadí.

–Por mi parte no, ya he comido suficiente. Además, no estoy segura de tener más hambre–contestó en tono amable, pero ligeramente desafiante.

–Siendo así, pedimos la cuenta y nos marchamos, ¿te parece?

–Por mí bien–dijo ella.

–Y por mí, también.

De camino a su casa, parecía que nos habíamos puesto de acuerdo en no hablar más que de cosas banales. Terminó de comentarme cómo fue su fin de semana de trabajo en Menorca y yo le expliqué lo “tranquilo” que había sido el mío. Si ella supiera...

Una vez en su puerta, nos despedimos.

–Bueno, gracias por la cena–acertó a decir.

–De nada, niña linda, ¡a mandar! –dije haciéndome el tonto.

–Buenas noches, don sorpresas...

–Buenas noches, preciosidad.

Uno, dos, tres...Volví a contar cuando se bajó. Esperaba que se diera la vuelta y me regalara una sonrisa antes de entrar, pero esta vez el sorprendido fui yo. Se introdujo como una flecha y sin mirar atrás. ¡Ni un piquito de despedida me había dado!

## Capítulo 12



El jueves traje consigo una sensación que me confundía. ¿Había ido demasiado lejos? Ahora era el angelito el que me hablaba y al que deseaba hacer callar. Demasiado lejos, ¿por qué?

David no solía fallar y allí estaba.

–Suéltalo ya, que estoy loco por saber...

–Siento no tener tiempo para un café porque lo de hoy te va a encantar...

–¡Me cachis!

–Menos remilgos, que hay que trabajar para levantar el país.

Se lo resumí todo lo mejor que pude y en ese momento fue él, quien arqueó la ceja.

–¡No jodas! ¡Lo que yo digo, un crack eres!

Y el crack en lo único que pensaba era en que no le saliera el tiro por la culata.

Dudé en a qué hora dar señales de vida ese día. Al final opté por una opción que estaba un poco entre Pinto y Valdemoro. Ni muy temprano, que diera opción a que se me notara demasiado el temor que tenía, ni muy tarde, para que no resultara contraproducente.

El comienzo de la tarde fue el momento elegido. A las cinco concretamente mandé un wasap: “Buenas tardes bombón, parece que va quedando menos para el fin de semana, ¿no?” Y, pese al visto en azul, a las 23:50 Vicky no había contestado.

Antes de dormir me dio por abrir el Facebook y revisar su perfil, pero no había cambio de estado, sin embargo, entré al de Ernesto y ¡Bingo!, no la había etiquetado, seguro que ella le dijo algo para que no lo hiciera y como no se imaginaba ni de bromas que yo revisaba el de él... ¡Los pillé!

Una foto de dos los cenando en una pizzería frente al mar, con una botella en medio de Lambrusco y una vela, un entorno y situación de lo más idílico, con una frase que había puesto Ernesto, sobre la foto.

“No es el entorno, es la compañía.”

Vicky, Vicky, Vicky...

Dejé el móvil en silencio y me puse cómodo ya en la cama en posición de dormir, no quería ni pensar, pero la guerra había comenzado.

Viernes por la mañana, un día muy codiciado por todo el mundo ya que empezaba el fin de semana y este iba ser diferente...

“Buenos días, Vicky. Deseo que tengas un gran día. Hablamos”

Esa fue mi señal, dejarle entrever que no iba a mover ni un dedo por verla esa noche, que se acabó ya el juego de ella, empezaba el mío.

“Esta noche tenía pensado...”

Ese fue su mensaje instantáneo, al igual que mi respuesta.

“Sea cual sea ese pensamiento ¡Disfrútalo!”

Arranqué el coche y salí hacia el periódico, al aparcar tenía un mensaje de ella, era un solo “ok”, vamos que le había sentado como el culo, yo quería que sintiera eso, como un desprecio, el mismo que sentí yo, por su parte.

David estaba con los cafés en la mano esperando con una sonrisa de no perdonar mi silencio.

– Dame el café anda, buenos días – dije mientras me encendía un cigarrillo.

– Cuenta a la de ya, pero a la de ya – exigió con esa sonrisa pícara.

Lo puse al día rápidamente y se quedó exhausto.

– Yo te digo que pienso que ella volvió a tu vida para joderte por lo que le hiciste en el pasado – David pensaba lo que yo ya tenía claro.

– Lo sé, ¿pero sabes qué?, ya pasó por mi cama, si quiere volverlo a hacer que se lo curre. A mí no me va a ver pendiente a ella y ojo, que lo mismo hasta le programo un mensaje durante un mes de, buenos días, a la misma hora y me despreocupo. Perder no voy a perder y arrastrarme, menos. Hoy voy a llamar a Benjamín y me voy a ir de fiesta, la noche me espera – le hice un guiño.

– Bueno, estoy por apuntarme con ustedes – rio.

– ¡Pero si a ti la noche no te gusta! – Negué riendo.

– De vez en cuando no me importa.

– Pues entonces cuento contigo – dije señalándolo con el dedo y marchando

al despacho.

- ¿¿¿A qué hora??? – gritó desde el rellano.
- Te recojo a las diez — dije riendo.
- ¡¡¡Vale!!!

Entre al despacho y le puse un mensaje a Benjamín, diciendo de salir por la noche con David, rápidamente me contestó que sí.

Ese día salí de las oficinas a las siete de la tarde, tenía demasiadas cosas pendientes y no las iba a dejar hasta el lunes.

Llegué a casa y me di una buena ducha, descansé dos horas y fui por Benjamín, luego recogimos a David y nos fuimos a una terraza muy animada en el centro de la ciudad.

Comenzamos a beber vinos y a tapear, la noche era un manto de estrellas, una pasada, David a la segunda copa ya estaba con la risa suelta y sacando refranes sin sentidos, Benjamín me miraba llorando de la risa.

– Dios mío, mirad que bombones vienen por allí – dijo David, con cara de hipnotizado.

Benjamín y yo nos giramos inmediatamente, por poco nos partimos el cuerpo.

– ¡No! Me cago en mi vida... – dijo Benjamín, escondiendo la cara para que las hermanas gemelas o mellizas de la playa no nos vieran.

– No me lo puedo creer, Marta y Chloe – dije disimulando y mirando a otro lado, estaba claro que iban a pasar cerca de nosotros.

– ¿Las conocéis? – preguntó David, flipando.

– Ni te muevas... – dije en tono amenazador para que no la liara.

– ¡La de Dios! – solté al ver al otro lado a Vicky, tomando una cerveza con Ernesto.

– ¡La hostia! – dijo David al reconocerla y más de las fotos que le había enseñado de ella últimamente.

– Esto es un campo de batalla – soltó Benjamín, provocando una risa en los tres.

Pero lo peor era ver a Vicky con esos gestos tan seductores con los que miraba y hablaba a Ernesto, me dolía, aunque me jodiera admitirlo, me dolía y mucho.

Las hermanas se pusieron en la mesa junto a la nuestra, nos vieron, pero pusieron cara de chulería y nos ignoraron, dimos gracias a la vida, no nos habían perdonado que hubiéramos salido huyendo el fin de semana pasado.

Benjamín le explicaba por lo bajo a David lo que había pasado con ellas, aunque yo lo puse al día, comenzó a entender de qué se trataba.

En una de las veces que miré a Vicky ella me vio, noté como se quedó en blanco y luego miró hacia debajo, continuó hablando con él y no hizo ni él más mínimo gesto de saludo.

– Menos mal que ya he programado los “buenos días”, para que le llegue durante una semana a las ocho de la mañana. Ni un dedo nuevo más por ella, me da...

– ¿Rabia, asco, ardores? – dijo David, incrédulo.

– Estaba claramente jugando, lo único que espero que no haya ganado produciendo daño en ti – dijo Benjamín.

– Os digo una cosa, no os voy a mentir, siento rabia, dolor, de todo, pero no estoy enamorado – quise convencerme de nuevo de ello –, solo es decepción, me parece una falta de respeto.

– ¿Qué esté con otro, cuando tú te pusiste con la del restaurante el fin de semana las botas? – preguntó David, descojonado de la risa por el efecto del alcohol.

– No se trata de eso, se trata de que ella volvió con esos juegos para vengarse de lo que le hice en el pasado y que acabó con lo nuestro, provocando en ella mucho dolor, ese que quiere hacerme pagar ahora, entonces su juego es sucio, su juego es ir a por mí así se tenga que volver a acostar conmigo, como ya hizo.

El camarero nos trajo otras tres copas de vino, además de un queso y un plato de jamón, a mí se me había cerrado el estómago. David estaba cada vez más gracioso, no se enteraba de nada.

– Pues eso, que ella está con ese y tú con otras – dijo de nuevo.

– Más o menos... – intervino riendo Benjamín – Tú, come – le puso un jamón en la boca– y calla.

Miré de nuevo hacia donde estaba Vicky y pude ver como él, le sujetaba la mano por encima de la mesa, eran mesas altas con taburetes, los veía perfectamente y me estaba poniendo malo, me estaban llevando los mil demonios.

Las hermanas no paraban de mirarnos y cuchichear entre ellas.

- Verás las pijas estas... – decía Benjamín, resoplando.
- Están criticando – David como no, calentando.
- Paso de todas las mujeres – paré al camarero – Trae tres ginebras con tónica y tres chupitos de tequila.
- ¡Ese es mi amigo! – dijo David, haciendo un baile con las caderas.
- Esta noche veo que será larga – movió los hombros a modo baile sensual Benjamín.
- Chloe, vamos al baño – gritó Marta, para que nos enteráramos.
- Están diciendo que ya no van a volver – dijo Benjamín a David y a mi provocando una risa.

Y se fueron muertas de risa, como dos crías y por supuesto para nuestra tranquilidad, no volvieron ¡Hala!, ya se podían dar por satisfechas, seguro que hasta pensaban que nos habían dado plantón.

- Yo veo a Vicky triste – dijo David, antes de beberse de un trago el chupito.
- Lo peor de todo es que esa sensación también me la había dado a mí, pero estaba claro que ella era libre de elegir y ya lo había hecho, ni siquiera había tenido un amago de saludo, me parecía tan patético todo, que hasta me ponía de mala leche.
- Cada vez me creo a esa tía menos – intervino Benjamín.
- Yo de verdad os lo digo, que le den por saco a todas las mujeres. Vamos a disfrutar. – levantó la copa, David.
- Yo echo de menos a mi amor platónico, Susi.
- Venga Benjamín, que demasiado tengo con aguantar a mi jefe – Me dio una palmada en la espalda, que por poco me tira de boca sobre la mesa y lo miré con cara de asesino –, como para que ahora te tenga que aguantar a ti, por un amor cibernético.
- Platónico, David, platónico – dijo Benjamín, negando con la cabeza y provocándome un ataque de risa.
- Qué más da, platónico o cibernético, de los dos modos te vas a quedar con las ganas – David como no, ahí dando a la yugular.
- Bueno, una cosa, te voy advirtiéndote, bebe más lento que en una hora te veo durmiendo en el suelo – lo avisé, porque lo conocía.
- Me ponéis al lado a la primera que pase y yo le guste, no estoy para elegir como otros... – Nos miró a Benjamín y a mí, con cara de asco. Soltamos una carcajada.
- Ay Dios, esta noche me da – vi con mis propios ojos como Ernesto la

pegaba contra él y la besaba.

– Seguro que te lo están dedicando – dijo David, en un arranque de sinceridad inoportuno.

– Pues, ¡salud! – levanté la copa – Que les vaya muy bien – mi tono era sarcástico.

– ¡Brindemos por ellos! – gritó David y los tres nos vimos con la copa en alto, mirando hacia ella y nos vio.

Su cara era un poema al vernos a los tres con la copa en alto, mirando hacia ella.

– Nos pilló – dijo Benjamín, agachando la cabeza disimulando.

– Qué disgusto tengo... – dijo con ironía David.

– Qué le de gracias a Dios que al menos brindamos en su cara – solté con rabia –. Os juro que me vengaré, esto, no se va a quedar así.

– Bueno, tú relax, torero, que toros más bravos has toreado – Benjamín y sus refranes...

– La mejor es Diana, con esa se debería quedar.

– Diana no, se llama Nadia – puse los ojos en blanco, David ya estaba que no paraba.

– Y qué más da Diana o Nadia – resopló indignado, provocado una risa en nosotros.

– ¡No me lo puedo creer...! – ese grito a mi espalda, era conocido.

Me giré y ahí estaba Nadia, esa noche me iba a encontrar hasta mi primo el perdido.

– ¡Nadia! – Esta era la mía. La agarré por la cintura y le di un beso en los labios.

– ¡Oh, la la!, esto sí que es un recibimiento.

– Pues eso, que nosotros nos teníamos que ir un rato – dijo Benjamín, llevándose a David y haciéndome un guiño de ojo.

Me quedé sin entender nada, pero me dejaron ahí con Nadia, cosa que me alegraba, además, vi cómo me miraba Vicky. Si antes estaba triste, ahora echaba humo.

– Y, ¿qué haces por aquí? – dije apoyándome en el taburete y apretándola contra mí, poniéndola entre mis piernas y mirándola con aire seductor.

– Te recuerdo que mi restaurante está en la calle de atrás – puso los ojos en blanco.

– Pero nunca pasas por aquí – arqueé la ceja y la volví a besar.

– Vengo en el coche de mi prima, me dejó ahí en la esquina para no llegar

tarde y si entra por atrás ya sabe cómo se pone el tráfico – me devolvió el beso.

Le hice señas al camarero y pedí dos copas.

– ¿No me vas a dejar ir a trabajar? – preguntó con aire juguetón.

– No, además, de aquí nos vamos a tu casa – le hice un guiño.

Ni cinco minutos y Vicky se había marchado con Ernesto, eso sí que era un Jaque Mate al caballo. Se fue con cara de enfado, de dolor y con mucha rabia.

Yo terminé esa noche en la cama de Nadia, disfrutando de su cuerpo, pero en mi mente solo estaba Vicky, por desgracia no conseguía quitármela de la cabeza.

Por la mañana desayuné con Nadia, luego me fui a mi casa, estaba confundido, triste, rabioso, con uno sentimientos muy extraños.

Me tiré en el sofá con otro café en la mano, cuando miré el Facebook de Vicky, en ese momento tenía una foto etiquetada por Ernesto, era de un amanecer, la pusieron a primera hora de la mañana. No ponían nada, solo ese cielo amaneciendo y el mar debajo.

Mi mensaje programado le debía de haber llegado estando entre sus brazos, pero me daba igual, le iba a seguir mandando la señal, le gustara o no, pero lo iba a tener cada día, a la misma hora y no esperaba nada de ella, ni respuesta ni nada parecido.

Por la tarde me fui con Benjamín a tomar algo.

– No sabes la que lio ayer, David – dijo nada más verme.

– ¿Qué pasó?

– Se bebió todo lo que fue pillando, lo mío, lo suyo y todo lo que iba viendo por todos lados. Lo dejé en su casa, pero en la cama, no me fiaba ni un pelo – rio –. Oye muy fuerte lo de Vicky, me quedé muerto, pero me alegré mucho de la aparición de Nadia, la jodiste viva con eso.

– Es que no entiendo la actitud de Vicky, bueno aparte de que “creo” – hice el entrecomillado con los dedos – qué tenía muy claro de que iba a jugar, no sé, quiere venganza, le quedó esa espina clavada y va por mí a muerte.

– Pues las batallas, a la cama – me hizo un guiño con el ojo y dio un sorbo al café.

– Eso lo tengo muy claro, para otra cosa no pierdo el tiempo.

– Pero te has quedado pillado por ella, te cuesta reconocerlo, pero sí.

– A ver, no me esperaba volverla a ver cuando me llegó la invitación para el cumpleaños del amigo, menos que hubiera sufrido semejante cambio físico. Me llamó la atención y me lo paso pipa con ella en la cama. También, me duele lo

que pasó ayer, por supuesto, pero sé que pasará, ahora me da rabia y demás, pero también tengo ganas de abrazarla y tenerla junto a mí desnuda – reí poniendo los ojos en blanco –, aunque no me voy a morir ni va a tener mi atención.

– Vendrá, algo me dice que vendrá, no sé con qué cuento y cómo te entrará, pero vendrá poniendo una excusa de Ernesto, o contándote una milonga.

– Que me la cuente en la cama – me encogí de hombros –. Está claro que ella decía que era un juego y yo quise jugar, que no había más pretensiones de esas, pues si quiere jugar que sea en la cama, desnuda y ante mí. Por mi vida que como vuelva, la voy a someter a unos juegos, pero eróticos – le hice un guiño –. Si quiere jugar le voy a poner a prueba absoluta, pero viendo que ni siquiera me saludó, algo me dice esta no me va a hablar más.

– Pues mira, yo no pienso igual.

– ¿Ah no?

– Ya te he dicho que vendrá con alguna milonga o de lo contrario, te enviaré un mensaje contándote lo que mejor le haya dado tiempo a inventarse.

– Pues le responderé en plan actor – arqueé la ceja.

– Te veo pillado, amigo, no te enfades, pero te veo que te atrae y mucho.

– Tu lo has dicho, atracción, no más, deseo arrastrado por esa tensión sexual que me produce ella.

Empezamos por un café, luego por una copa, luego otra y terminamos en uno de los bares de la playa que se ponían de lo más animados por la noche.

– Ahí viene Vicky – dijo Benjamín, apoyado en la barra.

– Estarás de broma, ¿no?

– Ninguna – dijo poniendo la mano en la boca y agachando la cabeza.

– ¿Viene sola? – Yo estaba de espalda.

– No, con el Ernesto ese– carraspeo avisándome.

Pasó por mi lado y se me quedó mirando, como queriéndome decir algo.

– A esa mujer le pasa algo – dijo Benjamín, mientras veíamos que se apoyaba en un barril de los que había a modo de mesa por la arena.

– Y yo que ahora también lo creo... – Me toqué la barbilla.

Algo había cambiado en mí por completo cuando la miré dos veces a la cara, parecía una mujer sometida por un hombre que la dirigía, parecía como si estuviera cohibida de ser ella, algo raro me estaba temiendo, pero, ¿y si eran paranoias mías?

– ¿A que sí? Esto me huele mal...

– ¿Crees que ese tío la tiene amedrentada?

– Algo raro hay, ella teme mirar, teme levantar la cara, lo mira con miedo, eso no es amor – dijo señalando.

– Esto ahora sí que me está oliendo mal, pero, ¿quién es él? En su perfil no aparece nada relacionado con su vida personal, tenemos que averiguarlo.

Le mandé un mensaje a Álvaro con el enlace del Facebook de Ernesto y le pedí que investigara quién es, para eso mi compañero era el número uno, lo teníamos en la plantilla solo investigando a personas, era un crack.

Me dediqué a mirar sus gestos, él estaba de espalda y ella le sonreía, pero con tristeza, no había ni un ápice de humor, ni ninguna sonrisa sincera en su cara, me estaba empezando a entrar unos calores cuando recibí la respuesta de Álvaro.

“Ernesto de Mendoza. Empresario. Salió hace un mes de la cárcel, estuvo un año por coacción y amenazas a mujeres, se le estuvo investigando por posible trata de blancas en el sector de la prostitución”

Lo releímos dos veces, no nos lo podíamos creer, mirábamos a Vicky y pensábamos, << ¿estará en peligro?>>

– Se me ocurre algo – dije mirando fijamente a Benjamín – Cambia la foto de tu perfil de wasap y pon la de tu hermana.

– ¿Y eso...?

– Vicky no tiene tu teléfono, entonces le pondré un mensaje y si él lo pilla, creerá que es una amiga, además, ella al leerlo entenderá, solo tengo que decirle una palabra.

Cogí el móvil de Benjamín, después de que éste cambiara la foto, en ese momento vi que me miró Vicky, me puse un dedo en la boca y le levanté el móvil para que entendiera que iba a ser yo, de todas formas, lo iba a saber, ella disimuló y se puso a trastocar su móvil.

“Amiga gatita mía, soy Claudia, es que cambié el número. Lo del cambio de ropa repentino de ayer y sin aviso por parte de tu firma entiendo que es debido a algo que la empresa trama y no puede decir para poner en riesgo su imperio, ¿es así? Ese cambio no va lineal con la marca, no sé es extraño, pero imagino que tiene una explicación clara”.

Le di a enviar y sabía que le había llegado, además, Ernesto hablaba con alguien que fue saludarlo y vi que estaba escribiendo, aunque en el mensaje ya se veía que estaba respondiendo.

“No puedo estar de acuerdo con algo que te imponen de repente y que no estaba dentro de los planes de la empresa, pero a veces, para no perder el trabajo

y la estabilidad hay que actuar en frío, callar y buscar una solución sin poner en peligro ni en riesgo nada de mi contrato”

– Uy, esto lo dice bien claro, que apareció este, no estaba en sus planes y que está actuando fríamente para no poner en peligro, ni en riesgo nada – dijo Benjamín –. Y encima el tipo con antecedentes, estoy flipando.

– Tengo que sacarla de ahí como sea, tengo que hablar con ella – me puse las manos en la frente para ver que se me ocurría.

Me estaban entrando calores, impotencia, ganas de ir y sentarme para que cantara delante de él y partirle la cara, pero yo era chulo, no violento, eso jamás, bajo ningún concepto. Ni de joven le puse una mano a Nadia, eso no estaba justificado bajo ningún concepto, pero que se merecía seguramente una hostia a mano abierta, se la merecía ese tío, por acosador, pero... ¿Dé qué lo conocía y por qué estaba con ella? Más preguntas que respuestas de nuevo.

– No se me ocurre nada más que ir a por él, reducirlo y que ella corra – dijo Benjamín, ya con un poco del ron subido.

– Calla, anda calla... Si es la mejor idea, no quiero pensar la peor – reí – ¿Y si esto forma parte del juego de ella? – ¡Joder!, lo que me faltaba rayarme de esta manera.

– Mira los antecedentes de él...

– Es verdad, ¡joder!, que dolor de cabeza – di un trago y la miré, ella lo escuchaba, ni hablaba apenas.

– A ver, tenemos que ver hasta qué punto está la situación grave, o sí puede salir por ella misma y no le conviene por algo, no sé, es por intentar sacar una conclusión.

– Benjamín, esto me huele mal, muy mal, tengo que conseguir cinco minutos con ella.

– Y, ¿cómo lo hacemos? Vamos y le decimos... “Oye chaval, quita de ahí que queremos hablar con tu... ¿amiga?, ¿amante?, ¿novia?, ¿acosada? – resopló.

En ese momento vi que él se levantó de muy malos modos, comenzó a gritarle, la dejó ahí y se fue para el baño.

Dame tú teléfono – se lo quité de las manos y la llamé corriendo, ella sabía que era yo.

– No me puede ver hablando contigo – dijo en tono desesperado.

– Seré rápido. ¿Qué está pasando?

– Necesito tiempo, necesito resolver algo que no esperaba.

- No estás con él por qué quieres, ¿verdad?
- Te juro que te lo explicaré, pero tú, no has perdido el tiempo con otra – dio con tristeza.
- Eso también es verdad, pero dime que puedo hacer para ayudarte.
- Esperarme – colgó rápidamente y me di cuenta que él, iba hacia ella, pero no la había visto con el móvil Vicky, había sido más rápida.

Eso me había sonado a que no estaba con él, por decisión propia. Un rato después, se fueron, quise seguirlos, pero algo me dijo que no lo hiciera así que llevé a Benjamín a su casa y me fui a la mía.

Me costó coger el sueño, no entendía nada, pero estaba seguro que las cosas no estaban bien y eso me preocupaba mucho, no quería que por nada del mundo le pasara algo y mucho menos que estuviera viviendo una situación de peligro o algo parecido. Me estaba volviendo loco.

El domingo fue de vértigo, tirado en el sofá ni salí a la calle, cabizbajo con una sensación de dolor increíble, estaba de lo más triste. No podía soportar la idea de que ella estuviese sometida a algo que no quería. ¿Y si le pasaba algo? ¿Y si estaba realmente en peligro y yo no hacía nada?

Pensé y pensé, no dejé de hacerlo en ningún momento, no paraba de imaginar mil cosas, de planear como conseguir saber esa verdad, pero la verdad es que la única opción que tenía, era colarme donde desayunaba antes de trabajar y hablar con ella.

## Capítulo 13



Y ahí estaba yo ese lunes por la mañana, en aquella mesa del interior viendo como ella llegaba, se asombró al verme y vino hasta la barra donde yo estaba.

– No deberías...

– No me digas lo que debería o no, quiero saber que está pasando, quiero saber si estás con ese delincuente porque quieres o, porque te está obligando.

– Es algo del pasado, Omar, yo no quería volverlo a ver, pero tenemos algo en común que hay que dar carpetazo y créeme él, tiene el control – dijo con ganas de llorar.

– ¿Pero de qué se trata? Necesito saber para comprenderlo – dije agarrándole la mano – Quiero ayudarte.

– Si me quieres ayudar, espérame, pero no con otra, esa no es la forma, ni es justo.

– Pero tú, estabas jugando – dije con rabia.

– Estaba, ya no puedo seguir haciéndolo – comenzaron a caerle las lágrimas.

– ¿Sientes algo por mí?

– Nunca dejé de sentirlo, jamás. Me pasé el tiempo intentando olvidarte, a la vez que me preparaba para aparecer radiante ante ti, tenía el sueño de volver a recuperar aquel amor que quedó marcado para toda mi vida – no podía creer lo que me estaba diciendo –, y ahora aparece él, lo que más temía que sucediera. Solo te puedo pedir que confíes en mí y me dejes arreglar esto tan grave que me está sucediendo, dame tiempo – no dejaba de llorar.

– Vicky, déjame ayudarte, cuéntame...

– No puedo, mantente alejado por favor y si puedes, no me mandes esas señales – dijo intentando irse, pero la agarré.

– Dime que te espere y lo haré, pero prométeme que no me echarás de tu vida.

– Espérame, pero no te metas, por favor – se fue sin desayunar, llorando

como una niña chica y con el corazón en un puño.

¿Qué mierda estaba sucediendo?

Me fui al periódico pero directo a la oficina de David, necesitaba desahogarme así que le conté todo y se quedó alucinando.

– Pero, ¿en serio me estás diciendo qué está con un delincuente y encima hay algo detrás de esa relación?

– Me voy a volver loco...

– ¿Y cuánto tiempo se supone que debes de esperar?

– No lo sé, pero tampoco me voy a quedar de brazos cruzados.

– ¿Qué piensas hacer?

– Averiguar de qué se trata e intentar hacer todo lo posible por ayudarla.

– Pero ella no quiere que te acerques.

– No, pero tampoco tengo que acercarme – me levanté y me fui a mi despacho.

Lo primero que se me ocurrió fue llamarla al trabajo antes de acabar mi jornada laboral. La llamé a la centralita de su trabajo, era la encargada y no había problema, además, me podía hacer pasar por un cliente de esa firma.

La llamé y lo cogió ella.

– Disimula, soy Omar – dije en tono bajo como si me fuera a escuchar alguien.

– Hola, Gemma – dijo disimulando.

– Dime si nos podemos ver en algún sitio, por favor, tú pones la hora, el día, el lugar y allí estaré.

– Hasta el domingo no puedo – dijo en voz baja y tristonera.

– ¿Dónde nos vemos el domingo y a qué hora?

– El mismo día te mando un mensaje por la mañana, por favor, ten paciencia, no quiero complicar más las cosas.

– No te molestaré hasta entonces, pero por favor, no me falles.

– No lo haré.

Joder y era lunes, hasta el domingo ni la vería, ni tendría noticias de ella, eso me iba a partir en dos, algo me decía que aquello era mucho más que una atracción sexual, se estaba convirtiendo en mi obsesión, en todo aquello que quería negar, pero indudablemente estaba sucediendo.

Ese día fue un quebradero de cabeza, me costaba concentrarme. No salí de las instalaciones hasta las ocho de la tarde, comí y merendé allí, no daba mi

cabeza para ir muy ligero y no quería dejar el trabajo atrasado.

Cuando llegué a casa revisé su Facebook y el de Ernesto, no había nada puesto más que la última foto que él puso y que tanto dolor me causó. Vicky ya estaba menos activa en las redes que semanas anteriores por lo que había estado viendo, debía estar pasándolo mal y eso me partía el alma.

No sé cuántas veces maldije mi estampa antes de lograr conciliar el sueño aquella noche de lunes. Si algo pude comprobar es que eso de que el cansancio termina por rendirte, por muchos quebraderos de cabeza que tengas, es cierto. Ahora bien, creo que miré la hora en la pantalla del móvil cada cinco minutos hasta las cuatro y media de la madrugada.

Y ojalá no me hubiese dormido, las pesadillas fueron mis compañeras de cama. En pocas horas, la intuición de que Vicky estaba en peligro había pasado a convertirse en una realidad y la impotencia me estaba destrozando.

Soñé que me pedía ayuda desde el interior de lo que parecía ser una especie de neblina. Llegué hasta donde debía estar, a toda pastilla, pero no había manera de divisarla. Sus gritos de socorro me ahogaban a mí más que a ella y, de repente, pude ver un monstruo enorme y oscuro que la llevaba hacia él, dejándome allí, solo y atónito.

Mis propios gritos al llamarla me despertaron. Estaba empapado en sudor, las mandíbulas contraídas, igual que los puños, que me dolían de tanto apretarlos. Lo único que deseaba es que amaneciera y que la claridad del día arrojara algo de luz sobre aquel turbio asunto.

Como si hubiera puesto una especie de piloto automático y, casi sin pensarlo, me dirigía hacia la tienda en la que Vicky (ya no pensaba en ella como mi gatita, eso formaba parte del juego sexual) trabajaba.

Necesitaba verla entrar, saber que, aunque psicológicamente estuviera coaccionada y, por tanto, reventada, físicamente estaba bien. Paré a una distancia prudencial de la puerta.

Unos diez minutos después, llegaba ella. Para mi sorpresa, no en su coche, sino en uno de gama muy alta y cristales tintados que bien podía ser el de un mafioso estándar de película.

–Sí a las cinco. Eso es, voy a comer aquí, no saldré durante toda la jornada laboral–la escuché decir.

–Estaré aquí a esa hora. Si tienes que salir antes, avísame. Te llevo donde haga falta. Sabes que soy tu sombra–replicó o, mejor dicho, casi advirtió con cierta sorna una voz masculina desde dentro del coche.

–Hasta la tarde–musitó ella, en un tono de lo más abnegado.

–Hasta la tarde cariño y ya sabes, no hagas ninguna tontería– replicó de nuevo la voz masculina en un tono, que alarmaría a un muerto.

Tan pronto el coche se hubo marchado y ella se acercó a la puerta, pude oír la breve conversación que mantuvo con una de sus compañeras...

–¡Hola Vicky!

–Hola Raquel.

–Cielo, ¿te pasa algo? Parece que has visto un fantasma. Tienes muy mala cara. Y no es el primer día, ya son unos cuantos. Aunque pensándolo bien, ¿esa palidez? No estarás embarazada y me vas a hacer tita sin yo saberlo.

¡Lo único que me faltaba por escuchar! En ese momento, el que debió ponerse pálido fui yo.

–No, nada de eso, bonita. Es solo que...

–Es solo que no te entiendo. Estrenas chico que, por cierto, debe ser muy atento porque te acerca en el coche y te recoge... ¿Y tú con esa cara?

–Al final va a ser verdad eso de que, Dios le da pañuelo a quien no tiene nariz...

Por fin vi esbozar una ligera sonrisa en el rostro de Vicky que, por cierto, fue de lo más leve porque un segundo después, su rostro volvía a reflejar la preocupación de los últimos días. Mientras entraba en la tienda y, al observarla de lejos, noté que me arrebataban un trozo de corazón.

–¿Qué hay de nuevo, Omar? –dijo David, al verme llegar.

Pocas veces me había alegrado tanto de que mi fiel amigo me estuviese esperando, al pie del cañón, esta vez no entusiasta y curioso, sino con el modo “ayuda” activado.

–Acabo de verla y me duele el alma, amigo.

–No pude contarte ayer, pero el caso es que hablé con ella y confirmé nuestras peores sospechas. Está coaccionada y no poco. Y lo peor es que no tendré oportunidad de verla antes o...

–¿O qué? –preguntó David, contrariado.

–O la pondré en riesgo, amigo. Te garantizo que, si le pasara algo por mi culpa, yo...yo no sé lo que haría.

No me dio tiempo a articular ni una palabra más cuando sentí aquel abrazo reconfortante. David parecía emocionado y su “sabes que estoy contigo a muerte, ¿verdad?”, me dio fuerzas para afrontar la dura mañana de trabajo.

–Buenos días, Omar.

–Buenos días, Sara. Por favor, ¿puedes venir a mi despacho y hacerme un

breve recordatorio del planning de trabajo para hoy?

–Cómo no.

Al llegar a mi comfortable sillón creo que casi debí tirarme, más que sentarme, como quien se asoma a un precipicio y, por inercia, da un paso al frente.

–Omar, ¿está bien?

–Sí, Sara, gracias.

– No es que, me parecía...

–¿Qué Sara? –respondí algo despistado.

–Perdone si soy inoportuna, pero al no escuchar ninguna de sus típicas bromas mañaneras, y ver su cara...

–No me pasa nada, Sara, muchas gracias. Y tienes razón, se me ha ido el santo al cielo, pero vamos, pierde cuidado, estás tan guapa como siempre.

Aunque no tenía ni un ápice de ganas de bromear, entendí que era mejor quitar algo de hierro al asunto y dar apariencia de naturalidad.

Sara, tan eficiente como era de prever, me hizo un breve repaso y lo cierto es que mi objetivo de aparentar que no pasaba nada se vio truncado cuando, sin comerlo y sin beberlo, la interrumpí.

–Álvaro..., búscame su teléfono por favor, Sara. Es urgente–le interrumpí dándole el nombre y apellidos de mi amigo.

– ¿Perdón? –respondió ella, un tanto sorprendida.

–Siento haberte interrumpido Sara, pero llevaba con ese nombre en la punta de la lengua desde que me he levantado y por fin me ha venido a la mente. Localízalo por favor, es inspector de policía. Y pásame su número.

–No pasa nada, Omar–me pongo a ello.

–Gracias. En cuanto lo tengas...

–Se lo paso, por supuesto.

Álvaro y yo habíamos sido compañeros de promoción hasta que entramos en la universidad. Cursamos todos nuestros estudios en el mismo centro, que englobaba todas las etapas, por lo que compartimos aula desde los tres hasta los dieciocho años.

Hacía tiempo que le había perdido la pista y no tenía su último número de teléfono. Resultan increíbles las malas pasadas que juega la mente porque, la tensión acumulada en los últimos días, había hecho que tardara unas horas en recordar su segundo apellido.

No pasaron ni cinco minutos cuando Sara tocó de nuevo en mi puerta, preguntando si podía pasar.

–Aquí lo tiene Omar, y sí, en el caso de que se lo esté preguntando, está destinado aquí en la isla–dijo, con cara complaciente.

–Un millón de gracias, Sara. Te he dicho alguna vez...

–Sí que cómo...–se aventuró a contestar ella, pensando en repetir nuestra típica retahíla de bromas mañaneras.

Pero aquel día, mi ánimo no era el mismo y, en la adversidad, valoras más que nunca a la gente que tienes contigo.

–No, Sara, no era a eso a lo que me refería–volví a interrumpirla, pero esta vez aposté–. Lo que en realidad quería preguntarte es si te he dicho alguna vez que considero que es una gran suerte tenerte en mi equipo.

–Vaya, gracias... –contestó ella, un tanto sorprendida por mi repentino ataque de sinceridad.

Y no era la única. Yo mismo me quedé un poco perplejo. Aunque procuraba tratar genial a todo mi personal, en ese sentido, era hombre de pocas palabras, no muy dado a los elogios. No cabía duda, aun en los peores momentos, Vicky me estaba cambiando y estaba sacando a marchas forzadas mi mejor versión.

–¡Buenos días, Álvaro! ¡Cuánto tiempo...!

–Mucho, Omar. ¡Qué alegría me da escucharte! Estamos de lo más perdidos.

–Y tanto... Lo siento por la parte que me toca y encima vas a pensar que solo me acuerdo de Santa Bárbara cuando truena, porque el caso es que te llamo para pedirte un favor...

–Lo que quieras y cuando quieras. Soy todo oídos...

–Vaya por delante que no quiero ponerte en un compromiso, pero, ¿si te paso un nombre, me echarás un cable para saber de qué pie cojea? Aunque por lo que ya sé, se trata de un auténtico pájaro de cuidado...

–Te propongo algo, dame el nombre y comemos juntos. Por supuesto te comentaré hasta dónde mi confidencialidad profesional me lo permita, pero en la medida que pueda ayudarte, dalo por hecho.

–Un millón de gracias, amigo.

–A mandar. Suelta ese nombre.

Y la voz que puso Álvaro al escucharme recitar el nombre completo de Ernesto, me confirmó que Vicky, estaba envuelta en una espiral peligrosa de la que tendría que hacer todo lo posible por sacarla.

–Luego te cuento porque además es vox populi. Solo dime una cosa, ¿no tendrás nada que ver con este tipo? –preguntó con aire muy preocupado.

–Me temo que algo sí–respondí de lo más consternado.

Concretamos hora y sitio y he de decir que los dos estuvimos allí como un

clavo. Una vez nos saludamos, tomamos asiento y pedimos la comida, empezamos a hablar.

–Dime por favor qué te une a esta persona por la que me has preguntado– dijo, casi compungido.

–A mi directamente nada Álvaro, pero sí a una buena amiga–contesté pensando que, lo de “una buena amiga”, no me lo creía ni yo.

–Solo, “¿una buena amiga” te hace tener esa cara de muerto, compañero? – añadió sin demora.

–Bueno, tú sabes, aún no lo tengo claro...

–Te voy a dar un consejo –añadió decidido–. Aléjate de todo lo que tenga que ver con el círculo de Ernesto de Mendoza. Si esa chica está con él, no hace falta que te recuerde eso de que “dime con quién andas y te diré quién eres”.

–No, Álvaro. No es así. Ella no está con él, por decisión propia.

–¿Quieres decir que la tiene retenida en contra de su voluntad o algo parecido? Porque sobra decir que soy policía y en ese caso, voy a intervenir.

–No, evidentemente no llega a tanto la cosa, Álvaro. Es, como si de repente le hubiera arrebatado la voluntad. Teníamos un juego de lo más seductor, que hemos cortado, pero no es eso lo que me importa. Lo que me importa es que esa decisión y otras muchas no parece estar tomándolas desde la libertad. Es como si él la coaccionara –terminé soltando.

–Justo esa es su especialidad, amigo, “coacción” es el segundo nombre de ese tío. Un auténtico elemento. Es conocido en todos los círculos delictivos de la isla.

–Sí, sí, ya me ha puesto en antecedentes un compañero de la redacción.

Es muy probable que, si tu amiga tiene alguna cuenta pendiente del pasado con él, a su salida de prisión pretenda cobrársela. Debes estar de lo más atento y, si en algún momento interpretas que ella corre peligro, tendrás que decírmelo e intervendré, quieras o no.

No podía meter a Vicky en ese lío. A ver, es cierto que no parecía ella en los últimos días y que el tal Ernesto, daba la impresión de estar manipulándola, pues la alegría que la caracterizaba parecía haber cogido el pasaporte, pero de ahí a alertar a la policía... Quizás fuera peor el remedio que la enfermedad y encima ella, no me lo perdonase nunca, por metomentodo.

Seguiría investigando por mi cuenta. Nos despedimos con un fuerte abrazo.

–¿Me prometes que me pondrás al corriente si hay alguna novedad sospechosa, Omar? –preguntó en tono decidido.

–Te lo prometo, Álvaro–contesté mientras me iba alejando. ¿Sería capaz de

cumplir aquella promesa?

A las cuatro y media salí de la oficina y me dirigí hacia el trabajo de Vicky nuevamente. Tuve la precaución de pedirle su coche a David, por si acaso el hombre de esa mañana (que tenía que ser por fuerza Ernesto) caía en la cuenta de que un deportivo tan llamativo como el mío volvía a estar allí.

Todas las precauciones serían pocas para intentar averiguar por qué Vicky, no podía volver a mis brazos libremente, como ahora sabía que deseaba.

El encuentro a la salida fue muy rápido. No escuché que intercambiaran ni una palabra. Cuando ella salió a las cinco en punto, el mismo coche la esperaba en la puerta. Se subió y el conductor arrancó. Mi preocupación aumentaba por momentos.

–¿Cómo ha ido, amigo? –preguntó David, mientras volvía para devolverle las llaves de su coche.

–Bastante mal–acerté a contestar.

–¡Será bastardo el tal Ernesto! –soltó David.

Desde luego, vaya si tenía buenos amigos, porque le había salido del alma.

–¿Quieres una copa? –preguntó, mientras me daba una palmada en el brazo.

–No veas si te lo agradezco, pero tengo que pensar. Prefiero irme a casa, mañana te veo–respondí agradecido.

–Y, ¿no podemos pensar juntos? –insistió.

–Va a ser que no, pero te lo agradezco a tope–le dije, con una sonrisa franca.

–¿Sabes lo que te digo? –añadió al despedirse.

–Dime, amigo–respondí, intuyendo que su respuesta iba a ser de mi agrado.

–Pues que esto va a terminar, más pronto que tarde. Entonces Vicky, tú un pibonazo que me ligue y yo, vamos a salir a corrernos una juerga de esas de padre y muy señor mío. Anótalo en tu agenda pija de ejecutivo, Omar–sentenció con ese arte que le salía a borbotones.

Por mi parte, una sonrisa agradecida por respuesta y el deseo de que ojalá, tuviera razón.

La noche del martes tampoco es que fuera para tirar cohetes, precisamente. En honor a la verdad, caí rendido algo antes que la anterior, a eso de las tres de la mañana, después de haber dado una y mil vueltas mentales a cómo habían transcurrido los últimos días, en busca de algún detalle que esclareciera un asunto que no podía tenerme más preocupado.

El miércoles decidí cambiar la estrategia. Una reunión con un inversor me obligaría a salir de la oficina a la una de la tarde, de forma que, en torno a las dos, podría estar en las inmediaciones del trabajo de Vicky, para echar un

vistazo.

–No tienes buena cara, amigo...–dijo David, dándome buenos días.

–Yo también te quiero–respondí algo malhumorado.

–No pretendo hacerte sentir mal, sabes que me preocupas y no poco...–respondió desconcertado.

–Perdóname David –contesté cabizbajo–. Solo faltaba que pagaras tú este humor de perros que me acompaña todo el día.

–A las buenas y a las malas, amigo–respondió sonriente–. Ya sabes que gente para salir de fiesta, sobra. Los amigos de verdad estamos a todas y, si nos tenemos que comer algún marrón de paso, pues nada, son gajes del oficio.

–Gracias David–respondí mientras le daba un sincero apretón en el brazo–. Venga, vamos a trabajar o, te lo advierto, este mes no cobras–volví a decir con toda la ironía que me caracteriza.

Tan pronto terminé la reunión me dirigí raudo hacia el centro, donde estaba situada la tienda de Vicky. Aparqué el coche un par de calles atrás, con idea de que, si alguien estaba al acecho, no se pusiera en guardia.

A las dos la vi salir con Raquel y dirigirse hacia el mismo bar donde solía desayunar, donde nos habíamos visto la mañana del lunes y en el que también servían menús.

Lo cierto es que me constaba que era un cambio de hábitos más porque ella, para almorzar, solía ir a uno que estaba a unos cinco minutos andando de su lugar de trabajo. Parecía como si alejarse un poco más, fuera algo que no le estuviese permitido.

Me había pedido que me mantuviese al margen y lo hice. Moría por llegar a su altura, rodearla con mis brazos y decirle que no estaba sola, que mi pensamiento estaba con ella todo el día y que deseaba con todas mis fuerzas que, aquello que la retuviese junto a aquel tipejo, acabara y todo volviera a ser como antes.

Inmerso en ese pensamiento, volví a coger el coche como un zombi y llamé a Benjamín.

–Hola campeón, no tendrás una hora para ir a comer–le dije, casi sin carburar si con esa petición lo estaba poniendo en un aprieto en un día laboral.

–Y dos y tres, si te hacen falta hermano–contestó raudo y veloz.

–Eres único. ¿Paso ya a recogerte?

–Te espero en diez minutos.

Tan pronto se hubo subido en el coche, decidimos dónde ir y comenzamos a charlar.

–¿Cómo estás, Omar? Estoy preocupado por ti no, lo siguiente–dijo en voz baja, como si alguien nos estuviera escuchando.

–Habla más alto amigo, no tenemos a Nadia pisándonos los talones, al menos no de momento–respondí con una leve sonrisa.

–Lo sé, lo sé. De todos modos, es que esto es una paranoia. Yo no me he visto en otra así, nunca–dijo con tono resignado.

–Dímelo a mí. No como, no duermo, no vivo. Y sí, lo único que me faltaba es que vinieran unos matones a pegarme una paliza.

–¿Por qué lo dices? ¿Te has metido en algún lío? –preguntó con los ojos fuera de las órbitas.

–No, no he hecho nada, tranquilo, pero... ¿Te parece poco el circo que se ha montado en mi vida, sin comerlo y sin beberlo?

–Entiendo, entiendo, pero no me has respondido, ¿cómo lo llevas?

–He tenido días mejores, campeón. Tengo que contarte... Ayer vi a Álvaro, ¿te acuerdas de él?

–¿Al poli? ¡Cómo no acordarme! ¿Y...? –dejó la pregunta en el aire.

–Nada bueno, Benjamín–solté en tono amargado.

Durante el resto del almuerzo lo puse al corriente de todo y comprobé que uno se siente mejor cuando comparte sus cargas. Nos despedimos con un efusivo abrazo y con la promesa de llamarle en cuanto supiera algo o, si necesitaba cualquier cosa.

De camino al trabajo volví a pasar por delante de la tienda. Era como si aquel establecimiento tuviera un imán que me obligara a acercarme a él, fuera cual fuera mi destino.

Al llegar a la altura del escaparate bajé el ritmo y pasé muy lentamente. Tuve ocasión de verla en el interior, con su estilo propio e inconfundible, dando las pertinentes instrucciones al resto de sus empleadas. Quien no la conociera no tendría por qué sospechar nada. Sin embargo, yo, que estaba enganchado a su sonrisa, sí la echaba de menos y mucho.

–¿De dónde vienes, alma de cántaro? –me dijo David, que justo entraba en ese momento en el edificio– Te he buscado para comer, pero obviamente, no estabas.

–Lo siento, debí decirte. No estoy muy atento a nada estos días–respondí sin demasiada energía.

–No hace falta que lo jures. ¿Un cigarrillo?

–Sí, te iba a decir lo mismo.

La tarde de trabajo me pesaba como una losa y la falta de concentración

comenzaba a hacer mella en mi trabajo. Pensé que era mejor excusarme en el hecho de no encontrarme bien, que dejar las cosas a medias y que alguien tuviera que enmendar la plana. Decidí dar carpetazo al trabajo por ese día y salir zumbando al gimnasio.

La paliza del entreno me vino fenomenal. Cuando eché mano a la bolsa y cogí el móvil, vi que tenía varios wasaps. Aunque sabía que Vicky no entraría en contacto conmigo hasta el fin de semana, recé para que alguno fuera suyo. No hubo suerte. Eso sí, otra chica se estaba acordando de mí. Era Nadia.

“¿De nuevo te has dado a la fuga, Omar?”

A punto estuve de pasar a verla. Recapacité y me di cuenta de lo ridículo de la situación. Nadia estaba por mí. ¡Sería la bomba ir a contarle mis penas a causa de otra chica!

Camino de casa pensé que me iba a volver loco encarando otra noche así. Tan pronto como llegué, me duché, me senté y me dispuse a echar un vistazo en Facebook.

El de Vicky estaba muerto, para no variar, últimamente. El de Ernesto, tampoco es que diera demasiadas pistas, pero llamó mi atención un comentario que, días después, acababa de poner un amigo suyo a la foto aquella que subió con Vicky y que tan mal me sentó.

Su amigo decía: “¡Enhorabuena! Por fin tienes lo que querías...”

Y él respondía altanero: “¿Lo dudabas?”

Sentí hasta náuseas. Hablaba de Vicky y la exhibía como si fuera un trofeo.

No lo pude soportar. Pillé el teléfono y llamé a David y a Benjamín. Necesitaba una copa esa noche y la compañía de un buen amigo, o de dos. Así fue, porque no tardamos en quedar los tres en el mismo bar donde unas noches atrás, coincidimos todos.

–Perdonad tíos, no debí molestaros un día entre semana, pero es que...

–Pero es que, déjate de gaitas–dijo Benjamín–. Estaba deseando volver a saber de ti.

–Y yo también–añadió David–. Me está sabiendo a poco esto de trabajar contigo. A lo mejor sí que es buena idea eso de que seamos pareja–añadió con tono burlón.

–Calla, calla, que solo de imaginarlo me estoy poniendo fatal–repliqué sin pensar.

–Vaya, ¿tan mal estoy? Vale que no me he afeitado, pero ha sido tu culpa. Si me hubieras avisado con tiempo, me habría arreglado para una cita como es debido–dijo de nuevo, con ganas de buscarme la lengua.

–No, no estás tan mal. No eres tú, soy yo–dije en tono de mofa–. Es que no eres mi tipo.

–Ahora en serio, Omar. ¿Cuál es el plan? ¿Qué tienes pensado? –preguntó Benjamín, con gesto serio.

–Beberme un copazo, amigo y si mañana no tuviera que trabajar, bebería hasta olvidar...

El brindis era obvio. Me salió del alma, ¡Por Vicky!

De repente, un nuevo wasap de Nadia, volvía a hacerme sentir todavía peor, si es que eso era posible:

“Ya ni contestas, desde luego... debo estar perdiendo facultades”.

Y de nuevo pensé para mis adentros la misma broma que le acababa de gastar a David, pero esta vez en serio. “No eres tú Nadia, soy yo”. El caso es que mi cabeza era el caos y no acerté a contestarle nada.

–¿Qué pasa, Omar? –dijeron los chicos, casi al unísono.

–Es Nadia y...

–¿Y se te queda esa mala cara por recibir un wasap de semejante monumento? –rieron, con ganas de romper un poco el hielo.

–Es solo que... ojalá fuese Vicky, quien me pidiera que fuera a verla ahora mismo. Tampoco quiero jugar con Nadia. En estos momentos, estoy un poco escaldado de juegos y ya sabéis que, lo que no quieras para ti, tampoco para el resto...

De lo poco que recuerdo es que, a la primera copa siguió la segunda y luego la tercera... Los chicos me decían que tocaba retirada, pero yo estaba como un alma en pena y encontré esa noche refugio en el alcohol. No quería volver a lo de las noches anteriores.

En mi mente está el fogonazo de las luces de las farolas al volver a casa en taxi. Y la voz de David, diciéndome que no me iba a dejar así solo, que se quedaba conmigo.

Eso de genio y figura, debe ser verdad porque al día siguiente me contó que, según me ayudaba a meterme en la cama, le dije... “Oye, esto no significa que al final vayas a querer algo conmigo, ¿no?”.

La luz del día me devolvió a la realidad. Eso y el intensísimo dolor de coco que sentía. Miré a mi alrededor y divisé a David en el sofá. << ¡Eso es un amigo!>>, pensé, y lo demás son tonterías. Se quedó él y no Benjamín, porque así podríamos salir juntos para el despacho.

–Buenos días, “bello durmiente”– me soltó y sus palabras se me clavaron en las sienes.

–¡Calla, calla! –le espeté–¡No chilles!

–¿Quién está chillando? Venga quejica, una buena ducha te vendrá de perilla.

De camino al trabajo pasamos por la puerta de la tienda, ¡cómo no! Para colmo de mi preocupación, a la hora esperada, Vicky no llegó. David empezó a impacientarse.

–Omar, que yo te entiendo, pero es la hora...

–¿Y? –contesté, con algo de malas pulgas.

–Que yo nunca he llegado tarde al trabajo.

–Tranquilo. Creo que a tu jefe no le va a importar mucho–dije con certeza absoluta.

Por lo visto ni siquiera había caído. David tenía sus faltas, como las tenemos todos, pero era de lo más formal en el trabajo.

–Es verdad –contestó–. Bueno, pues nada, yo no rechisto más, que ya se sabe que donde hay patrón...

Media hora después Vicky no había llegado y yo se lo estaba haciendo pagar a mis pulmones. No sé cuántos cigarrillos me había fumado ya y eso, unido a la resaca, me estaba matando...

Por fin llegó el coche de Ernesto y abrí los ojos como platos. No sabía a qué carta quedar porque, después de haber llegado tarde, Vicky seguía sin salir. Y ya llevaban dos minutos allí.

Al fin se abrió la puerta y la vi bajarse. El corazón me latía tan fuerte que parecía que se me iba a salir del pecho. Tanto es así, que me dio corte que David pudiera notarlo, aunque cuando volví en mí, caí en que eso era imposible.

–Tiene mala cara, ¿verdad? –fue lo único que acerté a preguntarle.

–A ver Omar, no es por preocuparte más, pero muy buena no la tiene, si te soy sincero– contestó David, en tono bajo.

–Pierde cuidado, amigo, ya más es imposible–dije mientras ponía el motor en marcha y me disponía a alejarme de aquel escenario lo más rápido posible.

–Buenos días, Sara–dije al llegar a su altura.

–Buenos días, Omar–respondió con su alegre tono mañanero.

–Sara, una cosa... Hoy tengo temas pendientes importantes que resolver. Por favor, quiero que suspendas mi agenda y que no me pases ninguna llamada, a ser posible.

–Naturalmente Omar, así lo haré.

A mediodía bajé con David, a tomar un tentempié y creo que, pese a sus muchos intentos, no logró sacarme ni una sola sonrisa. Además, la cabeza me dolía a rabiar y solo deseaba que pasaran las horas.

Un nuevo wasap me sacó de la rutina. Ya lo suponía y no tardé en confirmarlo. Era Nadia.

“Veo que no quieres contestar y tus razones tendrás. Lo único que deseo es que estés bien. Cuando te apetezca, ya sabes que te espero, al menos de momento...”

Esa última coletilla sonaba a, “empiezo a perder la paciencia” y razón no le faltaba. Pese a todo, no moví ni un dedo. El pasotismo respecto a Nadia, estaba inclinando la balanza a favor de Vicky, aunque yo no estuviera reparando excesivamente en ello.

La llegada de la noche fue, por una parte, un suplicio, ante la sospecha de que iba a ser larga, pero, por otra, un alivio. Cuando me despertara sería viernes y eso solo significaba una cosa, llegaba el fin de semana y con él, las ansiadas noticias de Vicky.

## Capítulo 14

Viernes, por fin, olía ese fin de semana, olía a ganas de domingo, a ganas de Vicky, a verla...

Ese día como siempre, David estaba en el rellano.

– ¿Vamos a salir esta noche? – preguntó ante mi asombro.

– Al final le vas a coger el vicio a esto de salir.

– Ya te digo...

– Pues podríamos sí, paso de quedarme toda la noche comiéndome el coco, la verdad es que no paro de darle vueltas a la cabeza y eso no me hace bien.

– ¿Vas a llamar a Benjamín?

– Claro, ahora lo hago.

– ¿Hablaste con Nadia?

– No, pero ahora lo haré, no me gusta cómo me estoy comportando.

– Es muy buena mujer.

– Demasiado. Bueno... – Le di un golpe en la espalda– Vamos hablando.

Entré en mi despacho y me puse a trabajar, Sara apareció con un café.

– Buenos días, prueba esto – dijo poniendo la taza en mi mesa. (Por fin había logrado que me tuteara).

– Buenos días, ¡que sorpresa! – sonreí.

– Me trajo mi tío de París unas cápsulas de vainilla y la traje para hacértela en la cafetera de la sala de reuniones.

– Gracias por acordarte de mí – levanté la taza y di un sorbo –. ¡Por Dios!, es el mejor café que he probado en mucho tiempo. ¿Tenemos forma de conseguir

cápsulas de estas?

- Sí, tengo los datos de la tienda, seguro que nos la envían.
- Pide una buena caja con cien o doscientas unidades, esto está de vicio.
- Lo haré – sonrió.

Se fue y me quedé ahí con ese sabor de boca tan rico y aproveché para llamar a Benjamín...

- Monstruo, esta noche fiesta con David.
- ¡Eso está hecho! – rio.
- A las diez en tu casa.
- Perfecto.
- Yo me encargo de recoger a David.
- Vale.

En ese momento le colgué por qué tenía una llamada de mi amigo el policía, me quedé en shock. ¿Tendría noticias?

- Buenos días, hermano – dije en tono simpático.
- Buenos días, Omar. ¿Estás en el trabajo?
- Así es, ¿pasó algo?
- Voy para allá y me invitas a un café.
- ¡Claro...!

Me quedé pensativo, los huevos de corbata, no sabía yo si era fuerte lo que me quería decir, pero para que viniera a buscarme y todo, algo grave debía pasar. Se me hicieron los minutos horas, pero un rato después ya estaba ahí.

Le di un abrazo y le pedí a Sara que trajera unos cafés cuando lo viera, no tardó ni dos minutos y ya estaba con ellos.

- Cuéntame, ¿hay novedades?
- Le tenemos pinchado el teléfono.
- ¿Y...?
- Vicky está pagando la deuda de su hermana.
- No entiendo, su hermana murió.

– Pues por eso, pidió un préstamo de estos privados y con su muerte se puso la deuda mucho más alta y no dejará a Vicky hasta que lo pague, esos préstamos son privados e ilegales. Esta noche hay una redada y vamos a por él.

- Demasiada información– cogí aire– ¿De cuánto se trata lo que debe pagar?
- Eso es ilegal, ella no tiene que pagar esa deuda, pero esto es una mafia y la tienen amedrentada.

- ¿Pero de cuanto se está hablando?
- Escuchamos decir cincuenta mil euros. Sé lo que se está pasando por tu cabeza, no puedes pagarlo, después pueden venir a por ti y exigirte otras cosas, de todas maneras, esta noche hay una redada, pensamos que podemos pillar drogas, armas y mandarlo varios años más a la cárcel.
- Y cuando salga irá a por ella y la deuda será más grande.
- No lo hagas... – me advirtió.
- Necesito sacarla a ella de esto – mi tono era de dolor.
- Vamos a ver qué pasa esta noche y mañana pensamos en algo.
- Está bien...

Se fue y tal como salió de la oficina llamé a la tienda de Vicky, sabía que me había pedido que hasta el domingo no hiciera nada, pero no podía.

- Dime Gemma, soy Omar.
- Hola, Omar ¿Qué tal estás?
- Sé lo que está pasando y yo tengo el dinero aquí, no me hace falta ni ir al banco, quiero hacértelo llegar hoy mismo, que pagues los cincuenta mil euros y te lo quites de encima.
- No hagas eso, hoy me responden de un préstamo, estoy rehipotecando mi casa.
- No hagas nada, el dinero lo pongo yo.
- No puedo aceptarlo, Omar.
- Vicky, llámalo y dile que tienes el dinero, hazme caso, dile que vas con un abogado a verlo en la notaria de Estancia, allí te esperará el notario para cancelar la deuda. Te pido que lo hagas, a la una, sales un momento de tu trabajo, son las once, te da tiempo, te mando a alguien de mi equipo legal.
- Omar, no quiero que estés metido en esto.
- Hazlo tú o lo hago yo...
- Está bien– dijo llorando.

Llamé a Federico, el de contabilidad y le dije que contara lo que había en la caja fuerte, no tardó en llamarme.

- Setenta mil euros, ¿Quieres que lo lleve al banco?
- No, quiero que me prepares un sobre con cincuenta mil euros y lo traigas a mi oficina.
- Ahora mismo.

Llame a mi equipo de abogados y me dijeron que no me preocupara que uno de ellos recogía el dinero y a la una, prepararían la cancelación en notaria.

El problema de aquello es que eran prestamos “ilegales” por el alto interés, pero estaba registrada la deuda y Vicky, no se podía meter en denuncias pues podría aparecer tirada en una cuneta y eso no lo iba a permitir. La deuda de su hermana fallecida había pasado a ella por qué a Ernesto, le salía de los cojones cobrarla, por lo demás no le interesaba para nada Vicky.

Sonó mi teléfono y era Vicky.

– Ya le dije lo de notaria, van a estar allí.

– Pues vas, mi abogado te espera a las doce y media en la puerta de tu trabajo, irás con él, se encargará de todo.

– Esto te lo pienso devolver.

– Sal de esa, por favor, no te preocupes por lo demás.

La cosa salió de lujo, los abogados me llamaron diciendo que estaba todo pagado y cancelado y que ya habían dicho que no la molestarían más, que ya no tenía nada que les interesara.

Vicky había vuelto al trabajo y me volvió a llamar agradecida, le dije que fuera esa noche para mi casa, a pasar el fin de semana, aceptó feliz.

Hablé con David y con Benjamín, cambiamos planes y quedé con ellos para comer, los puse al día de todo y decidieron esa noche, salir ellos. Yo iba a esperar a mi Vicky, en casa. Me fui al super, pues eran las cinco de la tarde y a una floristería donde quedaron en llevarme más tarde a mi casa todos los encargos, compré varias cosas para esa velada.

Puse el jardín precioso, había comprado marisco, una ensalada de pasta italiana del super, que la hacían al momento y estaban deliciosas, tenía buenos vinos en casa y me pasé por un sex-shop. Iba a secuestrar todo el fin de semana a mi Vicky y esta vez la quería cien por cien para mí.

Llegaron los de la floristería e hicieron un pasillo de flores por mi casa desde el parking hasta donde estaba la mesa.

Preparé todas las bebidas fuera, en un rincón que tenía para ello, aquello estaba precioso y listo. Puse la mesa con los vinos a las nueve en punto, sabía que en cualquier momento iba a llegar, además, le dije que trajera todo para pasar el fin de semana conmigo.

Cuando llegó en su coche y se bajó, salí andando hacia ella, estaba preciosa, con un vestido negro que la hacía de lo más sensual, nos abrazamos y comenzó a darme las gracias llorando.

– No quiero saber nada sobre ello, no quiero que hablemos, quiero disfrutar de que estás aquí y esta vez no quiero perderte.

– Ni yo – me abrazó rompiendo a llorar aún más. La cogí en brazos y la llevé a la mesa mientras me comía a besos.

Estaba feliz, la amaba, no me podía seguir mintiendo a mí mismo. Vicky estaba con el rostro más relajado, tomando vino y comiendo, cuando terminamos de cenar retiré todo y nos pusimos en una mesa alta que tenía, con dos taburetes a tomar copas y escuchar un poco de música latina que tanto le gustaba.

El momento estaba perfecto, estábamos achispados, serví dos copas y me puse detrás de ella que estaba sentada sobre el taburete, la abracé por detrás y metí mi mano sobre su zona húmeda, estaba deseoso de ella, deseoso de perderme en su cuerpo y jugar de verdad. Quería mi premio y ese, lo tenía ahí, abriendo sus piernas para dejar mis manos entrar y perderme dentro.

Le levanté el vestido un poco hasta su cintura y jalé de sus bragas para quitarlas, se me estaba acelerando la respiración. Ella echó su cabeza hacia atrás, sobre mi hombro y abrió sus piernas, pude introducir dos dedos y notar esa humedad que me volvía loco, con la otra mano por debajo del vestido acaricié sus pechos, los apreté estaba volviéndome loco.

– Espera aquí – dije sacando los dedos y entrando a coger todo lo que había comprado en esa tienda de juguetes eróticos – deja la ropa a un lado – dije haciéndole entrever que la quería desnuda.

Afirmó con la cabeza y fui a por todo eso que quería probar en su cuerpo, volví y puse la bolsa sobre mi banqueta que había colocado a sus espaldas.

– ¿Quieres jugar? – pregunté desde atrás, en su oído.

– Hagámoslo...

– Eso me puso como un toro de Miura, le puse una corbata sobre sus ojos y la dejé a ciegas.

La hice girarse y ponerse mirando hacia mí, con ese cuerpo celestial que hacía perderme en la locura de mis pensamientos, quería hacer todo a la vez.

Le abrí las piernas que las tenía puestas en una madera de la silla, quedó totalmente expuesta ante mí, la saqué un poco al borde, pero pegué su silla a la mesa alta para que apoyara su espalda.

Me puse un poco de gel lubricante en mis dedos y se los introduje en su parte

húmeda, resopló de placer.

– Ábrete para mí – dije y ella abrió más sus piernas.

Cogí un juguete de esos, vibrador, le puse gel y se lo metí dentro.

– ¡Joder...! – dijo resoplando de placer.

– Abre más Vicky – exigí.

Ella se dejó caer un poco hacia atrás.

La cogí en brazos con aquello dentro y la eché sobre una hamaca, le puse los pies ligeramente doblados y abiertos y la dejé allí ante mí.

– Quiero hacerte disfrutar, lentamente, que sientas cada subidón de excitación.

– Haz todo lo que quieras, quiero jugar – soltó el aire y le di al mando de aquel vibrador que se puso en marcha y la hizo encogerse hacia atrás de placer y abría más las piernas. Era impresionante como estaba entregándome esa parte para que jugara con ella.

Me volví a poner gel en uno de mis dedos y fui directamente a esa zona prohibida donde muchas mujeres no querían que las tocaran, pero ella no puso impedimento, se agarró a la hamaca y se abrió más.

– Avísame si te duele – introduje mi dedo con cuidado.

– Haz lo que tengas que hacer, yo lo aguantaré, estoy deseando – dijo con voz entrecortada.

Fui metiendo mi dedo hasta conseguir que entrara del todo, aquel vibrador estaba ayudando bastante a mantenerla excitada y lo de atrás después de un gemido de dolor, se calmó y comenzó a respirar de alivio y de placer, más aún si podía.

Saqué el dedo y le quité el vibrador para que quedara más suelta, ahora quería ponerle una especie de dilatador detrás, quería prepararla para hacerla mía por ambos lados, quería abrirla lo suficiente como para que pudiera sentir ese placer que yo le quería proporcionar.

Yo estaba sentado al filo de la hamaca, entre sus piernas, le metí un cojín debajo de su culo para que quedara más alta y yo pudiera trabajar más en esa zona.

Le puse un poco de lubricante en la entrada, bueno, de poco nada, un buen pegote.

Puse en la entrada un aparato especial para eso, además, era buen material, me había costado un pastizal.

– Agárrate fuerte – dije cuando lo coloqué al principio y ella, con sus manos apretó los laterales de la hamaca.

Comencé a meter eso y a girarlo para que fuera abriendo camino, ella chillaba, pero no era solo dolor, iba acompañado de un placer desmesurado que la estaba haciendo volverse loca.

Una vez dentro, aquello tenía un hueco en el centro, metí una goma que iba con un gel que al presionar le dejaba líquido dentro, sintió alivio, abrí un poco más.

– ¡Ya! – dijo para que no dilatara más.

– ¿Bien?

– Sí – soltó de nuevo el aire.

Lo saqué y ya pude poner el vibrador anal a la entrada de su orificio, ella se relajó de nuevo, era perfecta aquello la hacía sentir bien, le gustaba ese juego y yo lo podía notar.

Lo metí hasta dentro, poco a poco, buscando que se ahuecara y ella se relajaba como una campeona, sin cerrar las piernas. Se movía un poco, pero nada descomunal, me estaba impactando ver como se dejaba llevar por ese momento tan placentero.

Estuve un rato jugando con aquello en su interior, hasta notar que ya estaba bien dilatada y suelta. Se lo dejé colocado y me levanté, me senté a un lado de ella mirando su rostro tapado por una de mis corbatas.

Toqué sus pezones con mis dedos y comencé a jugar con ellos, luego le puse un poco de gel y lo extendí provocando que se pusieran erectos, aquellos estaban duros, saqué dos succionadores de pecho y los coloqué en cada uno, con una cuerda atada, que jalé, provocándole un gran gemido.

– Méteme algo por delante – dijo refiriéndose a su vagina, el culo ya lo tenía ocupado.

– Déjame ver que hay por aquí – miré todos los objetos y vi unas bolas que eran perfectas para ese momento.

Se las metí y ella se abrió sin dudarle, dejando facilidad a todo aquello que estaba haciendo. Soltaba gemidos que me hacían sentir que estaba consiguiendo que el placer estuviera ahí presente sin dar tregua, le tiré de la cuerda de los pezones mientras metía esas bolas y la volví loca.

Encendí el vibrador y comenzó a chillar ahora de forma desmesurada, agarrándose a cada parte de la hamaca, eso en el ano moviéndose, además de las bolas en su vagina, la habían hecho llegar a una sensación inimaginable para los dos.

Me puse entre sus piernas de nuevo, con mi cara en sus partes y mis manos aguantando sus caderas para que no se moviera, comencé a lamer su clítoris con mi lengua y ella cada vez chillaba más, hasta que conseguí que llegara a un brutal orgasmo y cayera desmadejada y sin fuerzas sobre esa hamaca.

Le saqué todo con cuidado, menos lo de los pezones y la corbata de sus ojos, la levanté y me la llevé a la mesa alta, quité las copas y la dejé caer ahí, estaba de pie y su torso sobre ella.

Le abrí las piernas, me puse gel en la punta de mi miembro y la embestí por detrás, ella saltaba de dolor, de placer, yo la aguantaba y tiraba de esa cuerda que caía por sus pechos, la jalaba para que le dolieran y se le olvidara el dolor anal, aquello fue una explosión de orgasmo que la dejó sin fuerzas.

Terminé y la senté sobre la mesa, le quité lo de los pezones y lo del rostro, su gesto era de felicidad, había disfrutado y yo quería hacerla vibrar durante todo el fin de semana.

– Impresionante... – dijo besando con esa sonrisa tímida, mis labios –. Quiero que este fin de semana juguemos a todo lo que quieras, quiero disfrutar contigo – dijo de forma descarada.

– Si me prometes que, a partir del lunes, viviremos la historia de amor más bonita del mundo – dije chocando su copa con la mía.

– Nuestra historia ya la estamos viviendo – dijo mordiéndose el labio–, pero quiero que ahora, pasemos estos días de forma inolvidable y que hagamos locuras sexuales, quiero todo, quiero demostrarte que estoy entregada a ti al cien, por cien.

Estaba preciosa en esa silla desnuda, con ese cuerpo que era un regalo de la vida.

Se me empezaron a ocurrir muchas cosas para pasar el fin de semana, más jugueteón de mi vida.

– ¿Qué propones para las próximas cuarenta y ocho horas? – pregunté esperando a que me sorprendiera.

– Si te digo la verdad, tengo muchos sueños eróticos como, por ejemplo,

hacerlo con dos hombres a la vez, o que me sometan, no sé, quiero algo fuerte y lo quiero contigo.

– ¿Me lo estás diciendo en serio?

– Totalmente – dijo con descaro –. Siempre y cuando sea con la persona correcta y que esto no nos afecte sentimentalmente.

– No te muevas – dije separándome para hablar por teléfono.

Llamé a Mateo, un amigo mío de toda la vida, se dedicaba a orgías, tríos, juegos de sometimiento, se ganaba la vida preparando a parejas para eso. Le pregunté si podía venir, me dijo que el sábado lo tenía libre todo el día, así que quedó en aparecer por la mañana por mi casa, me dijo que no me preocupara por nada que él, llevaría la voz cantante y traería su maletín de juegos, ya le dije que ella era entregada y dispuesta a todo.

Llegué donde ella y le dije que al día siguiente tendríamos compañía, sonrió y me pegó entre sus piernas.

– Quiero jugar mañana y mucho, quiero que hagamos todo eso que imaginamos.

– Mateo es un experto, el conducirá la situación.

– Pues yo me abriré a todo.

– ¿Estás dispuesta a todo?

– Contigo, a todo – me besó mordisqueando mis labios y causando un cosquilleo en mí, nos pasamos un buen rato besándonos y haciéndolo de mil posturas, todas ellas a cada cual mejor.

Luego nos fuimos a descansar, por la mañana en el desayuno aparecería Mateo y quería que estuviéramos descansados para el día que nos esperaba con él.

Esa mañana sonó el timbre y aun estábamos durmiendo, salí corriendo a abrir la verja y allí estaba Mateo. Dejé a Vicky en la cama y fui a recibirlo, venía con un buen maletín que dejó sobre la mesa de la cocina.

Preparé un café y apareció Vicky sonriendo, con un camión corto rojo, de tirantes finos y un escote impresionante. Le presenté a Mateo, se saludaron de

forma afectiva, se habían caído bien y a Mateo le noté que ella le gustaba físicamente lo que haría que le hiciera jugar de mejor manera.

– Es preciosa – no tardó en decir –. Entonces a esta preciosidad es a la que la haremos perder la cabeza hoy.

– Efectivamente – le di un café a ambos.

– Aquí estoy dispuesta a jugar – dijo con un gesto gracioso contoneando su cadera y levantando un poco su camisón.

– Bueno, pero no puedes llevar esas bragas, no le hace mérito a tu cuerpo y a ese camisón tan sexy – dije ordenando que me las diera.

Y no se cortó ni un pelo me las dio de forma inmediata ante la sonrisa de Mateo.

– Dices que ayer ya probasteis algunos aparatos, ¿verdad? – me preguntó Mateo.

– Así es, pero eran de los más light, no me atreví a hacerlo con los de mayor intensidad – reí.

– Bueno hay que empezar por lo básico.

Vicky se sentó en la barra de la cocina con el café en la mano mientras nosotros hablábamos, ella sonreía y afirmaba, era de lo más graciosa.

– Ábrete Vicky – dijo Mateo con descaro y ella abrió sus piernas con esa sonrisa de niña mala que tanto me gustaba.

Mateo puso el café a un lado y yo me puse a preparar unos sándwiches de jamón y queso para desayunar fuerte.

– Échate un poco hacia adelante – la ayudo con su mano en las caderas –. Quiero ver el hueco que tienes.

Mateo metió dos de sus dedos, luego le aguantó las caderas y vi como metía tres y los movía, Vicky respiraba acelerada, sonriendo.

– Tiene bastante hueco, puede aspirar a un poco más que los de iniciación, ahora veré por detrás.

– A mí me sorprendió ayer lo fácil que me lo puso para ser su primera vez anal – dije mientras miraba como él, se ponía unos guantes y la hacía bajar para ponerse de espalda a la encimera y apoyar su cuerpo en ella. Le abrió las piernas bien, se echó gel en el dedo y ella me miró haciéndome un guiño que me produjo una sonrisa impresionante.

– ¡Ay! – dijo cuando le metió los dos, pero rápidamente se calmó, comenzó a resoplar con los movimientos de los dedos de Mateo, lo dejó hacerlo sin problemas.

– Hay que trabajar más esta zona – seguía tocándole por detrás y ella hacia gestos de un poco de dolor, pero se relajaba y lo dejaba tocar –. Tiene hueco, pero no para hacer locuras al principio, luego voy a ver si se lo puedo dilatar un poco con algo que tengo ahí – sacó el dedo y tiró el guante, le hizo un gesto para que descansara.

– ¿Has visto que bien se porta mi niña? – pregunté riendo, mientras salíamos al jardín a comer los sándwiches con el segundo café.

– La verdad es que colabora mucho, me gusta, hay muchas personas que quieren, pero le cuestan abrirse y cada cosa que se le hace es un mundo, se lían a poner peros, a actuar con miedo y se hace imposible.

– Conmigo no vas a tener ese problema – rio desde su silla, mientras comía ese sándwich que yo había preparado.

– No sabes la suerte que tienes – me dijo Mateo, riendo.

– Sí lo sé, sonreí mirándola.

Comimos los sándwiches y Vicky fue a ducharse, nos quedamos charlando Mateo y yo. Era un amigo de toda la vida, le tenía mucho cariño y siempre lo vi como un triunfador, además, era la persona más discreta y educada que había conocido jamás.

Decidimos ir a por comida preparada a un super de al lado, le advertí a Vicky, que se quedó relajadamente en la bañera, jugando con la espuma mientras fumaba un cigarro, cogimos comida para mediodía y para la noche.

– ¿La quieres atar? – me preguntó cuando volvíamos a la casa.

– No sé Mateo, quiero que hagamos lo que mejor veas, quiero que la hagas todo aquello que no la ponga en riesgo, pero que le dé para probar todo eso que desconoce.

– Te entiendo, déjame a mí, veré como la voy trabajando, pero tú vas a ayudarme e intervenir, quiero que seas parte del juego.

– Mientras no me toques ni tenga que chupártela, juego todo lo que haga falta – soltamos una carcajada y entramos en la casa. Vicky estaba con una camiseta suelta de tirantes que le tapaba las caderas, con la palabra “play” en el centro, parecía que llevaba impregnado lo del juego, hasta la camiseta lo advertía.

– Espero que no te hayas puesto bragas – dijo Mateo, sonriendo.

Ella que estaba de pie esperando a que llegáramos hasta allí, se levantó la camiseta riendo.

– Perfecto, buena chica – dijo Mateo.

Dejamos todo en la cocina y abrimos una botella de vino blanco francés, nos echamos unas copas y nos fuimos al salón, se estaba de lujo con el aire acondicionado.

Yo me puse a un lado, Mateo al otro y en medio Vicky. Él la giró y la puso mirando hacia mí con las piernas abiertas encima del sofá, Mateo tenía su mano por dentro de ella tocando sus pezones, no había perdido ni un minuto, con la otra mano sujetaba la copa.

– Tócala – me dijo –, Quiero que se corra un rato antes de los juegos, así me aguantará un poco más.

Vicky no se cortó ni un pelo y echó su culo un poco más hacia mí, para quedar a buena distancia.

Le metí los dedos y luego me puse a comer su zona íntima mientras Mateo, jugaba con sus pezones y la hacía enloquecer más aún de lo que yo lo estaba haciendo, con mi lengua toqué su clítoris a toda velocidad mientras le metía dos dedos de forma frenética por su zona húmeda. Chillaba por los pellizcos que le daba Mateo y gimió por el orgasmo que le estaba produciendo, conseguí que se corriera rápido y se quedó tendida sobre él, que comenzó a masajear su vientre.

Ponte boca abajo – le dijo Mateo, ayudándola a quedar como un bebé en la falda de su madre.

Cogió un guante, se lo puso en una mano y con la otra dio un sorbo a la copa que luego dejó en la mesa.

– Ábrele el culo – me dijo y eso hice.

Le metió el dedo y comenzó a moverlo, luego cogió la copa con la otra mano y dio otro trago, ella estaba relajada por ahora, yo miraba mientras me fumaba un cigarrillo, luego sacó la mano y metió dos dedos, ella se movió de la presión y lo que aquello le causaría en esa parte que aún no se había estimulado bien a lo largo de su vida sexual.

Un rato, le llené dos copas, eso tardo en sacar esos dedos de allí, e ir a coger de su maletín, un aparato mediano que sabía que iba para dentro de su culo, para dilatarlo un poco más, eran de esos que se podían hinchar más aún, adentro.

- ¿Estás cómoda? – preguntó acariciando sus glúteos.
- Sí – dijo con voz adormilada.
- Si quieres, te pongo de otra forma en el sofá.
- No, estoy bien – dijo preparada para lo siguiente que le iba a hacer.

Me dio un látigo pequeño, arqueé la ceja mirándolo, sonriendo y levantando los hombros.

– Quiero que cada vez que se mueva le des un azote – dijo sonriendo.

– Pues como si me da diez, si me tengo que mover, lo haré – dijo Vicky, en ese momento me miró Mateo, haciéndome un gesto de que le diera uno y eso hice – ¡Joder! No me he movido – resopló.

– Pues ya sabes que no debes hacerlo – dijo Mateo, incorporando un poco su cuerpo para abrirle los glúteos y poner eso en la entrada de su culo.

– Sin gel no – dijo Vicky.

– Ya tienes todo bien impregnado de gel, ahora coge aire y cuando te diga, ve soltándolo, poco a poco –. ¡Ya, suelta!

Y comenzó Mateo a meter eso. Cuando lo colocó dentro, ella dio un pequeño salto y me hizo señas para que le diera, la volví a azotar.

– Deja que te coja – gritó Vicky, por ese azote provocándonos una risa.

– Hoy tendrá todo el día el azote – dijo Mateo, mientras colocaba aquello bien en el interior –, así que más vale que te portes bien. Ahora voy a hinchar esto que te puse y cuando de verdad no puedas más, me lo dices.

Empezó a apretar y soltar la ventosa y aquello intuí que se estaba llenando ya que Vicky no paraba de resoplar, hasta que se movió violentamente.

– ¡¡¡Ya!!! – Le metí un azote por ese movimiento, había entendido que era importante que no hiciera movimientos bruscos cuando se le estaba haciendo algo.

– Muy bien, te lo dejo unos minutos y te lo quito, quiero que haga efecto y dilate todo lo que pueda.

Bebió un sorbo de la copa y le hacía caricias en el culo para que estuviera relajada, yo me estaba poniendo de lo más cachondo viéndola ahí tirada.

Le sacó el aire y pudo sacarle el aparato ese, hizo que se incorporara y se sentara mirándolo a él con las piernas cruzadas, ella se encendió un cigarro y dio un trago al vino.

– ¿Bien? – le preguntó, esta vez estaba girada con sus piernas cruzada mirando a los dos.

– Sí, pero vaya momento me has dado – soltó una carcajada –. Por delante eso me hubiera ido mejor, hasta lo podrías haber llenado más – dijo medio bromeando.

– Échate un momento para atrás, te haré lo mismo por delante, a ver qué tal te va – ella dio un trago y arqueó las piernas, con su cuerpo echado hacia atrás.

Mateo cogió otro aparato, de esos que se hinchan, pero indicado para la vagina.

– Coge aire y no lo sueltes hasta que yo lo tenga colocado, en esta ocasión es al revés – dijo metiéndole eso por sus partes, a ella se la notaba de lo más relajada –. Ya puedes soltarlo.

Comenzó a llenarlo y ella a echar aire, aguantó bastante hasta que dijo, “para”.

– No me puedo mover – rio.

– A ver, levanta un poco el culo – le metió un cojín debajo como yo hice en la hamaca el día anterior – empezó a deshinchar eso y lo sacó –. Te voy a meter otro a ver si es capaz de llegar al final, no te muevas, por favor.

Le comenzó a meter un aparato en forma de pene, que yo pensé que se la cargaba, pero ella se reía la muy jodida, estaba disfrutando ahí abierta, mientras Mateo le introducía aquello y lo llevaba hasta el final sin cortarse ni un pelo.

– Eres una crack – le dijo teniendo aquello dentro del todo y comenzó a sacarlo y meterlo. Vichy jadeaba de placer ante aquella situación.

Lo sacó y le colocó una bola dentro.

– Quédatela un rato ahí – dijo ayudándola a incorporarse. Nos fuimos al jardín a tomar allí un vino y unas patatas chips, por supuesto, el maletín de Mateo iba a su lado en todo momento.

– La verdad es que todo se aguanta si se estimula bien – dijo Vicky, de manera juguetona con ese pie sobre el brazo del sillón mirando hacia nosotros, que estábamos en semicírculo en aquella mesa.

– ¿Te gustaría vivir algo más intenso? – preguntó Mateo.

– No tengo ni idea de a lo que te refieres con intensidad, ya que nunca he

estado en estos juegos involucrada, lo que sé es que estoy agotada, pero quiero experimentar todo lo que se pueda hoy. No me quiero quedar con la duda de, que más se podría hacer.

– Después de comer, te voy a someter, pero ahora no estaría mal que nos dejes follarte, en cierto modo, también necesitamos descargar nuestras tensiones  
– dijo Mateo, con seguridad.

– Aquí me tenéis – señaló a sus partes abiertas sobre la silla.

– Déjate caer sobre la cintura de Omar, rodéalo bien y levanta el culo todo lo que puedas.

Ella sin dudarle vino a mí, e hizo lo que pidió Mateo, pero se quedó agarrada en mi cuello para dar más altura, vi como Mateo se ponía un condón y le ponía su miembro en el culo mientras la sujetaba por las caderas, esperaba que aguantara bien. La metió poco a poco y ella me apretaba con fuerza emitiendo algunos sonidos de dolor, pero sin quejarse ni moverse.

La folló sin pausa, ella chillaba como loca, yo le apretaba contra mí para que aguantara y lo hizo como una campeona, él se corrió y le dio un azote con su mano en el culo y soltó el aire.

Fue a limpiarse y me indicó que me tocaba, yo estaba deseando, la apoyé en la mesa y se la metí por delante, quería darle un descanso, pero me la follé con todas mis fuerzas. Chillaba por los golpes que recibía en su interior con todas mis ganas, la hice chillar y jadear como una loca, hasta dejarla tumbada, sin fuerzas cuando llegué al orgasmo y Mateo volvía a aparecer.

Mateo la hizo sentar en la mesa frente a nosotros y le dijo que se tocara, ella abrió sus piernas y sin dudarle comenzó a tocar su clítoris, con las piernas bien abiertas para que no perdiéramos detalle de nada, fue un momento impresionante el que vivimos y ella se corrió, pudimos ver su liquido chorreando por su zona, luego se tiró hacia atrás y Mateo la limpió con unas toallas húmedas.

Preparamos la mesa y comimos mientras bromeábamos, nos dieron las cinco de la tarde tomando vino de la forma más relajada, divertida y excitante, luego ella, nos sugirió llevarla a la habitación y hacer un juego un poco más fuerte.

La hizo tumbar en la cama boca abajo, le ató tanto las piernas a cada esquina de la cama, como sus manos a las esquinas delantera, luego la fijó para que no se moviera, con un tensor que yo no había visto en mi vida, el silencio era impresionante, los guantes de Mateo en sus manos, sonaban como agua de grifo.

Le metió una bola de gel por el ano, de esas que se disuelven solas, luego sacó un aparato y se lo introdujo por el culo, era más grande que los anteriores y comenzó a moverlo. Luego lo sacó y le extendió a aquel aparato un gel que iba como con arenilla, yo no lo había visto en mi vida, se lo metió y ella empezó a chillar por la sensación que le estaba produciendo. Él, no paraba ni por sus chillidos, ni por nada, ya le había advertido que cuando dijera que ya no quería más pararía, pero ella no estaba dispuesta, ella quería llegar al final hasta que dejó de chillar después de unos intensos minutos.

Sacó eso y le dio la vuelta, puso el látigo en mi mano y me afirmó con la cabeza, sabía que quería que le diera en caso de necesidad de relajarla. Metió ese mismo aparato con ese gel en su vagina y ella comenzó a chillar de nuevo e intentar moverse. Esta vez no estaba sujeta, le di un latigazo para que parase y lo hizo, pero tuve que volver al segundo, no paraba de chillar y chillar aquello le estaba causando un efecto brutal, cuando lo sacó respiró aliviada.

Tomó el gel, se lo puso en los pezones y los masajeó, luego le colocó unas pinzas que la hizo girarse de dolor y darse cabezazos, pero no pidió que parara, me hizo un gesto de que lamiera sus partes y eso hice hasta conseguir que se corriera, lo hizo de forma desmesurada, soltando toda aquella tensión que contenía.

Mateo la levantó de la cama, me dijo que sacara mi miembro y me apoyara en la pared, me la acercó para que la penetrara. Una vez dentro, me dijo que parara, él se puso a su espalda y la penetró por detrás. Comenzamos un juego en el que ella se volvió tan loca que me mordía con todas sus fuerzas, nos corrimos los dos de forma sincronizada y ella cayó en mis brazos, agotada por ese momento.

Luego le hizo un masaje para que se relajara y volvimos al jardín, tomamos unas copas, cenamos y tocaba la despedida a ese día de juegos.

– Bueno no sé si volveré algún día, yo siempre estoy dispuesto, pero creo que por hoy estuvo bien. Ahora toca una despedida más liviana, algo que sea por y para ella, podemos llevarla a un orgasmo entre los dos, tú ocúpate de su vagina y clítoris y yo de su parte trasera.

– Vale – dije sonriendo mientras Vicky, se santiguaba causando una risa en nosotros.

Se tumbó sobre la mesa con las piernas dobladas en arco y comencé a tocarle

la vagina con ese gel arenoso, pero con delicadeza, ella gemía de placer y disfrutaba. Mateo con su guante y el gel se fue a su agujero y la estimulo, yo tomé la mano de Vicky para que la pusiera en su clítoris y se tocara, nos ayudó y terminó en un placer que la hizo chillar de felicidad con aquellos dedos en su interior.

Mateo se quitó el guante y se despidió de nosotros, quedamos en que quizás otro día jugaríamos un poco más, pero ahora nos quedábamos solos, los dos. Nos fuimos a la cama a abrazarnos y antes de quedarse dormida, me dijo algo que me causó mucha risa.

– Me encantó ganar este juego – dijo con descaro y se abrazó a mí, para quedarse dormida.

Me acordé de Nadia con la que había hablado el día anterior. Le conté la verdad sobre Vicky y lloró, pero me deseo la mayor felicidad del mundo. En esos momentos me sentía tranquilo, en paz conmigo mismo.

## Epílogo



Un mes después...

Aquella mañana comprendí por qué siempre me negué a marcharme de mis queridas Islas Pitiusas. La salida del sol fue la señal indicativa de que el día había llegado y, con él, el evento más importante de mi vida, aquel con el que llevaba soñando desde el mismísimo momento en qué recuperé a Vicky y me prometí a mí mismo, que la cuidaría lo suficiente como para que deseara que enlazáramos nuestras existencias para siempre.

Aunque ya llevábamos un año viviendo juntos, decidimos no renunciar a la sorpresa de vernos ya listos para darnos el sí, quiero, por lo que Vicky, se marchó la noche anterior a la casa paterna, de donde saldría agarrada del brazo de su orgulloso padre.

Por mi parte, reconozco que soy menos convencional en ese sentido y, pese a la regañina de mi madre, me negué en rotundo a salir vestido de novio de otro lugar que no fuese mi propia casa, el lugar que ahora cobraba un sentido más especial, por ser el nido de amor que compartía con la mujer a la que amaba.

Eso sí, en ningún caso iba a prepararme solo. Para eso tenía a mis dos compañeros inseparables del alma, Benjamín y David, aquellos que en los duros momentos en los que la incertidumbre se adueñó de mí y creí haber perdido a Vicky para siempre, se convirtieron en mis hermanos.

–¡Ey, campeón! ¿Qué haces que no estás todavía aquí? –le dije a Benjamín, con tono de guasa, tan pronto levantó el teléfono.

–Pero, ¿qué hora es? Si todavía no deben estar puestas ni las carreteras–me respondió sin vacilar.

–Anda, tira, tira...Coge todos tus bártulos, ve por el pieza de David y ya estáis los dos aquí–añadí con voz imperativa, haciendo honor a mi condición de jefe–. Desayuno preboda de chicos en mi jardín.

–¡A mandar! –respondió sin tenerse de sueño.

Calculé que tardarían unos treinta minutos en llegar y fui preparando café y

tostadas. Estaba en esas, cuando sonó el timbre.

–¡Georgina, no puedo creerlo!, pero, ¿qué haces aquí? Deberías estar arreglándote para la boda–dije en el tono cariñoso con el que siempre le hablaba.

–No quería molestarte Omar, pero no me quedaba tranquila si no pasaba un momento a comprobar que lo tenías todo controlado. ¿Necesitas que repase algo con la plancha o...? –dijo haciendo gala de su talante servicial.

–No moletas mujer, ¡cómo ibas a hacerlo! Lo único que pasa es que deberías ir a arreglarte tranquilamente y, cuidadito con ponerte demasiado guapa, no vaya a ser que al final me hagas dudar de si casarme con Vicky, o fugarme contigo–dije guiñándole el ojo.

La buena de Georgina se echó a reír sin parar. Siempre me llamó la atención la franqueza de sus gestos. Debía tener la edad de mi madre y su físico denotaba una vida de mucho trabajo, pero siempre sin perder su característica cara de felicidad.

–¡Ay chaval, si podría ser tu madre, o tu abuela...! –dijo con sonrisa bonachona.

–¡Ya será menos...! –añadí, sintiéndome muy cuidado por ella, mientras la acompañaba al portón, donde nos despedimos con un efusivo abrazo.

En cinco minutos, el timbre que volvía a sonar...

–¡Ya era hora, par de piezas! – solté mientras abría la puerta.

Y de una pieza se debió quedar el chico de la agencia de viajes, que era quien aguardaba en el pórtico de entrada.

–¡Jajaja! Perdona–dije divertido–Creí que eran mis amigos los que llamaban.

–Ya imagino. No pasa nada. Me envían de la agencia. Sus billetes, los que ayer no pudieron imprimir por error del sistema.

–Mil gracias–añadí encantado, con aquella sorpresa para Vicky, entre mis manos.

Tercer pitido en la puerta, ahora sí, eran aquel par de zumbados, que parecían portar equipaje para tres meses.

–¡Pedazo de cara de felicidad la del novio! –dijo David, mientras me daba un fuerte abrazo.

–No seas pelota con tu jefe y quita ya de ahí, que ahora me toca a mí–añadió Benjamín, mientras nos fundíamos en un largo abrazo.

–¿Cómo estás, Omar? –preguntaron, prácticamente al unísono.

–Mejor que nunca chicos, loco por verla. Sin duda será la novia más bella y deliciosa del mundo.

–Espera que voy por el babero–dijo David, con gracia, para no perder la

costumbre.

–Mira que todavía estás a tiempo de que nos escapemos–añadió Benjamín– Un solo chasquido de tus dedos y ya estamos los tres en un avión, rumbo a un paraíso desconocido.

–¡Quita demonio! –dije haciendo un gesto de asco–¡Anda que va a ser lo mismo besar a mi suave sirena que a un tío como tú, que no se afeita la barba esa de tres días ni para la boda de su...! –Y ahí me quedé.

–Para la boda de mi mejor amigo, al que considero mi hermano–terminó él, sin rubor–. Pero a mi barba déjala en paz, que no te ha hecho nada.

Mientras, David me indicaba que venía una broma de las suyas, haciéndome un gesto al mismo tiempo que Benjamín, servía el café.

–¿No es esa Susi? –dijo al tiempo que hacía como que miraba hacia la calle.

–¿Dónde?, ¿dónde? –añadió Benjamín, soltando la taza y corriendo hacia el jardín.

–Vaya, vaya... Parece que cuando se trata de Susi, la cosa cambia– musitó con voz cantarina David–. Cuéntale, cuéntale a Omar...

–Qué le cuente, ¿qué? –soltó Benjamín, como quien no quiere la cosa.

–Venga, que ardo en deseos de saber–añadí activando el modo “cotilla”.

–Pues nada, estos dos, que están jugando desde hace años al ratón y al gato, pero anoche Susi, demostró que los tiene bien puestos y le dijo que se aclararan por fin y parece que van a ir juntos a la boda.

–Pues ya se sabe amigo...

–¿Qué se sabe?

–Que de una boda siempre sale otra.

–¡No jodas! ¡Dios me libre!

–Sí, sí... Lo mismo decía yo y me quedan horas para perder la soltería...

Estallamos en risas los tres.

–¿Sabéis lo que os digo? ¡Que no se puede ser más feliz! –chillé.

No creo que ninguno de los dos lo dudara, pero, por si faltaba algo, salí al jardín y solté, a voz en grito un ¡¡Vicky, te quierooo!!, que debió sonar en toda Ibiza.

Para cuando entré, parecía que ella me hubiera escuchado porque me hizo una llamada rápida...

–¿Está nervioso el chico más atractivo del mundo? –preguntó intrigada.

–Solo un poco –mentí a boca llena.

–¿Y tú? – pregunté con ganas de saber lo mismo.

–Solo otro poco–añadió entre risas– Por cierto, mi amor, mientes muy mal.

–Lo mismo te digo, preciosa.

–Dime la verdad porfi, que me encanta escucharlo–replicó.

–La verdad es que tengo ganas de pegarle dos patadas al reloj, porque parece que hace un siglo que te fuiste–confesé.

Nunca había temblado más y puedo dar fe que no era miedo, sino emoción. Estar en la puerta de aquella escalinata, con todas las personas que formaban parte de mi vida y esperando a la mujer a la que amaba con todas mis fuerzas, era algo que, años atrás, nunca me hubiera planteado y ahora se me antojaba como un sueño cumplido.

Cuando la vi bajar del coche, la sensación fue de lo más impactante y desde luego, si me quedaba alguna duda de que era el hombre con más suerte del mundo, se disipó en aquel momento...

Sensual y elegante a partes iguales, enfundada en su vestido de novia con aire romántico y cuello Halter, que ensalzaba su figura hasta hacerla parecer una mismísima diva de Hollywood. Allí estaba mi chica, haciendo gala de estilo propio, cuando dejó ver sus altísimos zapatos color, rojo intenso a juego con sus labios y ramo de flores.

Sin duda era la reencarnación de la belleza y, bajo aquel sol deslumbrante, apareció ante mí, como si de una visión sobrenatural se tratara.

–¿En qué piensas? –dijo cuando llegó a mi altura.

–En que sin duda he debido ser muy bueno en otra vida para merecerme esto–dije con la lagrimilla queriendo asomar– Estás, estás...–No sé cómo definirlo.

–Pues hazlo a tu estilo, dime algo así como “no te queda mal ese vestido, ¿no?” –dijo ella, mientras me hacía el guiño de ojo más zalamero del mundo.

–A ti tampoco te queda mal el tuyo, don precioso. Estás, estás... que vas a hacer que todas las chicas de la isla me odien–añadió con una gran sonrisa.

La ceremonia fue de lo más emotiva. Embelesados, no podíamos separar nuestras manos, un tanto temblorosas, presas de la intensidad del momento.

La nota de humor la puso el concejal que nos casaba. Era amigo de la familia e hizo que la ceremonia fuera un tanto peculiar, de lo más amena.

De hecho, entonó el consabido “si hay alguien que conozca algún motivo para que este hombre y esta mujer no puedan contraer matrimonio...”

Interiormente me partí de risa pensando en que en aquel momento pudiera levantarse Benjamín y decir que “aquello no podía ser porque se quedaba sin compañero de juergas”, o todavía mejor, que fuera Diego el que dijera “ella se merece algo mejor, como yo”.

Por último, también se me pasó por la cabeza que fuera Nadia. Ella podría decir algo así como “yo lo vi primero...” Fuera bromas, teníamos mucho que agradecerle, pues su restaurante contaba con mucha fama en nuestra adorada isla y la buena de Nadia, había aceptado hacerse cargo de todo el catering de la boda. Esperaba que no nos envenenara en un arrebató final...

Esos eran mis pensamientos cuando el concejal nos dio oportunidad de decir unas palabras. Lo cierto es que no lo esperábamos. Impetuoso como soy, pensé que debía aprovechar esa oportunidad pues de todos es sabido, que lo que no se planea sale mejor.

–Querida Vicky, sabes que soy más de gestos que de palabras, por eso seré breve. Solo quiero decirte delante de todas las personas que nos importan, que la vida da muchas vueltas y yo quiero que todas las mías, vayan en el mismo sentido que las tuyas...

–¡Pues que así sea! –respondió la que ya era mi mujer en un tono de júbilo que no olvidaré mientras viva, al tiempo que nos fundíamos en el más apasionado de los besos.

La salida de la ceremonia fue la primera muestra del gran día de fiesta que nos quedaba por delante.

Hasta allí habíamos llegado en sendos coches, cada uno por nuestro lado, pero a los pies de la escalinata tenía la primera de las tres sorpresas que había preparado para mi recién estrenada esposa.

Vicky era de lo más cañera y en una ocasión me comentó que le flipaban las motos con sidecar, esas con aire Vintage, y, ¡voilà! Allí la tenía ataviada para la ocasión, además, era un regalo. Me lo estuve currando durante meses porque era toda una reliquia y la habían restaurado justo como ella me describió que le gustaría.

No sé cómo no lo imaginé. ¡Mi chica era mucha chica! Totalmente encandilada con su moto, cuando pretendí pilotarla y que ella fuera en el sidecar, me dijo que, “nanai de la China” y, ni corta ni perezosa, se intentó subir ella a los mandos.

Claro está que, dada la estrechez del vestido, no lo logró y tuvo que conformarse con ir en el sidecar, disfrutando de las vistas. Eso sí, dijo alto y claro que no me acostumbrara que, “una y no más, Santo Tomás”.

En ella llegamos a la sesión de fotos, que iba a desarrollarse en nuestra cala favorita. Allí reímos, bromeamos y a punto estuvimos de caer en el agua, como aquel día. En un momento dado, le dimos esquinazo al fotógrafo para besarnos durante un rato largo que nos pareció una milésima de segundo, porque

juntos, teníamos la capacidad de parar el tiempo.

–¿Eres feliz, cariño? –preguntó Vicky, en el más amoroso de los tonos, mientras dejábamos aquel idílico lugar rumbo a nuestro almuerzo nupcial.

–¿Tú qué crees...? –contesté cogiéndola en volandas.

–Creo que, si eres la mitad de lo que lo yo soy, puedes darte por dichoso...

–Pues tendrás que buscar otro adjetivo, porque ese se queda muy, muy corto.

Desde allí nos acercamos a otra cala donde nos esperaba el velero que habría de desembarcarnos en nuestra fiesta. Según la divisamos, desde el mar, supimos que habíamos acertado en todo. En ese momento sonó nuestra canción, *Come What May Remix*, y comenzamos a bailarla alborotados en la borda, mientras nuestros invitados hacían lo propio en tierra.

El almuerzo fue sencillamente increíble, un auténtico ir y venir de platos propios de la tierra a cuál, más exquisito. Como colofón, un carrusel de dulces que no se los saltaba un galgo, con una impresionante fuente de chocolate que hacía las delicias de los pequeños, (y de los que no lo eran tanto).

Lo mejor fue la presencia de todas las personas que habían formado parte de nuestra historia desde el principio, ¡y de alguna más!

A la apertura del baile precedió la entrega del ramo de novias, algo de lo más imprevisible. Pensé que Vicky haría el típico lanzamiento. No aprendía, ¡ella era de todos menos convencional!

–¡Hola de nuevo! –dijo, agarrando el micro dispuesto en la zona de baile– Ha llegado el momento de deshacerme de mi ramo y creo que no es en manos del azar en las que debo dejar su entrega, sino en las que creo lo merecen. ¡Nadia, por favor, da un paso al frente!

–¿Yo? –dijo Nadia, más que sorprendida.

–Tú, salvo que haya alguna otra Nadia por aquí que lo merezca más, cosa que dudo mucho–añadió Vicky, muy atenta.

–Mil gracias, no sé qué decir...

–Soy yo quien tiene que estar agradecida, Nadia–sentenció Vicky–. Has logrado que disfrutemos al límite del día más importante de nuestras vidas. Eres todo un ejemplo de profesionalidad, pero también de generosidad y calidad humana. Gracias por haber permitido que ahora yo, también forme parte de tu vida.

–No tengo palabras...–replicó Nadia, mientras, temblorosa, recogía el ramo.

Lo divertido fue cuando, ya un poquito achispadas y fuera de micro, le confesó a Vicky que había tenido más suerte porque se había quedado con todo el ramo de flores, mientras que, a ella, le había tocado quedarse solo con un

capullo, ¡y tanto que rieron a mi costa!

El baile comenzó con una buena salsa con la que ir calentando motores. Los invitados aplaudieron a rabiar nuestra coreografía de “Vivir lo Nuestro” de Marc Anthony y La India.

–Más alto, más alto–decía Vicky, mientras yo se la cantaba.

–¿Qué parte? –le contesté, mientras la miraba embelesado.

–Esa de, “vivir, vivir...”

–¿Lo nuestro? Ya lo estamos viviendo, mi amor–contesté mientras le daba un besazo y nuestros amigos empezaban a liarla.

Terminamos y tocaba cambiar de pareja de baile. Lo notamos con aquel, “¡deja algo para las demás, que lo vas a gastar de tanto mirarlo!” de Alisa, mientras Benjamín venía a llevarse a Vicky, según él, para demostrarle “lo que era bailar bien de verdad...”

Baile, tras baile, copa tras copa, las horas iban pasando, pero todavía quedaba mucha fiesta por delante.

Vicky estaba exultante, contoneándose, le hice una señal de que me iba a hacer un “*Kit Kat*” con los chicos para recuperar fuerzas, y echar un pitillo de paso.

–Par de personajes, ¿un cigarrillo?

–Eso está hecho– dijo David, mientras a Benjamín le costó un poco más separarse de Susi, a la que parecía estar pegado.

–¿Cómo lo estás pasando, amigo? –dijeron prácticamente a la vez, cuando por fin nos alejamos de la música, lo suficiente para escucharnos.

–Estoy en una nube, es un sueño...–dije, con la mayor de las ilusiones.

–Todo ha merecido la pena, ¿eh? –replicó Benjamín.

–¿Qué si ha merecido la pena, hermano? No te lo imaginas. Lucharía por ella una y mil veces, con todas mis fuerzas–añadí con el mayor de los convencimientos.

–Sí, sí, este ya también se lo imagina–replicó David, sarcástico.

–¿Yo, por qué?

–No te hagas el tonto, Susi te tiene comiendo de su mano–rio David.

–¿A mí? ¡Anda ya! Yo no soy como este, que mucho alardear de soltería y al final le han echado el lazo a la primera de cambio–añadió, con ganas de dar un poco de juego–. A mí no llevan al huerto tan fácilmente, amigo.

–¿A dónde no te llevan?

Se quedó blanco. Era Susi, que se había unido a nosotros, con tal suerte que llegó en el justo momento en que Benjamín, estaba alardeando de machito.

–Que yo te llevo a ti donde haga falta cielín, a un huerto o a los Jardines de Versalles, donde su preciosa personita quiera–añadió, sabedor de que se estaba jugando que Susi volviera a desaparecer de su vida, como por arte de magia–. Pide por esa boquita.

–Sí, pues ahora por listo, te voy a decir lo que quiero. Deseo mi propio cuento de hadas, como el de Vicky. Así que, si de verdad estás enamorado de mí, hinca rodilla y pídemme que me case contigo–dijo, sin titubear.

–Muy graciosa, venga vamos a bailar.... –dijo Benjamín, no dando crédito a sus palabras.

–Benjamín, estoy hablando en serio. Llevamos años de idas y venidas, acercándonos y alejándonos, incapaces de dar un paso al frente. Eso se ha acabado, te repito que te ha tocado hincar rodilla.

–Amigo, si de algo entiendo es de mujeres y esta no está bromeando, así que déjate ya de juegos y dile todo eso que me dices a mí, “que estás coladito por ella”, “que te pone a mil...”

–¡Calla, calla! –vociferó Benjamín– ¡Vaya manera que tienes de guardar un secreto a un amigo!

–Pues él no ha dicho eso de que tienes sueños húmedos con ella y... –siguió diciendo David.

–¡Vaya dos patas pá un banco que estáis hechos! –dijo, mientras, para nuestra sorpresa, se agachó pidió a Susi, que se casara con él.

Con lágrimas en los ojos, entré para contárselo a Vicky. La saqué de la pista y entre besos, que mezclamos con chocolate, le conté eso tan bonito que habíamos vivido fuera.

Para entonces los demás ya se habían unido a nosotros. También Sara, quien había venido con su chica, a la que me había presentado como “su novio enclenque”, en referencia a mi broma de todas las mañanas.

–¿Y tú, a qué estás esperando para atacar? –le preguntó Vicky a David, apartándolo un poco.

–¿Yo? No sé a lo que te refieres–contestó él, haciéndose el tonto.

–¿Crees que no he visto cómo la miras? Ve por Nadia y sácala a bailar–le indicó con aire de casamentera.

–Es que la veo mucha...

–¿Mucha mujer? Pues te voy a contar un secreto–le interrumpió– Lleva todo el día poniéndote ojitos...

–De ver...

–De veras, ignorante–así que corre, porque como tardes mucho, ese bombón

se lo va a comer otro.

El resto alucinamos cuando lo vimos volar hacia ella. Y el gesto de complicidad entre Nadia y Vicky en ese momento, no tuvo precio.

–Eres única mi niña–le dije–. Madre mía, de esta boda van a salir varias más...

–Eso espero, con sus correspondientes lunas de miel–dijo ella, que no daba puntada sin hilo –. Y, hablando de eso... Me vas a decir ya, ¿cuál es el destino de la nuestra?

–Bueno, creo que va siendo hora sí...

Reclinándome hacia ella, le dije en el oído, “¿tienes hueco para los fideos soba?”

Me aparté para ver su cara y vi las lágrimas rodando por sus mejillas. Tenía su explicación. En una ocasión, con dieciséis o diecisiete años, ella me dijo que no quería viajar al Caribe, sino al “otro Caribe”, al japonés, y comer fideos soba. Nunca más habíamos hablado de aquello. Hasta ese momento.

–¡Te quierooo Omar! –sonó en medio de aquel maravilloso jardín, para sorpresa de los que nos rodeaban, que comenzaron a aplaudir y a vitorearnos.

–Y ahora vamos a bailar un poco, que me tienes abandonada, anda...–rio mientras me llevaba hacia ella.

–Eso, eso, que hay mucho buitres por ahí suelto esperando una presa así de preciosa–dijo Diego, mientras se acercaba a darnos un abrazo, que recibimos con el mayor de los agrados.

–¡Que corra el aire, pegajoso! –dije, cuando me pareció que ya estaba bien de tanto cariño–¡A bailar todo el mundo!

Una vez que Diego se marchó en dirección a la pista, escuchamos la voz divertida de Mateo.

– “¡Joder Omar, que duro eres, a otros no nos has puesto tantos impedimentos!

–Pero eso es porque lo tuyo es un tema profesional–le dije con retintín.

–Sí, sí, por supuesto, ¡Dios me libre de divertirme mientras trabajo! – exclamó con gesto pícaro.

Cuando volvimos a la pista, escuché un “¡lo sabía!” de Vicky, que me supo a gloria y eso que yo no tenía idea todavía de lo que era.

–Mira, mira–me dijo, encantada.

Y allí estaban aquellos dos pajaritos, enganchados. David y Nadia se besaban a tope mientras bailaban.

–Cuidadito con los fluidos, a ver si vamos a pegar los demás un patinazo en

plena pista—les dije, mientras los abrazaba.

—¡Ea!, pues todos contentos y yo, más tranquila...— dijo Vicky, buscándome la lengua.

—No tienes nada que temer y lo sabes, mi vida—le dije— Ni con ella, ni con nadie.

—Lo sé y sabes que la quiero, de corazón, pero es solo que no es una amiga más, con ella has tenido sexo y, mejor que esté emparejada... —añadió mientras reía.

—Claro, no como tú con Mateo, que has estado rezando el rosario—le dije, mientras me partía también de risa.

Nuestras carcajadas debían escucharse a kilómetros de distancia, junto con la música y el “chin-chin” de los brindis. Por un momento pensé que ese era el sonido de la felicidad.

—Vicky, cariño... ¿En qué piensas? —pregunté al notar que le había cambiado el semblante y parecía tener la mirada un poco perdida.

—Es solo que echo de menos que mi hermana pudiera estar aquí, compartiendo el día con nosotros.

—Mi vida, no puedo remediar eso, pero quiero que me acompañes. Estoy deseando presentarte a alguien.

—¿A quién Omar? — dijo, intrigada.

—Espera amor, ahora lo verás.

—Vicky, ella es Cristina, Cristina, ella es Vicky—les dije cuando estuvieron cara a cara.

—No te conozco, pero esas facciones me son familiares...—dijo Vicky, con incertidumbre y emoción.

—Deben serlo, es aquella hermana de padre de cuya existencia sabías, pero con la que no pudiste dar en tu juventud, Vicky. Estabas en lo cierto, vivía en Nueva York. Siempre tuviste la idea de acompañarme cuando fuera allí a estudiar, por aquella pista que seguías. Ha sido en este último año, cuando tirando de ese hilo, he dado con ella.

Sabía lo que esto significaba para Vicky, poco tiempo después de haber perdido a su querida hermana.

Después de que ambas se fundieran en un interminable abrazo, Vicky me llevó aparte.

—Gracias, gracias, un millón de gracias, amor mío—me dijo mientras me comía en aquel rincón— Han sido tres sorpresas maravillosas, que han ido subiendo de intensidad con el paso de las horas...

–No sabes lo que me alegra escuchar eso–añadí exultante– Es lo que ansiaba con todo mi ser, que te convirtieras en mi mujer en un día en el que tu felicidad fuera completa.

–Yo, en cambio, solo tengo una sorpresa para ti. Eso sí, vale por tres, porque justamente tres, es lo que vamos a ser a partir de ahora–añadió ella, mientras las lágrimas brotaban descontroladamente de sus ojos y llevaba mis manos hacia su vientre.

–¿Lo dices de verdad? –respondí, al tiempo que la abrazaba como lo que era, la más sutil de las joyas hecha mujer, y la que había logrado sacar el hombre oculto que había en el cuerpo de aquel niño engreído.

Sin más, comencé a llorar a la vez que ella y la llené de besos. Fue entonces cuando escuché cómo me decía al oído... “Esto es lo que ocurre cuando alguien te dice... ¿Quieres jugar? Y tú respondes... Hagámoslo”.